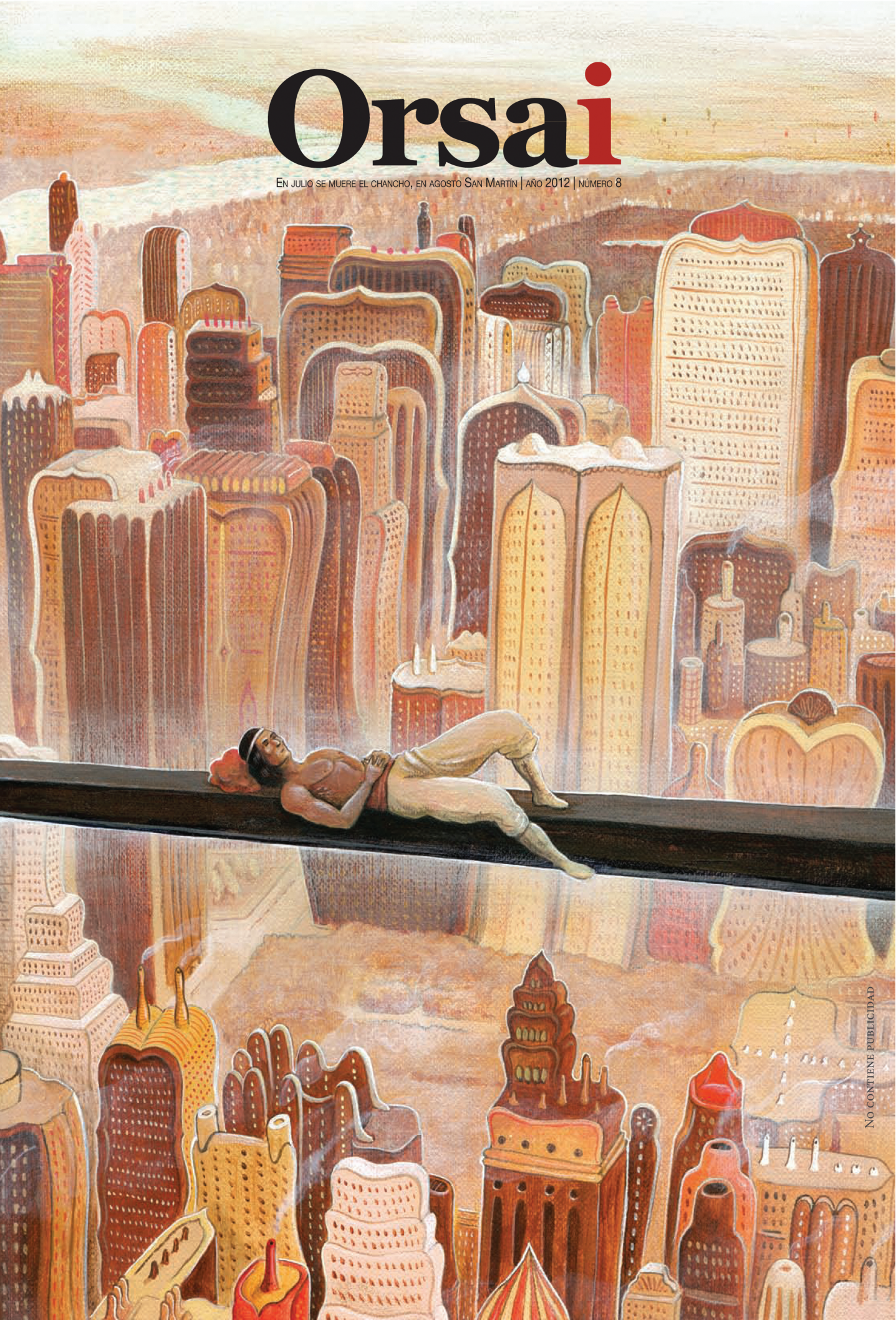
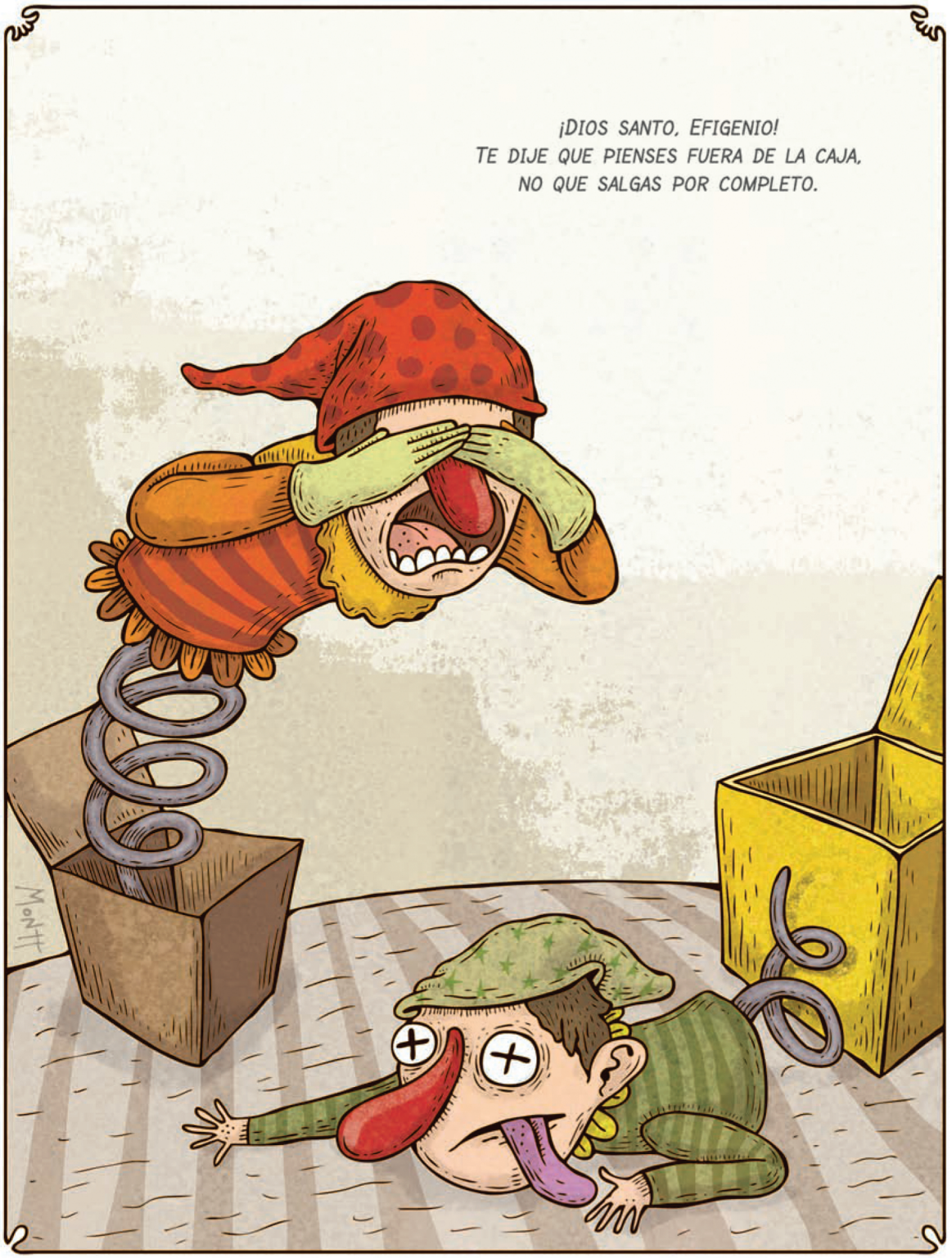
Orsai

En julio se muere el chancho, en agosto San Martín | año 2012 | número 8



No contiene publicidad


¡DIOS SANTO, EFIGENIO!
TE DIJE QUE PIENSES FUERA DE LA CAJA,
NO QUE SALGAS POR COMPLETO.
MONTT

EDITORIAL An affair to remember

La primera revista imposible que intenté en España no fue Orsai. Fue una que nunca vio la luz, pero que me sirvió para entender que un buen recuerdo, para el que escribe, puede ser mejor que la imaginación. Lo que voy a contar pasó cuando todavía existían las pesetas, exactamente el día que me quedé sin ninguna. Con treinta años recién cumplidos, yo vivía en una pensión del barrio de Gràcia. Una cama, un escritorio, el baño afuera. Hacía poco que estaba en Barcelona y Cristina ya me había empezado a pagar los cigarros. Tengo cada vez menos recuerdos sobre esos meses: escribía, con falta de pasión, una novela malísima que nunca supe terminar, y me pasaba el resto del día preguntándome por qué no se me ocurría una buena historia si el contexto era ideal: Europa, pensión barata, pobreza y juventud. Pero lo cierto es que no avanzaba y me aburría, hasta la hora en que Cristina salía del trabajo y por fin podía hablar con alguien. Aunque ya había perdido, adrede, el avión de regreso a Buenos Aires, me comportaba como si estuviera de vacaciones, despreocupado por el futuro, y así estuve hasta la tarde en que Cristina debió pagarme el mes entero de la pensión. A la mañana siguiente bajé a la calle con dos monedas de quinientas pesetas y me compré el *Segundamano*. Me senté en el Barbarella, el único bar de Barcelona con bidé, y me dispuse a encontrar trabajo. No lo hice por responsabilidad ni por culpa, sino para darle a entender a Cristina que yo no era un argentino vago. Al segundo llamado telefónico conseguí una entrevista: el aviso buscaba a un redactor para una revista de aparición inminente. Me bañé, me puse la camisa adentro del pantalón y me fui caminando hasta la avenida Buenos Aires. El nombre de la calle era una buena señal. Llegué sin nervios, porque en esa época me creía inmortal, y subí por ascensor a la primera planta de lo que me pareció, más que una editorial, una casa antigua. Me abrió la puerta un mayordomo sesentón, vestido *realmente* de mayordomo. Me hizo pasar a una salita y me invitó a sentarme. Al lado mío, en otra silla, había un muchacho alto, de pelo lacio, que también esperaba con un currículum en la mano. El mayordomo golpeó una puerta, la entreabrió con ceremonia y dijo: "Niño, están aquí el modelo y el redactor". ¿Niño? El chico que estaba sentado a mi lado también se sorprendió con la palabra. Pasó un minuto. El mayordomo se mantuvo todo ese tiempo al lado de la puerta con la vista en alto. Entonces apareció, con cadencia de teatro griego, el ser humano más extraño que conocí en la vida. Miró primero al chico de pelo lacio y le brillaron los ojos. Después me miró a mí, señaló mi cuerpo con el dedo meñique y adivinó con asco: "Tú eres el redactor, sin duda". Eso fue lo primero que me dijo Narcís Cardelús antes de hacerme pasar a su despacho. Durante el primer minuto me sentí ofendido. No tanto porque yo no pudiera ser modelo, eso era obvio, sino porque el desprecio de las palabras "sin duda" venían de la boca de un chimpancé con facciones humanas, solamente un poco más alto que un enano, vestido con una bata de arabescos y con una gata siamesa entre los brazos. Yo sé que estos detalles parecen insidiosos y pido perdón por el tópico, pero Narcís Cardelús era, realmente, un enano alto que hacía todos los esfuerzos del mundo por ser el estereotipo del gay: exageraba el seseo, el quiebre de la muñeca, el olor a talco. Todo su entorno era una producción minuciosa excepto la cara y la estatura. Si lo mirabas a los ojos y te olvidabas del resto, parecía un camionero rumano en miniatura. Aunque había conseguido imitar, con mucha gimnasia de espejos, los movimientos y el aura de una bailarina, su genética era rústica, de una enorme mediocridad heterosexual. Pero yo no podía dejar de mirarlo. Tenía algo hipnótico. Después de unos segundos de desprecio, sin darme cuenta, pasé de repente a la fascinación.

Continúa en la página 128.

Hernán Casciari

SUMARIO

PÁG. 6 / Indio Solari, última toma
El fundador de Patricio Rey y sus redonditos de ricota citó a Pablo Perantuono en Nueva York para dar su última entrevista a un medio gráfico. "Ya no necesito a la prensa", dice.

PÁG. 20 / La otra guerra del Paraguay
Mientras Brasil, Argentina y Uruguay suspenden a Paraguay del Mercosur, Miguel Rep nos cuenta cómo los mismos tres países diezmaron la población paraguaya en la guerra de 1865.

PÁG. 30 / La foto pensada
En "El periodismo, o lo que queda de él", Andreu Buenafuente reflexiona sobre un oficio noble que alguna vez supo abrir los ojos del mundo, y que ahora nos está dejando tuertos.

PÁG. 33 / Salamone: el hombre de piedra
Josefina Licitra viaja por pueblos ignotos de la pampa bonaerense, en busca de cementerios y mataderos inmensos, construidos por un arquitecto loco de apellido Salamone.

PÁG. 46 / A través de la ouija
"O me volvía inmortal o acababa como Cher; elegí la eternidad", le dijo Amy Winehouse a José A. Pérez, nuestro periodista médium, en otra entrevista imperdible desde el más allá.

PÁG. 49 / La historieta imposible
La "Historia de Robert Envirude y sus caballos enanos" es una nueva aventura dibujada por Juan Sáenz Valiente y escrita por la mente febril de Alfredo Casero. Imposible resumirla.

PÁG. 54 / El rey de los helados
Un cuento sobre el Buenos Aires marginal de los años cincuenta, o el coqueteo de Enrique Symns con la delincuencia juvenil. Pero sobre todo, un relato autobiográfico de altísima calidad.

PÁG. 64 / Los mejores momentos del cine
En España se llamó *La jungla de cristal*; en Latinoamérica, *Duro de matar*. La película "Die Hard" (1984) inauguró el cine de acción moderno. Nacho Vigalondo nos cuenta por qué.

PÁG. 67 / No tengo blog
Verano y crisis en España. Manel Fontdevila de vacaciones con hijos que leen Harry Potter o conversan en la piscina, "El mundo se acaba, pero la vida sigue", dice el dibujante.

PÁG. 70 / Volver a la guerra
Gonzalo Garcés vivió los últimos diecisiete años en Europa y ahora decidió volver a Buenos Aires. En su columna para Orsai se despide para siempre del sueño europeo.

PÁG. 73 / La casa de las mujeres cocodrilo
¿Es un cuento? ¿Es una fotonovela porno? ¿Es una serie de dibujos animados? No señor: es lo que ocurre cuando le das libertad a Mikel Urmeneta para que haga lo que quiera en ocho páginas.

PÁG. 84 / Dos cuentos consumistas
Hari Kunzru es un escritor inglés de origen hindú. Catalina Murillo una narradora costarricense en Madrid. Cada uno escribe un cuento. Tema común: la sociedad de consumo.

PÁG. 100 / El gran surubí
Mezcla rara de martinfierro y mobydick, en la obra de Pedro Mairal (sonetos) y Jorge González (dibujos) aparece por primera vez el bicho en todo su viscosísimo esplendor. ¡Espoiler!

PÁG. 110 / Cruz Diablo
Leo Oyola parece flotar cuando escribe las peripecias del Viejo que bajó del monte, y Hueso Ricciardulli lo persigue con su pincel. En esta cuarta entrega hay tiros. Guarda los ojos.

PÁG. 114 / La laguna
¡Por fin! Caro Aguirre empieza a hacer pie en la laguna mental de Julio Kaminski y empezamos a saber qué pasó aquella noche. Gusti lo ilustra como si ya supiera el final. La tensión se palpa.

PÁG. 121 / Cientofante
En "El pasado", el novelista sinvergüenza conoce un sitio mítico de Buenos Aires: el Bar Orsai. Ficción y realidad se cruzan en la historieta del escabroso Gustavo Sala.

PÁG. 124 / Correo de lectores
La fiesta del lápiz y el papel. Un puñado de lectores contentos, enojados, nostálgicos, matemáticos, rencorosos y gastrónomos escriben las seis cartas elegidas en esta edición.

PÁG. 128 / Post Orsai
El director de la revista se sienta, siempre a último momento, y redacta uno de esos cuentitos salames que antes ponía en el blog. El de este número se llama "Algo para recordar".

VARIAS PÁGINAS / Afiches y sobremesas
Salpicando toda la edición de Orsai, como es costumbre, los afiches antipublicitarios de Eduardo Salles y los dibujos de Ermengol engalanan los descansos y las sobremesas.

PÁG. 2 y 131 / Dosis bimestrales
El cerebro enloquecido de Alberto Montt abre y cierra, con chistes surrealistas, cada edición de Orsai. Imposible entender cómo piensa, pero es un lujo tenerlo para decir hola y adiós.

INDIO SOLARI

“SOLO HABLARÁN MIS CANCIONES”

Por **Pablo Perantuono**

Desde Nueva York

Con hermetismo y sigilo, el Indio Solari citó a un periodista de Orsai en la ciudad de Nueva York para dar su última entrevista a un medio gráfico. “Ya no necesito de la prensa”, dice. El backstage de esa charla histórica, y las palabras completas del músico, en las próximas páginas.

Soy dead man walking, dice el Indio, descalzo y sonriente, apenas abre la puerta de la habitación. Se acostó tarde anoche y la resaca se adivina en su energía diluida. Por eso prefirió que la entrevista, la última que le dará a un medio escrito, se realice en su cuarto de hotel. Lleva más de una semana fatigando las calles de Nueva York, su ciudad favorita en el mundo. *Fatigar* significa comer bien, tomar tragos, ver shows, seguir tomando tragos. Desplegar una vida hedonista en una ciudad preparada para el placer.

"Vine por primera vez en el ochenta y nueve. Me acuerdo de estar parado en una esquina, mirar para un costado y ver a una señora de setenta años con patines; mirar para adelante y ver a una especie de fisicoculturista que venía de frente; llegar al hotel y que de un ascensor saliera el tenista Guga Kuerten y del otro la actriz Sonia Braga. Ahí me dije: 'Ya está, este es mi lugar'. Más cuando empecé a conocer sus bares y sus tragos. Esto es Babilonia."

El Indio camina despacio, desplaza el cuerpo con cuidado. La imagen del artista colosal queda detenida en las fotos, aquellas en las que brilla como un dios olímpico frente a miles de almas que lo adoran desde el llano. Aquí, en el silencio terrenal de este cuarto de hotel, aparenta ser mucho "menos que su reputación", como dice la letra de una de sus canciones.

Aun tratándose de un hotel cinco estrellas el cuarto no destaca por sus comodidades: aquí no hay mucho más lujo que una cama esponjosa. Como la charla será larga, Solari, vestido con un suéter austero y unos pantalones de algodón sueltos, se deja caer en ella.

Está claro que las cuatro décadas que lleva sobre el escenario dejaron algunas marcas en su cuerpo, pero también es cierto que su rostro luce sin arrugas, que tiene un color saludable y que está gobernado por dos ojos atentos que sostienen una mirada tenaz, de rayo. Su voz, al hablar, es muy diferente al sonido metálico y estirado que emana cuando canta. Resulta, por el contrario, convincente y grave; un instrumento de precisión capaz de convertir en sentencia todo lo que dice.

Recostado sobre la cama, boca arriba, la voz del Indio parece surgir desde el fondo de los tiempos.

En esa posición —cansado, pero siempre amable y predispuesto a la charla— afirmará que la fiesta de los noventa comenzó con papel picado y terminó con luto y crespón negro; confesará que quien lo inició en el ritual del fernet fue "Il commendatore" Benito Durante, un integrante de la troupe de *Titanes en el Ring*; contará que su hijo Bruno le cambió la vida y finalmente dirá que no hablará más en la prensa porque no tiene nada más que decir. En definitiva, mencionará al pasar, él es un songwriter y solo prometió hacer canciones.

Pero todavía falta un poco para que llegue ese momento.

El backstage

Parte importante del misterio que rodea al Indio Solari tiene que ver con las escasas entrevistas que concedió a lo largo de su carrera. Solari tiene un lema: "Yo cacareo cada vez que pongo un huevo". Esto es: saca un disco cada tres años y entonces habla. Antes, no. Aunque no habla con todos los medios, sino con unos pocos. Habla con dos diarios y una revista. O con un diario, una revista y una radio. Nunca, jamás, concedió una entrevista a la televisión. Así ha sido en los últimos veinticinco años. Jamás tocó en un set de televisión ni dejó que sus recitales fueran emitidos por la caja boba. Los shows que circulan en internet son filmaciones, algunas clandestinas, otras propias, que se filtraron a través de los poros de las nuevas tecnologías.

Hace muchos años que quería entrevistar al Indio, pero sabía que si no era a través de uno de esos pocos medios a los que él atiende iba a

ser muy difícil. ¿Cómo hacer, entonces? ¿Cómo entrevistar al músico más misterioso, atractivo y popular de la Argentina? ¿Cómo llegar a esa suerte de Salinger del rock que no deja sacarse fotos y que provoca en la gente algo parecido a la adicción?

Hace cuatro años intenté entrevistarlo para una revista masculina en la que trabajaba. Sabía que él la había leído porque, aun con la poca información confiable que se maneja sobre su vida, circulaba el dato de que era un hombre viajado, que tomaba buenos vinos y que tenía gustos cosmopolitas y sofisticados. Fue imposible. Luego lo intenté a través de la revista dominical de un diario. También dijo que no.

Hasta que apareció Orsai.

Intuía que algo del espíritu de Orsai podía interesarle. No ya sus textos —que también— sino parte de su ADN: su independencia económica, su negativa romántica a incluir publicidad y su ambición cultural, tres valores que conforman el núcleo duro del pensamiento solariano. *Patricio Rey y sus redonditos de ricota*, el grupo que formó en los setenta y que se convirtió en el más popular de la Argentina durante los noventa, levantaba esas banderas. No me equivoqué, Orsai fue la puerta de entrada. Le acerqué varios números y tanto a él como a su mánager les gustaron.

Eso fue lo primero que dijo el Indio por mail, el 26 de septiembre de 2011:

"Pablo, estuve leyendo los números que me enviaron y encuentro muy atractiva la publicación. Aceptaría una entrevista si prestan paciencia a mis fobias. Dejemos, por favor, reposar la idea de esa charla hasta entrado el próximo año. Pues además del show de Tandil tengo varios viajes al exterior programados y eso estimula mis peculiares malestares. Gracias por tenerme en cuenta. Indio".

Luego vinieron varios meses de correos testimoniales, que sirvieron para recordarle que de este lado había una promesa lanzada al cielo. Hasta que llegó un mail de su mánager con una propuesta inesperada: me preguntaba si estaba dispuesto a hacer la entrevista en el exterior. Sin consultarle a Casciari, haciendo números mentales pero impulsado más que nada por las ganas, le contesté que sí, que claro, que donde sea. Pero ni bien respondí, supe que la entrevista sería en Nueva York. Ni el mánager ni el Indio lo dijeron, pero yo sabía que aquella era su ciudad, el lugar en el que se siente a gusto, donde camina, donde bebe sus grandes tragos, donde disfruta de recitales y come como un romano.

En febrero llegó un nuevo mail.

"Hola Pablo, posiblemente podamos hacer la nota para fin de abril. No puedo confirmártelo ahora, pero lo que sí te digo es que la haremos fuera del país. Te estaré informando cómo sigue para fines de este mes. Julio Sáez, Indio Solari."

Seguían sin precisar el lugar, pero yo seguía pensando en Nueva York. Para entonces ya había acordado con Casciari mis costos y honorarios. El siete de marzo llegó el mejor mail:

"Pablo, la entrevista será en New York entre el siete y diez de mayo, deberías estar en la ciudad y mediante mail coordinamos día, horario y lugar. Esto en el más estricto de los secretos. Un abrazo, Julio Sáez, Indio Solari".

Ni bien llegué a Nueva York me dieron las coordenadas: al día siguiente —el día de mi cumpleaños, un guiño— me encontraría con Matías, un amigo de Solari, en la puerta del hotel Park Central, sobre la Séptima Avenida. A la mañana de ese miércoles gris, caminé por Manhattan hasta el hotel. A cien metros de distancia ya se distinguía la figura de Matías: casi dos metros y una pinta de argentino inconfundible. Matías me dijo secamente: "Nos tenemos que subir a un taxi". Encaramos hacia el Soho. "Vamos a un bar, el Indio está ahí". Hablamos de vaguedades, hasta que llegamos al lugar elegido. "Esperáme un segundo", dijo Matías. Para mi sorpresa, al minuto regresó diciendo: "Tenemos que volver al hotel". "¿Por?" "Está ahí. Nos espera ahí."

A esa altura yo pensaba que me estaba deslizando dentro de las páginas de *El Proceso* de Kafka. Había estado seduciendo al Indio ocho meses, había hecho diez mil kilómetros, había llegado al sitio acordado en tiempo y forma, y sin embargo, el Indio, el elusivo Indio, el legendario cantante alrededor del cual se construyó la más potente mitología del rock latinoamericano, seguía resultándome inabordable.

Y ahora —pensaba para mí— ¿qué vendrá? ¿Una nueva posta, como si estuviéramos en Berlín Oriental en 1968? ¿Qué más tenía que hacer para entrevistar a este tipo? Pero en la puerta del hotel estaba el mánager. "Hola, Julio; me hicieron conocer de nuevo Manhattan, gracias." "Indio está arriba. Subamos."

Subimos al sexto piso. La leyenda —un hombre austero, descalzo y de paso cansino— abrió la puerta y saludó con amabilidad.

Finalmente, había encontrado a Godot.

Indio Solari: "Solo hablarán mis canciones"

La entrevista

—Soy un hombre de la psicodelia, y eso me ha dado cosas buenas y cosas malas. Entre las cosas malas, el patrón de mis ondas cerebrales me manda mensajes inciertos; por otro lado me ha dado una especie de pudor que no me permite, por ejemplo, infamar con comodidad. Lo bueno es que me ha liberado del miedo a la nada, estoy libre en mi albedrío, no tengo que rendir examen ante ningún dogma. No le tengo miedo a la nada, sabiendo que en este mundo el ser que somos y nos habita le tiene miedo a la nada. Otras de las cosas malas es que el cerebro aborrece del cuerpo, entonces no lo cuidás mucho.

—Esa nada o ese abismo nunca apareció, ¿siempre lo evadiste?

—La nada apareció tempranamente, pero fue mi etapa psicodélica la que hizo que le perdiera el temor y que aceptase con tranquilidad el hecho de que desconocemos cuál es el próximo paso en nuestra vida; que lo incierto no necesita ser convocado, sino que siempre viene. Por suerte no tengo ese miedo; miedo que seguramente me hubiera convertido en acólito de alguna religión.

—¿El hecho de sentirte libre es lo que te permite no tener miedo?

—Como el cerebro está preparado para no mentir, siento que me libera de tener la memoria ocupada en mentiras. Eso se lo debo a la psicodelia. Dentro de todo, en sus comienzos, cuando pretendía cambiar la especie y no la sociedad, la cultura rock se protegía con esas cosas. Después se transformó en la música oficial del sistema, una música que está de moda y que ya deja de estarlo.

—Deja de ser nueva.

—Deja de ser nueva, claro. Muestra sus facetas negativas. Aparece la gente que atraviesa la experiencia del rock sin untarse las mantecas que hay que untarse para hacerla. Las experiencias se viven en serio en el momento adecuado, cuando son fuertes; veinte años después, cuando empieza a haber otra problemática, otra tecnología, se convierten en otra cosa. Cuando digo que no voy a hablar más (se refiere a que este será su último reportaje) porque ya no tengo nada más que decir, también es porque creo que la interpretación de los hechos para provocar impacto en la sociedad está en manos de líneas editoriales sobre las cuales no tengo dominio. Y esto a la vez me hace pensar que en los nervios de los jóvenes hay mucha más información de futuro de la que yo pueda decir. De cualquier manera lo único que prometí es hacer canciones. A veces el mundo presenta una pelotudez que se adecúa a lo que estás diciendo, y uno se transforma en algo más que un songwriter. Sin darte cuenta el monstruo se va pareciendo a vos. Ese diseño demente que hacen miles de personas… Un día empezás a darte cuenta que te comportás de acuerdo a eso.

—A la expectativa más que a tu esencia.

—Sí, lo que pasa es que tu esencia, comparada con esa expectativa, empieza a ser pobre. Entonces te querés poner ese chaleco y forzás la situación y no te das cuenta de las cosas que vas dejando en el camino; de ahí que yo tenga una vida pública poco expuesta.

—Elegiste hacer canciones, no esa mitología que te rodea.

—Yo digo en una canción: "Jurás que te criaste en un balde de gusanos". Bueno, cuando estás de mierda hasta el cuello lo único que te queda es cantar. Y eso es lo que hice.

—Fue terapéutico.

—No sé hacer otra cosa. Uno de los pocos trabajos distintos que hice fue trabajar en un hogar de niños. Y después lo que hice toda la vida fue dibujar, cantar y componer canciones. La vez pasada me censuraron porque dije que no creía en el artista militante; que de alguna manera el motor político que tiene el artista es el estilo, y el estilo nunca es neutral. Uno puede decidir sobre su estilo de vida y de qué forma eso influye en su obra, por decirlo de alguna manera. No sé cómo fui a parar a este lado, y de esta manera, siendo absolutamente independiente durante tantos años. Porque lo usual es pertenecer a una compañía que determina qué cosas son convenientes para tu carrera.

—¿No elegiste la independencia?

—También tiene que ver con el momento. En ese momento los que eran mis coequipers me llevaron a firmar con Oscar López y yo me negué. Ya se veía en el mundo anglosajón qué es lo que pasaba con las corporaciones y con los artistas. Como dijo alguna vez Charly: los mánager tienen forradas las butacas de sus coches con la piel de los artistas. Y es verdad. No se puede llevar la parte del león un tipo que atiende el teléfono. Ahora, no en todos los casos la parte del león es del artista, porque si un productor te tiñó de rubio y te llevó a lugares de consideración impensada, bueno, la parte del león está bien que se la lleve él. Pero cuando sos un tipo que arrancó

con el privilegio de la escucha de la gente, el león sos vos y te acostumbrás a defender tu dinero. Los shows míos son de nivel internacional. Eso es algo que los tipos que hacen números para calcular tu fortuna no se dan cuenta: yo tengo que meter más de treinta mil entradas solo para pagar la técnica, nada más. Si meto treinta y dos mil personas estoy en la lona.

—Hablemos de tus comienzos: ¿siempre tuviste esa especie de antena mirando el mundo?

—Siempre me interesó. Siempre fui de la turma dominante en las barras, eso tiene que ver con la personalidad, con el histrionismo, con esas cosas. En definitiva, no encontrás nada más que ideas que vienen de la noche de los tiempos, recreada por gente inteligente. En algún momento me tocará ponerme a escribir.

—¿Qué te pasa cuando ves que tus héroes —Cohen, Dylan o Harrison— en algún momento necesitaron una búsqueda espiritual más profunda para componer?

—Lo que irrita del conocimiento místico es que hay un montón de boludeo. El yoga termina siendo lo mismo que el habano. Se pone de moda y todo el mundo lo hace. Más allá de las virtudes intrínsecas de cada cosa. Yo no fumo habano, fumo cigarritos sin agregados, que tienen sus virtudes de placer. Pero cuando se ponen de moda me agarra una especie de rebeldía adolescente. En su momento leí a Gurdjieff, por ejemplo, y por entonces sus libros no eran de autoayuda, sino que eran libros interesantes. Pero nunca me provocaron la necesidad de estar en religión, de reunirme. Tampoco he tenido revelaciones. Además, cuando uno conoce las razones materiales de los que conducen aquellos dogmas se genera un desprestigio místico muy grande. Yo creo que Dios, si existe, no está muy interesado en este mundo.

—¿Cuáles fueron tus primeras inspiraciones?

—En mi casa se escuchaba música clásica, no en plan de melómanos, sino en unos álbumes que venían con lo mejor de Wagner, fragmentos de Verdi, y eso. Mi hermano escuchaba a Luis Aguilé mezclado con Elvis Presley. A mí me empieza a despertar The Beatles, en el sesenta y dos, cuando comienzan a pasar por la radio canciones como "Love me do" y demás. Y después se produce como un encadenamiento, cuando empezás a ver lo que hay a los costados de los músicos que te gustan. La british invasion. El rock americano y el blues. Empieza a guiarte la gente en la que confiás. No creo que la música cambie el mundo, pero a mí me cambió la cabeza y soy partidario de que cuando la cabeza te cambia el mundo también. Para mí fue muy importante. Los años sesenta y siete y sesenta y ocho los viví intensamente.

—El flower power.

—Fui hippie. Esta etapa la pasé en La Plata. Cuando uno es hippie, es hippie. Atravesé la experiencia.

—¿Vivías en comunidad?

—No, yo soy medio francotirador. Es decir: si había una comunidad yo siempre vivía a un costado, en una carpa aparte con amigos. Participábamos del fogón y demás, tomábamos los mismos productos, jajá, jijí, pero la comunidad... Ahí se desnudaba la dificultad que teníamos los jóvenes urbanos para vivir en esas circunstancias. Hacerte el pan, ordeñar la vaca, son cosas entretenidas mientras las aprendés; después ya no. Luego aparecen las lecturas, claro. Igual, aclaro que, a excepción de Borges y de los grandes escritores latinoamericanos, yo he leído muy poco. Me nutrí más que nada de Truman Capote (pronuncia con marcadísimo acento inglés: dice "capoti", apenas pronunciando la t), de Burroughs, Kerouac, la generación beat.

—Hablando de lecturas, ¿qué pensás de la gente que cree que terminó su educación? ¿Que ya no es necesario seguir leyendo?

—Lo que sucede es que el disco empieza a estar full y para estar empty tenés que olvidar algunas cosas. Yo casi todo lo que leí lo he olvidado. No tengo necesidad de citar a nadie, porque lo hice carne. Ya no hablo en función de mí ni de ellos, sino de las cosas. Por un lado uno cree que no puede aprender nada más. Pero yo sigo escuchando, leyendo, más allá de que en general la cultura tiende a repetirse. Aunque es cierto que ahora los chicos tocan mejor que antes. Vos escuchás los directos de Chuck Berry o de Keith Richards o de Page y suenan muy desprolijos. Pero si bien hoy los chicos tocan con mayor prolijidad, no crean estilo. Salvo raras excepciones, como me pasó con Arcade Fire, cuya formación promete un sonido diferente, siempre escuchás lo mismo.

—El rock se muerde la cola.

—Hace rato. Tengo la edad suficiente como para haber vivido la cultura dos o tres veces. Y además la cultura, ahora, está vacía de contenido. No está ni bien ni mal, lo veo como un observador. En definitiva, las letras de las canciones generan realidades intelectuales disfrazadas de emociones.

No es un pensamiento filosófico, sino rítmico. Como le dijo Sam Shepard a Patti Smith: "Si te saltás un compás, creás otro". No hay una cultura que sostenga la música de moda, y lo mismo pasa con la experiencia con las drogas, que ahora se consumen recreativamente. No es lo mismo que hacíamos nosotros.

—Entonces era una experiencia transformadora.

—Sí, al menos era lo que ambicionábamos. Independientemente de lo que produjera la experiencia en sí del producto, la voluntad de que eso sucediera cambiaba el viaje; ahora, si no te interesa, si solo lo tomás recreativamente, es otra historia.

—Hedonismo puro.

—Claro.

—Se pierde el sentido aquel del que hablaba William Blake: "cuando las puertas de la percepción se abran las cosas aparecerán como son: infinitas".

—Sí. Pero uno tiene que golpear las puertas de la percepción para ver qué hay del otro lado. Y el artista, ni hablar: siempre tiene que estar en la frontera. Por eso yo no creo en el artista militante, porque uno cambia de dogma permanentemente. No tiene que participar del sentido colectivo.

—Es iconoclasta.

—Exacto. Tiene que buscar en las fronteras del sentido común.

—Tiene que poner en estado de pregunta a la sociedad.

—Claro. Esas son cosas que yo digo y que no le han gustado a muchos.

—Ahí se produce el mayor gap entre el artista y la gente, ¿no? La gente necesita aferrarse a ideas, a conceptos fijos. Pienso en la gente que te sigue.

—En general las primeras y mejores opiniones son de la primera época. Ni bien el artista se fatiga o empieza a incorporar elementos más complejos, cambia. Siempre todo el mundo quiere que Eric Clapton toque los primeros temas.

—Pareciera que el derrotero de un artista necesariamente tiene que estar plagado de leves traiciones…

—Y sí, claro.

—Ahí está la aventura.

—Yo no cambio eso por nada. Tengo que ser fiel a lo que creo. Es la única manera en la que siento que estoy vivo, independientemente de los resultados. Hay gente grosa que ha hecho cambios y los resultados han sido más poderosos todavía, como los Beatles, que cuando cambiaron a mí me enamoraron mucho más.

—Sgt. Pepper's…

—Claro, cuando dejaron de ser chicos elementales de Liverpool para ser artistas. La etapa inicial me parecía muy fresca, pero prefiero la que le siguió. Lo mismo con las canciones de *los Redondos*: las del principio me parecen muy frescas, entiendo el atractivo que tienen, pero, para mí, ahora estoy haciendo cosas mejores, más atractivas, distintas lecturas, más complejas.

—¿Mejores letras también?

—Sí, las primeras letras eran bastante elementales.

—Una poesía elemental.

—No me considero un poeta. Soy un songwriter. En realidad tengo facilidad para el pensamiento rítmico.

—Tal vez sea liberador para vos no cargar con eso, pero tus letras están plagadas de postales, de metáforas. Algunas, comparadas con lo que hay alrededor, se acercan a la poesía.

—Una amiga me decía que son como sentencias. Me decía: "Mucha de la gente que va a verte puede no entender lo que está escuchando, pero lo que ponen en los carteles son como sentencias que ellos sí entienden".

—Como leitmotivs de vida.

—Hay gente que sigue trabajando del monstruo que la gente crea, que durante veinticinco años toca la misma canción. En cambio, David Bowie o Gabriel: esa gente me inspira.

—O Leonard Cohen, que con setenta y cinco años hizo un gran disco.

—Igual yo soy de *los discos malos*. Un disco que me encanta es Autorretrato, de Dylan, que la crítica juzgó negativamente y a mí me encanta. No sé si es una especie de rebeldía de la época en la que había lado A y lado B. Creo que uno está vinculado con las cosas desde otro lado. Algo similar sucede con los chicos y la tecnología, que se vinculan a ella de una manera totalmente diferente: eso seguro que va a provocar cambios, porque nosotros somos producto de los vínculos que tenemos con las cosas. A veces mi gusto no coincide con el de la multitud, de ahí que uno sepa que tiene que atreverse. Me encanta que mis discos vendan mucho, porque eso produce dinero y puedo seguir produciendo música, pero el hecho de que sean populares no los califica por encima del resto.

—En ese sentido sos un long seller, ¿no? Vendés sostenidamente.

—Sí, hay un goteo. No sé si la gente lo hace para sostener el proyecto, o qué.

—También pasa que hay discos que necesitan ir macerando en el corazón o en el gusto de la gente.

—Sí, sobre todo los míos. En especial mis discos solistas y los últimos de *los Redondos*, y eso sucede porque evidentemente son más complejos, tienen un telón de fondo, hay texturas. Son las cosas que a uno le interesa hacer, por más que sospeche que le va a ir peor que cuando tocaba una melodía atractiva con guitarra, bajo y batería. Uno se aburre de las cosas elementales que hace.

—El umbral de satisfacción estética va subiendo…

—Es verdad. Pasa con la literatura también. Vamos cambiando.

—Lo curioso del público de los Redondos es que hay fanáticos que nunca los vieron tocar en vivo.

—Sí, lo cómico es que aparece gente que por ahí te dice: "yo te iba a ver a la Esquina del sol", y por la edad es imposible que haya ido, no le dan los números. Puede haber mucha necesidad de los padres de hacer el trasvase generacional.

—Pero, por naturaleza, uno a los quince años no quiere escuchar la música que escuchaba su padre, quiere diferenciarse.

—Lo que asombra es que yo ya soy un artista añoso, de sesenta y tres años, y veo pibes de trece o catorce años que van a mis recitales. Van de todas las edades. Coetáneos hay cada vez menos, aunque algunos cincuentones ya no hagan la caravana.

—¿Te molestó que la revista Forbes haya hecho pública tu fortuna?

—Lo que me sorprendió fue que en los foros y en los comentarios de internet, donde habita esa jauría maoísta, decían que yo me lo merecía pero nadie discutía si tenía o no esa fortuna. La justificaban, pero no la ponían en duda. Me rompió las pelotas porque, no sé la información que manejan, pero hacer trece millones de dólares no es fácil. Digo, no ya para mí, que no tengo sponsors, sino para el que tiene sponsors. Internet me parece que es una herramienta estupenda que se está usando a la bartola. Leo mis alertas y también las de Andrés (Calamaro). No termino de entender por qué atacan al artista. Yo creo que la máxima ambición del artista es que compren su disco y vayan al show, nada más. Pero lo atacan con cualquier disparate. No estoy hablando de la revista Forbes sino de los blogs y de los foros. Y eso que yo soy un privilegiado, porque por uno solo que me putea hay setenta que lo putean a ese. Pero sé de muchos casos que se ataca a los músicos de forma incomprensible. Hay una jauría despreocupada con razonamiento de colmena que no me gusta, pero sí me gusta la tecnología, me parece fascinante. Internet es otro *gran hermano* cada vez más potente.

—¿Desde cuándo venís a Nueva York?

—Desde el ochenta y nueve. Vinimos a mezclar un álbum. No me acuerdo cuál… Es otra de las cosas que sucede con la psicodelia: la memoria deja de tener utilidad. Vivís un presente permanente, todo lo demás forma parte de tu ser. No necesitás recordar tal o cual cosa. Por otro lado hace varios años que tengo asistentes, y los asistentes te van transformando en un inútil. Te llenan las fichas, manejan por vos, te van transformando en un imbécil que va por la vida flotando. En fin, vinimos a mezclar y a masterizar un disco. Y desde entonces he venido seguido. Siempre digo: "este año voy a hacer el camino de la comida a Italia", pero termino acá o en Londres. Tengo una relación con la cultura anglosajona, con el rock, cuya esencia es de aquí. Nosotros hacemos lo que podemos con el rock, porque para el idioma es dificilísimo. Hacemos boleros rápidos. Aparte, el poderío de este lugar... Ahora, por ejemplo, vengo de Nevada y de Arizona, aquellos paisajes que durante tanto tiempo vi en el cine. Y luego, los conciertos: acá he visto a Foo Fighters, a Live en Roseland. Fui al CBGB, por supuesto, un lugar donde cualquier cosa sonaba bien. En el Palominos, en Los Ángeles, por ejemplo, recuerdo haber visto seis o siete shows de bandas por noche. Un lugar increíble donde se comía chorizos, cosas raras. Cambiaban los números, pero nunca había nadie en las consolas. Resulta que el que vendía cerveza era el que movía una sola ficha de la consola. Sonaba bárbaro igual. Otros lugares tremendos son el Western Hall o el Continental. Cualquiera que tocaba te partía el marote. La semana pasada fui a ver a BB King. Vine con la patota, y así estoy (con resaca). A todos les llevo veinte años, y hay que seguirles el ritmo… Si me dicen otra vez de tener esa edad, firmo ya. Volver a tener ese hígado, esos pulmones.

—Bueno, pero la viviste…

—Sí, sí. Suelo decir que si no me garantizaran

que me voy a reencarnar en una cosita como esta (habla de él) prefiero no volver. Porque hasta ahora fue un privilegio. No tuve problemas en mi infancia. ¿Viste que todos los artistas por lo general son conflictuados? Yo tuve una infancia y una adolescencia de puta madre. Eran otros tiempos, ¿no? Ha cambiado todo, pero no tengo conflictos. Me llevaba bien con mis viejos. Se murieron amando. Tuve una adolescencia libre de estructuras. Pasé por varios colegios en La Plata, desde el Bellas Artes al industrial; me rajaban de todos porque filmábamos con un amigo cortometrajes sobre pordioseros. Los celadores ya no me podían cubrir más y me terminaban echando. Nunca me interesó el aprendizaje formal. Siempre había cosas más atractivas, desde el cine al poker.

—Arrancaste haciendo cine.

—Mi relación fue con el negro Beilinson, el hermano de Skay. En realidad hacíamos cortometrajes sobre un libro mío. A fuerza de fernet hacíamos unos grandes guiones.

—¿Ya tomabas fernet?

—Sí, a mí el que me inició en el fernet fue el commendatore Benito Durante, un integrante de la troupe de Martín Karadagian en *Titanes en el Ring*. El tipo tenía un hotel en la costa, en Valeria del Mar, donde todavía no había nada. Mi familia es pionera de Valeria del Mar, y por entonces el único restaurante que había era el de Benito Durante, un personaje extraordinario. Iban todos: Karadagian, La Momia… Yo jugaba mucho al voley con el ancho Rubén Peucelle. Benito me pedía que le hiciera las cuentas para pagarle a los empleados. Me acuerdo que un día entré a la cocina y Benito estaba friendo calamaretis y los daba vuelta con la mano. Yo le decía: "Tano, esto lo hacés a propósito para deslumbrarme, no puede ser que cocines con la mano en aceite hirviendo". Evidentemente, no le dolía. Otro día que yo estaba con gripe me dijo: "Mirá, lo mejor es un fernet caliente con una hoja de laurel". Claro, te tomás eso y transpirás hasta la primera mamadera que te dieron. Pero de a poco le tomé el gustito. Después me quedé administrando una hostería de ocho habitaciones que tenía una panquequería al lado. En invierno era un bar con borrachos que jugaban al truco. Toda gente brava, personajes que, por lo general, se habían ido de Buenos Aires en no muy buenos términos; no llegaban allá por voluntad propia. Coroneles croatas y ese tipo de gente. Me empecé a hacer el macho tomando fernet puro. Y me acuerdo cuando vino el negro Guillermo (Beilinson) a pasar un invierno y queríamos escribir un guion para un largometraje. Lo escribimos tomando fernet al lado de una estufa. El largometraje se hizo. Después empiezo a tener una relación con Skay a través del hermano. Ellos ya hacían covers, pero no tenían a nadie que hiciera canciones. Empezamos como una estudiantina feliz, tomábamos productos, cualquier cosa. Pero eso llamó mucho la atención enseguida. Tocábamos esporádicamente, y al mismo tiempo el hermano de Skay —eran una familia de dinero— se fue a trabajar a una empresa que su padre tenía en Venezuela. Con Skay nos empieza a ir bien. Se armó la troupe.

—Seguiste ligado al cine.

—Me encantaría ir a festivales, pero me está costando ir. La popularidad tiene eso. Me llevo mal con la popularidad.

—Pero en tu caso no es solo popularidad, sino un fanatismo distinto.

—Sí, un fanatismo inquietante. Me llegan cartas que son bastante borders. Yo soy un agradecido, porque la música me permite hacer lo que quiero, como quiero y cuando quiero. Aunque han transformado mi vida de una manera… Sobre todo desde que tengo un pibe, a quien me gustaría llevar a ciertos lugares. O lo lleva la mamá o lo tenés que andar llevando a las once de la mañana, y aun así siempre hay alguien vigilándote.

—Es imposible.

—Mirá, cuando Bruno tenía cinco años (hoy tiene once) un día de elecciones le dije a mi mujer: "Virginia, aprovechemos que los días de elecciones la gente va a comer los ravioles a la casa, no va al shopping. Vayamos al mediodía a McDonalds". Dicho y hecho: no había nadie, pero empezaron a salir los empleados de los negocios, la gente de seguridad, los pibes que limpian, todos a sacarse fotos. Por primera vez Bruno me miró y me dijo: "Papá ¿por qué todos te piden cosas a vos?". Él no tenía ni idea quién era yo. No le habíamos contado. No me olvido más de la primera vez que se desmadró, hace ya muchos años. Yo estaba en la puerta de una disquería a la que iba siempre. Entre la gente amontonada contra mí había una señora que tenía un papelito para que se lo firmara y que le preguntaba a los demás: "¿Quién es? ¿Quién es?".

—También, supongo, habrás atravesado experiencias fuertes.

—Me ha tocado ir al Hospital Garrahan por un pedido para ver a un chiquito enfermo, llegar y que esté su mamá en el pasillo esperándome con

una foto mía y que me diga: "Yo no creo mucho en vos". No solo me sorprende la frase, sino también me asombra eso, la necesidad de decirte que no cree en vos. ¿No cree *qué*? ¿De qué estamos hablando? Cuando entro al box, el pibe tenía una foto grande mía pegada en la pantalla del televisor. Salgo y le pregunto al médico: "Loco, ¿está bien esto? ¿Porque mirá si el pibe sufre un shock o algo así?". Cada tanto llamo por teléfono a alguien porque su madre o su mujer me dice que se está muriendo, o con un problema. Pero trato de no involucrarme porque, en realidad, no sabés lo que estás haciendo.

—Cuando pensás que músicos de tu generación como Charly García, Gustavo Cerati o Luis Alberto Spinetta están muertos o enfermos, ¿qué te produce?

—Pasa que de pronto apareció una falopa jodida que se puso de moda en los noventa: la cocaína. Ya se tomaba antes, aunque "a lo tango"; es decir: el estado ideal para tomarla era el de la embriaguez. Y se tomaba un pequeño perico, para mantenerse bien. Pero en los noventa arrancó el pibe metálico con la raya larga y eso ha hecho estragos. Es una droga muy jodida. Es como tener un acelerador, que en realidad solo tenés que usar cuando necesitás pasar a alguien. Es una droga muy atractiva, pero muy dañina.

—David Lebón dice que cuando la cocaína se apodera de tu vida tu alma hace las valijas y se va.

—Comenzó como una fiesta. Yo recuerdo haber bailado mucho. Se provocaban bailes donde circulaba (la coca). Hubo un momento de festejo, que fue rápidamente interrumpido. Lo que también digo es que hay personalidades adictivas. Hay gente que toma cosas los fines de semana y llega el lunes y se pone el traje y se va a laburar. Hay *workaholic*, hay obesos, etcétera. He visto mucho alrededor: cerebros quemados, suicidios, etcétera. Estoy a favor de la despenalización de las drogas blandas. De movida, porque la mafia se va a tener que poner a pensar de dónde sacar la guita. Si cada uno tiene un par de plantitas en la casa para fumarse su porrito se acaba el mercado. No el de las drogas duras, porque en ese caso estamos hablando de adicciones químicas. Pero han puesto todas las drogas en la misma bolsa y eso no está bien. Tampoco creo que sea cierto que una droga te lleve a la otra.

—O sea que la experiencia de los noventa terminó siendo triste.

—Arrancó con papel picado y terminó con luto y crespón negro. A mí me da mucha pena.

—Pero además de la droga, en el caso de Charly, Spinetta o Cerati, ¿no hay cierta pulsión de muerte en la cultura rock?

—No es una vida fácil la del rocker. Es gente aventurera y de repente, cuando te aventurás demasiado, podés cortar amarras con aquello que te vincula. Hay muchos sinsabores también. De pronto, en algún momento de la carrera (por decirle de alguna manera, porque en realidad no sé qué es), cuando ya sos grande, sentís que te han robado toda la vida y empieza a aparecer una especie de amargura que te va carcomiendo. Los malhumores son generadores de males. Tenés una vida aventurera que en algún momento te aleja de la gente que te sostenía. Fijáte que los tres casos tienen algo en común: Cerati, por ejemplo, vendía mucho menos que Soda Stéreo. Cuando hablo de venta no me refiero a recaudación, sino a lo que genera en la gente. García, lo mismo. Spinetta es un prócer, pero todo el mundo se dio cuenta de que era un prócer al final. Menos yo, que sin saber que estaba enfermo toqué un tema de él en mi último recital. Lo hice por respeto a su trayectoria. Lo que digo es que se está expuesto más que nada al abandono de la gente. Y estamos hablando de gente que es más aventurera que la gente que la sigue.

—¿Entendés el suicidio de algunos?

—Es difícil. La vida no la cambio por nada. Todos tenemos crisis, pero si encima en medio de la crisis estás jugando con fuego, estás tomando productos bravos, es probable que en un momento hagas algo. Es entendible. Quizás es más entendible para aquellos que están metidos en el ajo. Y eso que habla alguien que sigue teniendo éxito, que sigue vinculado con multitudes, mi mirada está siendo sustentada por la gente.

—¿En vos no aparece la incertidumbre?

—Yo no termino de entender lo que me pasa a mí. Yo sé que las cosas no pueden durar para siempre, pero lo que me pasa es rarísimo: un tipo de sesenta y tres años que llene estadios. No es frecuente. Porque afuera (se refiere a otros países) sucede, pero hay una promoción demoledora. Lo lógico es que el artista tenga un momento cumbre y después decaiga. Hay algunos que lo aceptan y hay otros a los que no les gusta, porque habían depositado mucho en eso.

—¿Ahí es cuando tercia el ego?

—Sí, y una comprensión de cómo son las co-

sas, ¿no? Mirar a los demás. No estar mirándose el ombligo. Si le pasó a gente importante por qué no me va a pasar a mí.

—Dylan tuvo una década desastrosa, a comienzos de los ochenta.

—Claro. También saber que hay discos malos, buenos, regulares. Los artistas somos la piel sensible de la sociedad. La sensibilidad que tiene un artista no es la misma que la que tiene un carnicero o un abogado. Se dedica a eso, a resonar inmediatamente con los dolores; es más, tiene que estar pendiente de los dolores más profundos, aun cuando los mire por televisión. Te vas cargando de los dolores más destructivos.

—Incluso la capacidad para captar con anticipación aquello que aquejará a la sociedad dentro de quince días.

—Y reelaborarlo. Es como comerlo y cagarlo antes que nadie. Es como comer comidas duras y que te salgan cosas lindas.

—Y un artista lo hace no porque le convenga…

—No, porque no sabe hacer otra cosa. Uno encontró que ese era el lugar en el que su espíritu se sentía cómodo, y era lo que más le gustaba hacer. Es como una red que atrapa de todo. Grandes alegrías y también dolores.

—En ese sentido, ¿qué lugar ha tenido el amor en tu obra?

—Bruno ha cambiado mi vida. Tuve la delicadeza de no tenerlo durante la bohemia, porque en ese momento solo estás preocupado por vos mismo. Ni hablar durante la juventud. Cuando tenés veintidós años tu vida está en plenitud. No podés entregarte a alguien. En cambio, a una edad como esta es otra cosa. Me asombra porque él es una nueva versión mía. Somos muy parecidos. Es un nuevo modelo, una proyección. Es la manera en la que sí somos inmortales.

—¿Y qué hay de que uno, con la paternidad, se convierte en una industria de temores?

—Te modifica todo. Yo me había liberado de casi todos los temores, básicamente porque ya había vivido. Ahora empiezan los temores por él.

—Empezás a mirar con escepticismo el futuro. La incertidumbre...

—Exacto, porque uno mira hacia adelante y no mira nuevas nubes buenas. Eso se viene diciendo desde hace mucho.

—Mucha información, además, que termina siendo tan nociva como su ausencia.

—Mucha información y mucha desinformación. Lo que hoy dice Dr. Parker en el "National Geographic" es lo contrario a lo que va a decir Dr. Johnson mañana. ¿A quién le creés? Los programas de noticias de veinticuatro horas son de terror, porque hay que generar todo ese contenido. Entonces tienen que inventar, dramatizar, volver a pasar. Desde que vivo en Parque Leloir y dejé la noche me levanto a la mañana muy temprano, y cuando miro las noticias a la mañana son una cosa y al mediodía, otra. Ni hablar de Wikipedia que, por ejemplo, dice que yo nací en Concordia.

—Y sos de Paraná. Alrededor tuyo también se tejió una mitología, te inventaron un origen.

—Sí. Un periodista dijo que yo había sido profesor de gimnasia en el Colegio Militar durante la dictadura. También se dijo que fui guardaparques. No voy a andar corrigiendo cosas que yo no dije. El otro día apareció una foto de un pelado que está tomando sol y todos decían que era yo. Yo no puedo tomar sol. Ya tomé demasiado cuando fui beach boy. Ahora tengo la piel desgastada y no puedo tomar sol. Pero volviendo al amor, creo que es el deseo del bien del otro, y eso es algo que he sentido más de una vez en mi vida. Creo que todo el mundo tiene que experimentar el amor. Bueno, no sé si todo el mundo, claro. Hay personalidades que están avasalladas por la cultura y todo lo que emprenden se transforma en negocio. Pobrecitos. Pobres desgraciados. Eso está pasando. Se divulga a través de los medios. Hoy el vínculo con la tecnología es tal que los chicos trasladan a sus vidas la lógica de la violencia que circula en los foros de internet o en la televisión. El bullying, por ejemplo. A mí no me tocó una infancia con el grado de agresividad que vemos hoy. Estamos muy vinculados con las tecnologías, y las tecnologías son transmisoras.

—¿De mandatos?

—De mandatos e intereses que uno desconoce. Vivimos en un mundo donde las corporaciones son muy poderosas, pero las personas que integran sus directorios no son tan poderosas como la corporación en sí misma, que comienza a ser como un monstruo, una suerte de transformer extraño. En ese sistema cualquiera te puede decir: "mirá, yo soy el boludo que está acá, pero en definitiva no tengo ningún poder de decisión". Había una época en la que podías matar a tu jefe. Hoy no matás a nadie.

—A lo sumo encontrás al ventrílocuo de un poder enorme.

—Me acuerdo cuando Norman Mailer hizo la

marcha al Pentágono. Cuando entró con los manifestantes solo encontró un montón de oficinas, no había nada de poder ahí. Solo un montón de gente trabajando.

—En definitiva, el escepticismo puede ser motor de cambio también.

—Bueno, ya existió el "No future" del punk, que fue un movimiento interesante y que nos sacudió bastante. Después se convirtió en moda. Eso es lo que pasa también. El Che Guevara se hace remera.

—Lo mismo sucede con Roger Waters, que llega con un mensaje que no solo resulta anacrónico sino que es un alegato en contra del capitalismo, pero al lado tiene la publicidad de Ford.

—Bueno, pasa con la izquierda. En función de oposición al poder establecido yo siempre soy de izquierda. Lo que pasa es que ya no puedo definir qué es la izquierda. Reconozco la importancia de Marx en el tiempo, pero vivió y escribió en la época de la máquina de vapor. No existía la psicología, la psicodelia, las nuevas tecnologías… Es decir, un pensador puede abarcar parámetros relativos. En su momento estuvo muy bien. Pero debe aggiornarse.

—¿Qué pensás del clima que se vive hoy en Argentina, donde el oficialismo está armando la banda de sonido de sus programas con tu música?

—Yo tengo gente conocida en el gobierno, pero no me saco fotos con ellos. Y no les gusta, porque están en el poder. Y te lo hacen saber. Lo mismo pasa con las corporaciones de noticias. Entonces estás atajando penales de todos lados. Yo ya no necesito de la prensa.

—La prensa no logra desentrañar del todo tu lugar. Y al ser un poder conservador, el misterio tuyo los lastima.

—Es que tiene preconceptos. Se supone que la prensa vive de desentrañar esas cosas. El misterio en realidad no existe en mí. Es como esa frase que dice: "Toda la vida estuve tratando de subir a ese palco, a ese palco, a ese palco… y cuando llegué no había nada". Siempre quise estar ahí, estar iluminado. Y en el palco no hay una mierda. Hay lo miserable que sos todos los días. Lo egoísta que sos todos los días. Es un prisma.

—¿Qué cosas te inspiran hoy?

—Voy a seguir haciendo canciones, aunque me retire. Yo disfruto de eso, así como hay gente a la que le gusta pescar anguilas, a mí me gusta hacer canciones, aunque sea para cantar en casa. Sigo escribiendo permanentemente, aunque la verdad es que hago primero las melodías. La gente cree que disfruto escribiendo y en realidad disfruto más haciendo melodías, porque lo otro es oficio. Me inspira el amor, es algo fundamental. Aun los personajes más siniestros tienen su otro costado y, además, nadie elige ser un villano en esta vida. Nadie nace bueno ni malo. Los vínculos te van convirtiendo en lo que sos. Las injusticias también me inspiran. Son tres o cuatro cosas las que los artistas tenemos para trabajar. Desconfío del que encuentra la verdad. No del que la busca. El artista trabaja sobre eso. Los dramas de los que somos testigos. El artista es permeable al drama. El artista, mientras mira el noticiero, está lagrimeando. La gente lo mira comiendo fideos.

—Siempre te resististe a hablar de tus letras.

—Es que uno no puede quitarle tensión a la obra. Y cuando te ponés a explicar quitás tensiones que son parte de la obra. Uno tiene que hablar por la obra. Suena medio pretencioso, pero hablo de canciones, ¿no? Yo trato de no nutrirme de los medios.

—Pero los medios se nutren de vos. "El futuro llegó" debe ser uno de los títulos más usados en los últimos veinte años.

—Sí, a mí me han usado muchísimo. Suena pedante, pero creo en el poder adivinatorio u oracular de la poesía. Creo que funciona de esa manera. En esa contracción del texto hay una posibilidad. La música no tiene que ayudar a escuchar, tiene que ayudar a imaginar. De la única manera que determinada cosa signifique algo para vos es que la imagines, no que yo te la diga o te la cuente.

—A la poesía no se la define, sino que se la reconoce.

—Claro, y eso a la gente le cuesta entenderlo.

—Porque mucha gente necesita certezas.

—Ah, pero yo no tengo la culpa.

Pablo Perantuono (Buenos Aires, 1971). Periodista y cronista. Escribe en *Brando*, *Rolling Stone*, *Noticias* y *Newsweek*, entre otras revistas. Conduce *La noticia y su contexto* en TNU. Participó en Orsai N3, con un completo perfil de Hermenegildo Sabat. @pablopera

Fotografía: Gentileza **Indio Solari**

¿Y yo estaba ahí?

En mayo de 1990 —me cuenta Chiri—, los Redondos tocan en La Plata. En los días previos, vos, Meana, Panchito Dematei y Andrés Monferrand hacen una vaca para comprar una tiza y llevarla al recital. ¿Te acordás?

—No —le digo—. ¿Vos cómo sabés?

—Me lo contó Andrés anoche, en un mail. Ustedes eran una bocha de gente. El día del concierto, cuando bajan en Once para hacer el transbordo, cerca de cincuenta perros de toxicomanía custodian el andén. Problemones. Vos, Meana y Pancho se las ingenian para esconder la tiza en la campera de Cepillo Carbone, que también iba. Pero, para el asombro de todos, Cepillo pasa con suma tranquilidad entre los perros sin que ninguno ladre, sin que nadie le diga nada, y, aún peor, sin saber lo que llevaba encima. ¿En serio no te acordás?

—¿Quién es Cepillo Carbone? —le pregunto.

—Qué memoria de mierda que tenés... El recital era en el Estadio Atenas, ustedes estaban tomando un birra en la cantina, y lo ven a Enrique Symns y a Ricardo Ragendorfer, alias *Patán*, el mejor periodista de policiales del mundo.

—¿Me estás hablando en serio?

—¡Claro! —me dice Chiri—. El Moco Alvarado, que también está con ustedes, es el primero en darse cuenta. Symns, un héroe mitológico al alcance de la mano, tiene un pedo atroz y no hace otra cosa que filmar las baldosas del piso.

—¿Por qué no me acuerdo de nada?

—Escuchá, que esto es mejor: todo lo que iba ocurrirle a Symns durante esa noche fue contado en detalle en su libro *Big Bad City*. Allí Enrique dice que el Negro Cañón, jugándose la vida (acababa de salir de la cárcel y estaba en libertad condicional) impide que los federales lo capturen (a Symns), quitándole de un tirón una bolsa con cien gramos de cocaína y dándose a la fuga. Sobre esto Enrique escribe un par de frases gloriosas: "Fue un acto inolvidable. Solo en el campo de lo legendario alguien puede arriesgar tanto para salvaguardar a un amigo".

—Impresionante —le digo a Chiri.

—Después del recital, en una terrible buhardilla platense, en una pelea antológica de miradas, Symns quiebra la amistad para siempre con el Indio Solari.

—¿Y yo estaba ahí?

—No, boludo. Vos estabas en el recital de Los Redondos. ¿Cómo puede ser que no te acuerdes? Andrés Monferrand se acuerda de todo. Me dijo que la mitad del grupo se volvió a Mercedes, en bondi, "todos transpirados, cobijados bajo el hermoso culo de la Negra V.".

—¿Y yo estaba ahí?

—No —me dice Chiri—. Vos y el Negro Meana se quedaron en la casa del Chino, en La Plata, tomando lo último que quedaba de la tiza. Y el Moco, junto al Cabezón, también se quedó en La Plata, bajando una tableta de Rohypnol con varias copas de Tía María en un bar de la ciudad de las diagonales, muy concheto, llamado *Grecia*.

—Qué espanto, boludo: no me acuerdo de nada... Es una historia buenísima y no la puedo contar. ¿Por qué no me acuerdo?

—Porque vivías drogado —me dice Chiri.

—¡Pero Monferrand también, y se acuerda!

—Lo que pasa es que Andrés es un libro abierto. De hecho escribió una novela que se llama *Los diarios apócrifos del Indio*; es una ficción buenísima, muy documentada, narrada de puño y letra por un Solari ficcional. Está todo en diariosdelindio.blogspot.com. Fijáte si sabrá, que le pasé el reportaje que le hicimos al Indio para que lo leyera, y descubrió un falso recuerdo de Solari, en medio de la entrevista.

—¿Cuál?

—Según Andrés, el Indio le pifia cuando dice que fue a Nueva York por primera vez en 1989. Según él, eso pasó en 1993.

—Qué bestia. Es una máquina de la memoria.

—¿Sabés lo que me gusta de esta revista? —me dice Chiri—. Que está todo mezclado: entrevista al Indio, cuento de Symns, Andresito Monferrand distribuidor... Y también Salamone. ¿Sabés en qué lugar el Indio hizo una sesión de fotos para la *Rolling Stone*?

—¿Dónde?

—En las ruinas del matadero de Epecuén, una de las tantas obras arquitectónicas del loco Salamone. Estamos haciendo una revista llena de casualidades enlazadas.

—¿Y yo estaba ahí?

—Sí. Ahí sí estabas.

—¡Por fin una que me acuerdo!

COMPOSICIÓN DEL PLAYLIST

El Pintor Cándido López y la Guerra del Paraguay

Al cierre de esta edición de Orsai, un grupo de países latinoamericanos (Brasil, Uruguay y Argentina, entre ellos) le dieron la espalda al flamante gobierno paraguayo liderado por un señor de apellido Franco, después de la destitución de su presidente legítimo. Más allá de las razones, nos cayó muy bien que los tres países del Mercosur se pusieran de acuerdo tan rápido. En un punto, puede leerse como la disculpa histórica a un agravio perpetrado por los tres países en 1865.

Escribe e ilustra

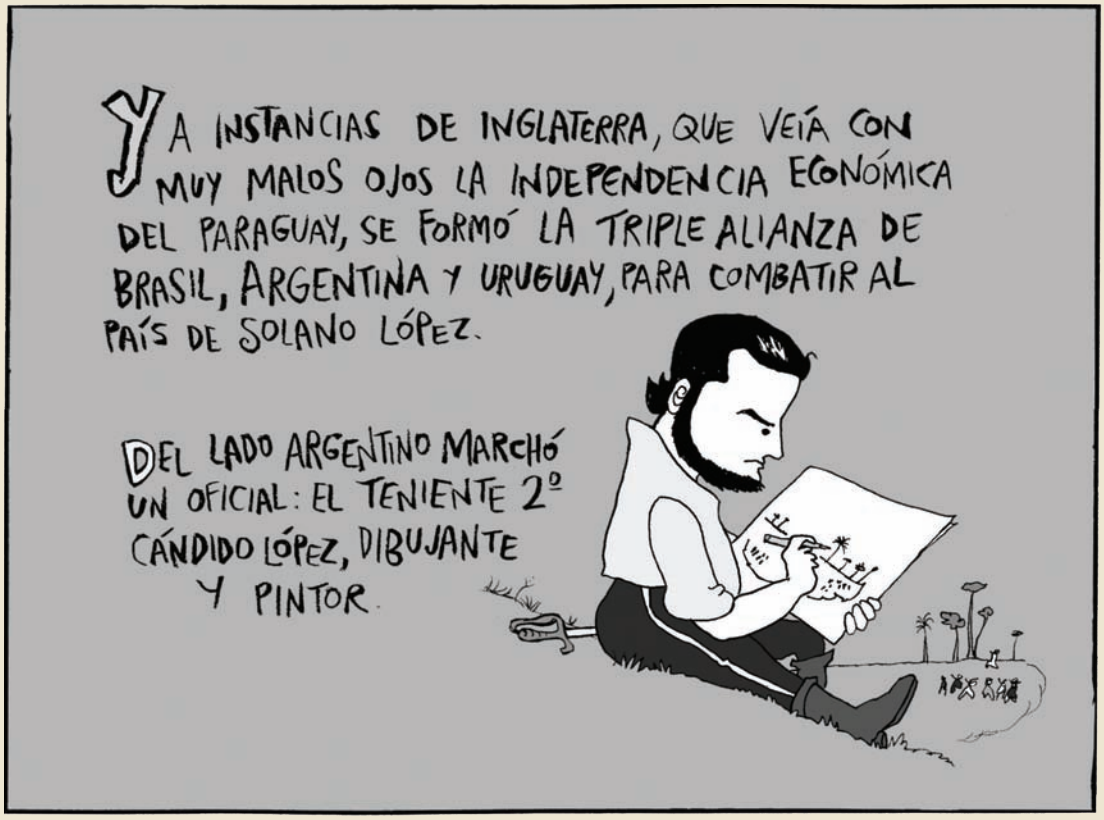
REP

"La guerra paraguaya puede considerarse mejor como parte de la integración de la cuenca del Río de la Plata a la economía mundial británica."

ERIC HOBSBAWM

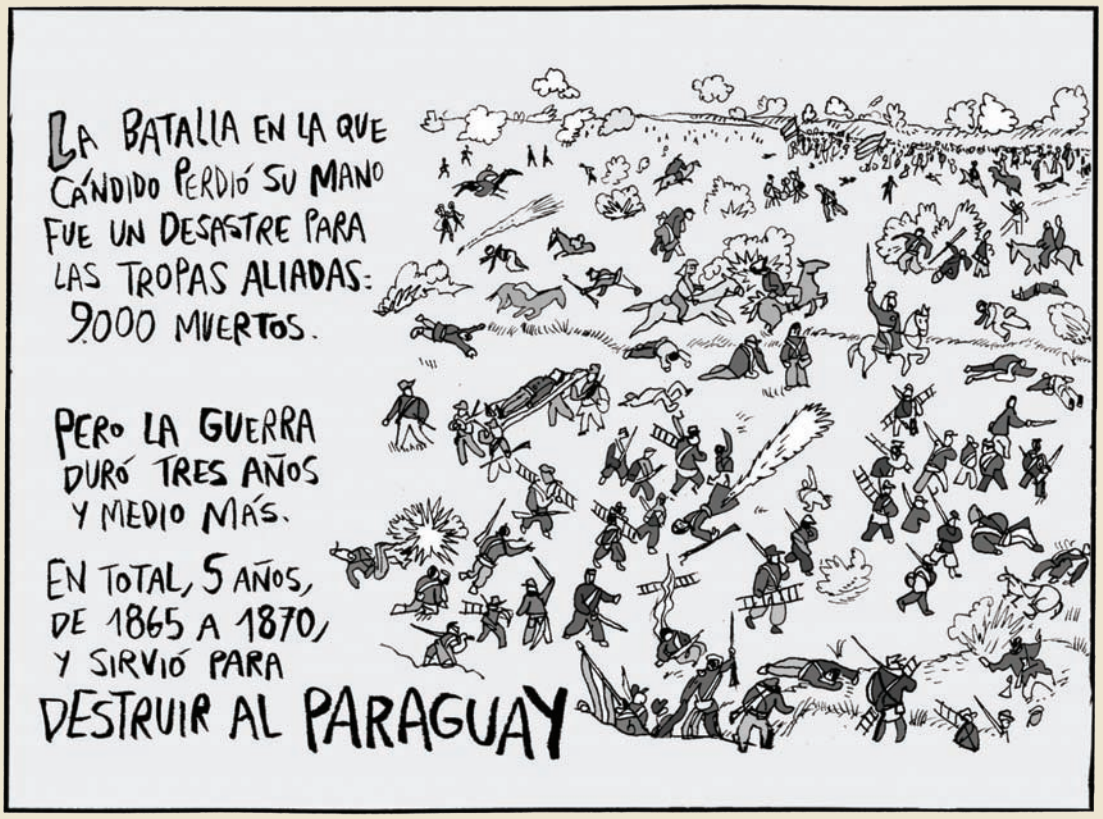
ESTO QUE VEN AQUÍ ES EL MAPA DE SUDAMÉRICA EN EL SIGLO 19
Este gigante es el Imperio del BRASIL
Aquí está el PARAGUAY
Esto es la Banda Oriental del URUGUAY
Y esto, la CONFEDERACIÓN ARGENTINA

EL PARAGUAY ERA LA MAYOR POTENCIA EN ESA ÉPOCA.
EN 1865 LA GOBERNABA EL MARISCAL FRANCISCO SOLANO LÓPEZ
Paraguay, "una isla rodeada de tierra."


Y A INSTANCIAS DE INGLATERRA, QUE VEÍA CON MUY MALOS OJOS LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA DEL PARAGUAY, SE FORMÓ LA TRIPLE ALIANZA DE BRASIL, ARGENTINA Y URUGUAY, PARA COMBATIR AL PAÍS DE SOLANO LÓPEZ.
DEL LADO ARGENTINO MARCHÓ UN OFICIAL: EL TENIENTE 2º CÁNDIDO LÓPEZ, DIBUJANTE Y PINTOR.

CÁNDIDO LÓPEZ TOMABA APUNTES DEL FRENTE DE GUERRA HASTA QUE UNA GRANADA LE DESTROZA LA MANO DERECHA, CON LA QUE DIBUJA, EN LA BATALLA DE CURUPAYTÍ.

LA GANGRENA AVANZÓ, Y A CÁNDIDO LÓPEZ LE AMPUTARON TODO EL BRAZO DERECHO. VOLVIÓ A SU CIUDAD, BUENOS AIRES, Y EDUCÓ A SU MANO IZQUIERDA.
CON ELLA DEJÓ TESTIMONIO DE LA GUERRA QUE HASTA CURUPAYTÍ HABÍA VIVIDO, EN DECENAS DE OBRAS DE ARTE.


LA BATALLA EN LA QUE CÁNDIDO PERDIÓ SU MANO FUE UN DESASTRE PARA LAS TROPAS ALIADAS: 9.000 MUERTOS.
PERO LA GUERRA DURÓ TRES AÑOS Y MEDIO MÁS.
EN TOTAL, 5 AÑOS, DE 1865 A 1870, Y SIRVIÓ PARA DESTRUIR AL PARAGUAY

CÁNDIDO LÓPEZ PINTÓ 58 CUADROS BELLÍSIMOS DESPUÉS DE TERMINADA LA GUERRA. MUESTRAN GRANDES PANORÁMICAS DONDE IMPERA EL PAISAJE NATURAL, Y, DESDE LEJOS, GENTE EN MINIATURA, EN ORDEN O EN DESORDEN.
AHH
BLOOM
SOCORRO
AJJ
BOOM
BANG
CUANDO NOS ACERCAMOS A LOS CUADROS, VEMOS LO QUE PINTÓ CÁNDIDO: LOS HORRORES DE ESA GUERRA.

EL PARAGUAY FUE GOLPEADO UNA Y OTRA VEZ, PRIMERO EN SU AVANZADA, Y LUEGO EL EJÉRCITO DE LA TRIPLE ALIANZA LO HIZO RETROCEDER HASTA SU TERRITORIO, PARA INVADIRLO...
...DEVASTANDO TODO A SU PASO.

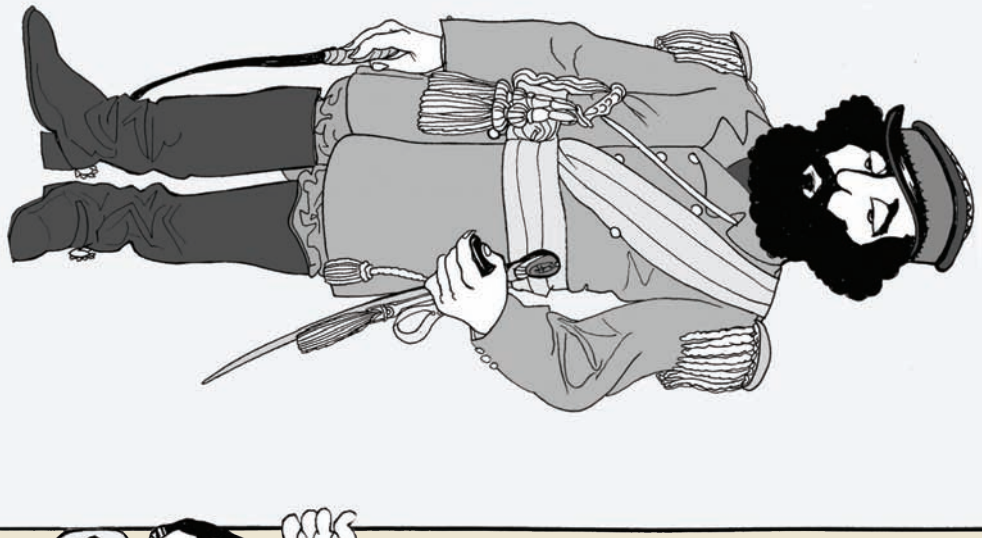
EL DESASTRE DEL PARAGUAY FUE TOTAL, Y LA GUERRA SIGUIÓ MÁS ALLÁ DE SU OBJETIVO: TOMAR LA CAPITAL, ASUNCIÓN.
PERO NO. EL EJÉRCITO BRASILEÑO CONTINUÓ CON MATANZAS, SAQUEOS Y VIOLACIONES, EN SU CARRERA POR PERSEGUIR Y CAPTURAR AL MARISCAL SOLANO LÓPEZ.

A SOLANO LÓPEZ LO CERCARON EN CERRO CORÁ, Y EL MARISCAL, MALHERIDO EN LAS AGUAS DEL AQUIDABAN, SE RESISTIÓ CON SU ESPADA. NO SE RINDIÓ. LO MATARON AHÍ MISMO.
EL PARAGUAY YA ERA UN CABALLO DESPANZURRADO.
MUERO CON MI PATRIA!
BANG!

Paraguay sufrió la muerte de casi todos sus varones, y la guerra la terminaron combatiendo los niños, los viejos, y muchas mujeres debieron prostituirse. Un pueblo lleno de valentía, que hoy sigue siendo uno de los países más pobres de América del Sur.

Antes de 1865 eran 1.300.000 habitantes.

Al final de la guerra quedaron 200.000



General Mitre

Cándido López logró que el influyente expresidente argentino, comandante de las fuerzas aliadas en la primera parte de la matanza del Paraguay, comprara para el Estado 29 de sus cuadros de la guerra.

Cándido tuvo 12 hijos.
Se murió el último día
de 1902, a los 62 años.
Pintó, para poder alimentar tantas bocas,
numerosas Naturalezas muertas.

En sus mudos cuadros, se pueden adivinar los horrores de la guerra.
NO ME MATES
ES LA GUERRA!
PIEDAD
¿¡LA HUBIERAS TENIDO CONMIGO?
ME RINDO!
ES TARDE
TENGO HIJOS!
COMEREMOS CABALLO!
O YEGUA!
HUELE TU ROPA, NEGRO.
TE CAGASTE
TU ROPA YA NO TE SIRVE
BANG
MUERE
NO
TE DOY TODO TODO AJ
ARGENTINO MAL NACIDO
AGGGG
LA ESPADA ES PARA MI
NO, TE DOY LA ROPA
Esa guerra Vergonzosa para SUDAMÉRICA.
REP

La prensa prensada

Ahora que está Venezuela en el Mercosur, en vez de Paraguay —me dice Chiri—, ¿vamos a tener que fumar venezolano prensado?

—Si es el mismo que fuma Chávez, debe ser rico —le digo—. Pero no creo. Vamos a seguir fumando el paraguayo de siempre, aunque tengamos que conseguirlo por fuera del Mercosur.

—La Guerra de la Triple Alianza fue un exterminio total. Un desastre. Dice Rep que los paraguayos, antes de 1865, eran casi un millón y medio de habitantes, y que al final de la guerra quedaban doscientos mil. Y la mayoría eran mujeres y chicos. Por eso nos mandan porro... Yo creo que así se vengan de nosotros, por la masacre de la Triple Alianza.

—¿Con el porro?

—Claro Jorgito, el prensado paraguayo es un veneno mortal, confeccionado sobre la base de infinitas porquerías. Un estudio muy serio indica que contiene pesticidas, insecticidas y solo entre un 0,5 y un 2,5 por ciento de verdadero y auténtico THC. Además de hongos, ramas, semillas y, por supuesto, altísimas dosis de meo paraguayo.

—Pero es un meo potente —le digo—. Yo creo que pega más el meo que el THC. Es un meo de Chilavert.

—¡Ah, Chila! El arquero goleador… Una fuerza de la naturaleza; el verdugo implacable del Mono Burgos, el autor de la frase "tú no has ganado nada", ¿te acordás? El que escupió en la cara al brasileño Roberto Carlos porque lo llamó indio... Un vengador de su especie.

—En Argentina Chilavert fue odiado —le digo—, pero solo por ser paraguayo. Si hubiera nacido en Formosa sería uno más de nuestros ídolos deportivos.

—Si Chilavert hubiera vivido en Paraguay en 1865, ganaban ellos —me dice Chiri—. ¿Sabés por qué terminó esa guerra?

—No. ¿Por qué?

—Lo explica Sarmiento: "La guerra del Paraguay concluye por la simple razón de que hemos muerto a todos los paraguayos de diez años para arriba".

—Qué bestia, el sanjuanino inmortal.

—"Una isla rodeada de tierras", dice Rep sobre Paraguay. Creo que la frase es de Augusto Roa Bastos, el autor de *Yo el Supremo*: esa novela impresionante sobre José Gaspar Rodríguez de Francia. Tengo un gran recuerdo de esa novela: la esquizofrenia del dictador, el país aislado, encerrado en su locura…

—Yo no la leí.

—Había una especie de trilogía sobre dictadores: *El otoño del patriarca*, de García Márquez; *El recurso del método*, de Alejo Carpentier, y *Yo el Supremo*.

—Me parece que las empecé a las tres y no terminé ninguna —le digo—. Lo que leo siempre, todos los días, es la prensa paraguaya.

—¿En serio?

—Tengo una aplicación en el teléfono que me muestra, en tiempo real, las portadas de todos los diarios del mundo. Yo solamente la uso para ver las tapas de la prensa argentina, de la española y de la paraguaya. Por costumbre.

—¿Qué costumbre?

—Cuando vivía en Buenos Aires tomaba el tren en la estación Retiro, y en uno de los puestos de diarios había, cada mañana, prensa paraguaya flamante. Me encantaban esas portadas amarillas, escritas mitad en castellano y mitad en guaraní, llenas de fotos morbosas o eróticas a veces compartiendo espacio: la imagen del culo de una vedette al lado de la foto de un bebé deforme. Me divertí durante años con esos titulares, y todavía me dura la fascinación.

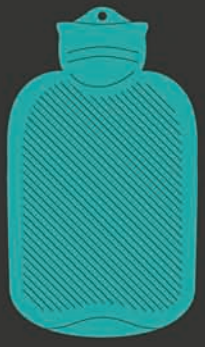
—¡Ah, la fuerza bizarra de la prensa tabloide!

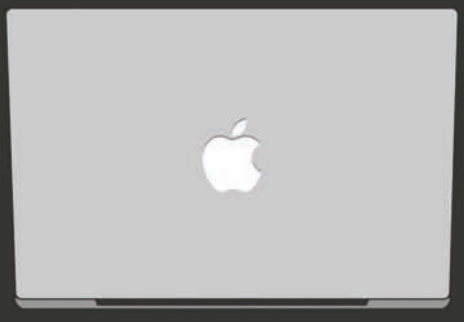
—Lo loco es que, de un tiempo a esta parte, después de leer los titulares de *Clarín*, de *Página 12*, de *El País*, de *El Mundo*, etcétera, siento que solamente la prensa paraguaya me dice la verdad. En los diarios sensacionalistas de Asunción no hay variaciones ideológicas, como en Argentina o en España... El culo de la vedette o el bebé deforme son el tema del día en ambas portadas. No se contradicen. No mienten. De repente, los bizarros empezamos a ser nosotros.

—En las páginas que siguen —me dice Chiri—, Andreu Buenafuente habla de cómo el periodismo se está yendo a la mierda en España.

—Ay, si fuera únicamente en España...

LA IMPORTANCIA DEL CONTEXTO





EL PERIODISMO (O LO QUE QUEDA DE ÉL)

Sobre la fotografía de un micrófono solitario, hecho de palos y cocos en un paraíso costarricense, Andreu Buenafuente reflexiona sobre un oficio noble que supo abrir los ojos del mundo, y que ahora parece hacer lo posible por dejarnos bizcos.

Micrófono improvisado en una playa de Costa Rica. Hasselblad digital. (Andreu Buenafuente)

Una noche entrevisté a Gay Talese, más conocido como *El* periodista. Estaba en España presentando la reedición de una de sus obras y todos se arremolinaban a su alrededor como se supone que lo harían los coetáneos de Jesucristo. Incluso los que no le conocían, o no habían oído hablar de él, le miraban con indisimulada admiración. "Este tío es muy bueno, dicen que es el mejor periodista del mundo." "¿Has leído algo suyo?" "No, pero dicen que inspiró *Los Soprano*." El hombre, con sus ochenta años en el chaleco, vestía elegante, de color claro y lucía sombrero. Alardeaba poco, administraba su magnetismo, aunque se sabía el centro de atención. Pensé que quizás estuviera cansado de toda esa parafernalia. Si era así, sabía disimularlo y si yo estaba equivocado (lo más probable, como siempre), entonces ese hombre estaba encantado de la vida. Gay Talese esbozaba una media sonrisa y lanzaba respuestas cortas un poco irónicas, de esas que hacen sentir más inteligente de lo que es a su interlocutor. A todos nos gusta que nos hablen así, aunque no entendamos muy bien lo que nos han dicho o necesitemos unas cuantas horas para entenderlo.

Talese era el centro de nuestro microuniverso aquella noche, en aquel plató ubicado en un polígono industrial, muy cerca de Barcelona. Todos esperaban una palabra, un gesto, un pensamiento brillante que iluminara sus vidas de *periodistas*. Yo, como soy cómico o algo así, estaba más tranquilo. Solo me interesaba vivir y transmitir unos diez o doce minutos interesantes para el público. Yo siempre quiero que mi invitado esté cómodo, que en la medida de lo posible se genere un buen clima para la charla y, aunque esta sea rápida, no resulte demasiado superficial. Mi amigo Xavi dice: "tú eres un climatizador". Me gusta el concepto. Los que me critican sostienen que soy demasiado blando. Insisto: *no soy* periodista. Me dedico a charlar con el invitado, y sobre todo a escuchar. Soy el anfitrión que recibe, en el salón de su casa, a alguien interesante y a eso lo televisamos. Nunca ganaré un premio Pulitzer y lo tengo clarísimo. No todo el mundo puede decir lo mismo.

Pero el hecho de que yo no sea periodista no quita que no me interese el gremio. Porque consumo su trabajo, vivo en parte de él. Lo aprovecho, lo comento, lo transformo, lo deformo… El periodismo, en todas sus vertientes, es el mercado a donde acudo cada día para conseguir la materia prima con la que cocinaremos los de mi tropa: una panda de desequilibrados tendenciosos, subjetivos y bastante sinceros que viajamos de emisora en emisora como gitanos en sus carromatos, intentado dar nuestra visión de las cosas, riéndonos de ellas. No soy periodista pero puedo hablar —con fundamento de causa— de cómo veo la profesión. De sus perversiones, sus transformaciones, sus derivas, sus insensateces y sus miserias. Y eso es lo que voy a hacer a nivel usuario.

Hay tantos periodismos como periodistas. Yo creo que esto de la comunicación (como gremio que engloba a todos los que contamos cosas) es un oficio. Así de sencillo y así de importante. Me gusta la palabra "oficio" porque es humilde pero habla de pasión, de dedicación, de ir puliendo y mejorando una habilidad a la que dedicas toda tu vida. Estamos hablando de compromiso con uno mismo, para empezar. De tus valores más íntimos y personales, de tu honestidad, de cómo te exiges cada día más para intentar ser mejor, más completo y no defraudar a los que te siguen y confían en ti. Si tu trabajo va a ser consumido por los demás, no veo otra manera de encararlo. Es lo que tiene de mágico (y también de estresante) trabajar de cara al público e interactuar con él. Mandar un mensaje y escuchar su eco entre los que te siguen. Y seguir, y seguir… Hasta el final.

Si eso te molesta, si crees que lo sabes todo porque eres un escogido de los dioses, si estás convencido de que tu enfoque es el bueno y el resto de los humanos están equivocados, e incluso te molestan un poco, entonces quizá sería mejor que te lo quedaras para ti solo, alimentando ese monstruo de cien bocas que se llama ego. Puedes ser escritor, inventar unos fantásticos mundos propios, laberínticos y obtusos de ficción desmesurada, intencionada y hasta tóxica. Entonces serás escritor (¿creador?) pero no periodista. Inventarás, no contarás lo que pasa. Dejarás en paz a los demás, a todos los que solo queremos saber lo que está pasando y sacar, nosotros mismos, las conclusiones. Si lo haces, permitirás que se aclare un poco el pantano oscuro y embarrado del llamado "mundo de la información".

Por lo visto esto es muy difícil, por no decir

imposible. Al parecer, el virus de la subjetividad acaba infectándolo todo (a veces de manera tan evidente que parece ridícula). La mayoría de los periódicos se escriben para sus teóricos compradores y solo para ellos, así que las portadas acaban convirtiéndose en territorios de comodidad para un pensamiento aletargado y cerrado al cambio, a la duda o a la reflexión. Como me comentaba un buen periodista, "la verdadera censura, actualmente, la practican los grupos editoriales, sus cabeceras". Hablo de periódicos que suministran gasolina para la ira, sobre todo en estos momentos de crisis a todos los niveles, donde parece que todo el mundo es un hijo de puta o está a punto de serlo. Los periódicos acaban siendo parcelas sectarias, clubes de pensamiento o, lo que es peor, incubadoras de toxicidad social con ínfulas revolucionarias interesadas. Existen directores de periódicos que parecen presidentes de gobierno frustrados. Directores o empresarios con un estilo mafioso y desafiante, que así tratan a todos los responsables políticos. Les están diciendo, entre líneas o directamente en sus titulares a cinco columnas: "o colaboras conmigo o lanzo mis tropas de tinta contra ti, y no me va a temblar el pulso porque tú te irás y yo seguiré". Naturalmente, detrás de todo esto no hay ni el mínimo afán de una búsqueda de la verdad aséptica, ni un deseo de construir un mundo mejor, más justo y libremente informado. Quizá lo propaguen en sus universidades de verano, con cara de buenos chicos y el ceño fruncido, pero no es verdad. Solo hay intereses empresariales, con sus llamados grupos mediáticos de editoriales, prensa tradicional, emisoras de radio y televisión o portales de internet. En la mayoría de los casos, negocios preñados de deudas insostenibles en un mundo que se está dando la vuelta como un calcetín. Solo aspiran a ser tratados como ministros por los gobiernos de turno y hacer crecer esos negocios consiguiendo prebendas, ventajas, concediendo favores, cobrándolos después... Todo bastante previsible y miserable.

A menudo veo portadas que me ponen los pelos de punta. Propaganda pura y dura. Manifiestos de papel con unas cargas de provocación que no pueden traer nada bueno. Soflamas cainitas e incendiarias. Como decimos en España: "guerracivilistas" que reabren la profunda herida de nuestra historia más reciente. La reabren y le lanzan sal y vinagre con la excusa de estar informando ¡Insensatos! Vuelven a reavivar el odio del pasado para lanzarlo sobre el presente y el futuro, como una lluvia ácida. Son malas personas. Son enormes ventiladores que esparcen mierda seudointelectual entre los cabreados ciudadanos que cabecean mientras las leen. "Si es que… Mira que vergüenza, mira." ¿Qué quieres que mire? ¿Lo que piensan esos ultras? ¿Pretendes que eso me amargue el día y que saque mis conclusiones personales con este cúmulo de tergiversaciones? No, amigo. Quizá no entienda lo que pasa, pero puedo ver el plumero de los que se emborrachan con eso, tan frágil y manoseable, como es *la libertad de expresión*. Por ahí no paso. Eso no es periodismo. ¿Así pues, y entonces a dónde está? Ahí viene lo jodido. Hay que buscarlo.

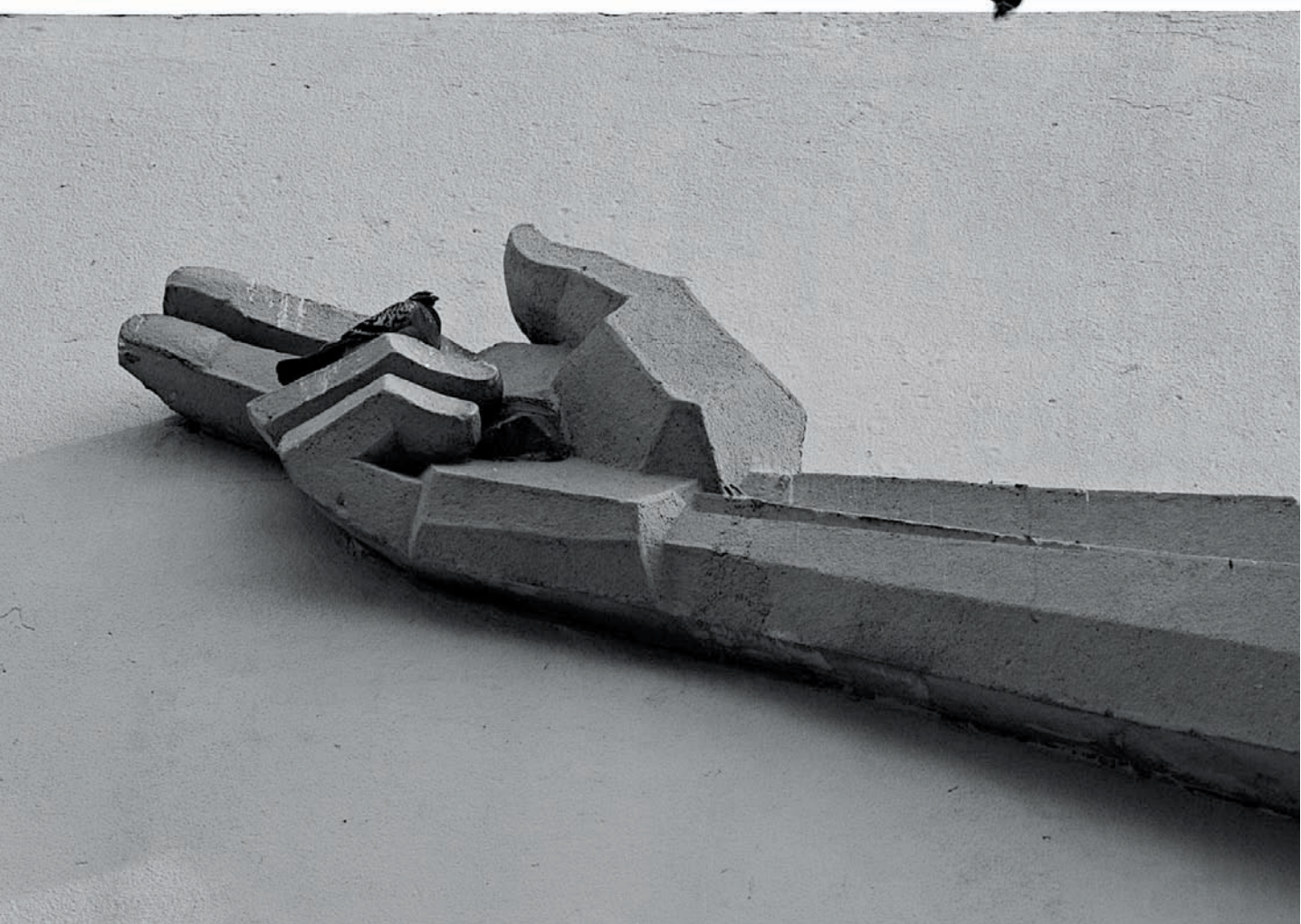
El *profeta* Talese deja algunas perlas si le preguntas. Por ejemplo: "faltan curiosidad y escepticismo". Curiosidad y escepticismo. Debería esculpirse en los edificios donde trabajan los periodistas. Algo así como "siempre quiero saber más, conocer más detalles, más testimonios, más análisis lúcidos, pero no me lo voy a creer todo. Seguiré preguntando, seguiré buscando, y luego… informaré". Eso es lo que debería ser un buen periodista, ¿no? Talese está por la búsqueda, por la reflexión, por la precisión, por la "orfebrería de las palabras". Nuestro hombre, con su historial a cuestas, su proverbial perseverancia, observa ahora la locura colectiva del seudoperiodismo de internet y su esclavitud de inmediatez, veinticuatro horas abierto. Noticias, noticias, toneladas de noticias… Cientos de agregadores gratuitos, mucho almacenaje y poca autoría. Ruido, testimonios sin contrastar, comentarios, comentarios a los comentarios, cadenas de ira vacía, o rabia, o "lo primero que me pasa por la cabeza", rumores como tsunamis, tendencias, trending topics… Según Talese, "el ciclo de noticias de veinticuatro horas que impone la red no ayuda porque convierte a los periodistas en animales carroñeros". Y ahí andamos: en esos gigantescos vertederos de noticias, con gaviotas chillonas revoloteando sobre nuestras cabezas y un olor como a podrido. Es el momento de buscar, de discriminar, de contrastar más que nunca, de buscar y encontrar (si hay suerte) una buena historia, bien contada. El periodismo no morirá nunca mientras le exijamos que sea precisamente eso y solo eso: periodismo. Me niego a pensar, querido maestro, que la enorme libertad y globalidad que nos da la red, no nos ayude a informarnos mejor. Quizá sea el gran reto para eso que hemos venido a denominar como "el futuro". ◣

EL HOMBRE DE PIEDRA

Si hubo un realismo mágico en la arquitectura, ese fue esculpido por Francisco Salamone en piedra y hormigón, durante la década del treinta. Cementerios y mataderos inmensos, instalados en pueblos perdidos de Buenos Aires. Todavía están allí, como icebergs de una ciudad gótica hundida en el tiempo.

Por **Josefina Licitra**

desde Buenos Aires



El hombre de piedra

Escuché hablar de Francisco Salamone durante una cena. Fue este año. Estaba en la casa de mi amigo Osvaldo Bazán y a propósito de nada —o de algo que ni recuerdo— Osvaldo se levantó de la mesa y fue a su escritorio.

—Tenés que hacer algo con esto —dijo.

Me acerqué. En la pantalla de la computadora había una serie de fotos de la pampa gringa —cielo límpido, árboles nobles— coronadas en el centro, en cada caso, por un titánico edificio de cemento.

—¿Conocés a Francisco Salamone? —preguntó.

En general yo nunca conozco nada. Me senté a mirar. En la pantalla Osvaldo hacía pasar decenas de imágenes de cementerios, municipios, cruces, Cristos y mataderos que, lejos de remitir al folclore campero, parecían hechos bajo el signo alucinado y final de Ciudad Gótica. Eran, además, muchos edificios. Muchísimos. En la década de 1930 y en solo cuatro años —me enteraría después— Francisco Salamone —ingeniero y arquitecto— había hecho setenta y seis obras públicas de porte monumentalista que estaban alzadas ya no en la capital porteña —el coto mayor donde los inspirados intentan pasar al frente— sino en una infinidad de pueblos que, setenta años atrás, eran una minúscula semilla de progreso.

—Salamone estaba loco —siguió Osvaldo—. Vos fijáte —señaló un matadero—: eran moles gigantes, fascistas, propias de la época, armadas y olvidadas en el medio de la nada. Yo vi algunas. Si vas te morís.

Días después, buscando información sobre Francisco Salamone, sabría que su nombre ya había estado taladrando de manera aislada las cabezas de algunas personas que, como Osvaldo y como yo, habían quedado boquiabiertas al ver los edificios de ese hombre. Adrián Caetano había hecho un documental —*La piedra líquida*— sobre la obra salamónica. Mariano Llinás había usado las construcciones como forma y fondo de sus *Historias Extraordinarias*. Pino Solanas había puesto un Cristo salamónico en la escena más apocalíptica de *El Viaje*. Y, sobre todo, había toda una logia de fanáticos que se reunían anualmente en "jornadas salamónicas", que tenían un foro de discusión en Facebook y que veían en Salamone tanto un emblema de la obra pública argentina como una de las grandes injusticias de la historia nacional: sus obras —emplazadas en llanuras que las escupían al cielo— estaban tapadas por un silencio más alto y más duro que cualquier otra cosa.

En un café, Alejandro Machado —autor de un blog sobre Salamone y uno de los mayores conocedores de su obra— explicaría ese olvido de este modo:

—Al tipo lo ignoraron porque trabajó con los conservadores. Hay que entender que era la época: en ese entonces los gobiernos querían edificaciones monumentales para marcar la presencia del Estado incluso en los lugares periféricos. Pero la etiqueta de "arquitectura fascista" que suele ponerse a los proyectos de Salamone no es cierta: el tipo no hizo más que interpretar las corrientes estéticas en boga en el mundo entero. Para algunos es gótico, para otros es cubismo checo, para otros es futurismo populista bonaerense y hasta hay un arquitecto llamado Alberto Bellucci que escribió que Salamone se anticipa al estilo iconográfico de Las Vegas y Disneylandia… O sea. Yo creo que lo suyo es simplemente "salamónico", un estilo único en el mundo.

La posibilidad de que haya algo —un movimiento, una mirada— que se llame "salamónico", de que ese "algo" pueda tener que ver con Disneylandia y de que ese mundo insólito, encima, esté emplazado en una pampa plácida y virtualmente vacía, me pareció encantadora. Fue así que decidí viajar al sur de la provincia con el único objetivo de ver esos edificios y de confirmar lo que hasta entonces era solo una sospecha: que, décadas atrás, Salamone había dejado un puñado de pueblos chicos sumidos en una convivencia onírica y absurda con las obras grandes.

Una vez definida la hipótesis, solo faltaba el dinero: recorrer la provincia es caro. Hice, por lo tanto, lo que solemos hacer los periodistas en estos casos —y también en otros—: salí a mendigar. Llamé a un amigo —Marcelo López— que hoy hace prensa de la provincia de Buenos Aires. Y ese amigo habló con Ignacio Crotto —secretario de Turismo bonaerense— y me consiguió más de lo que estaba en mis planes: un auto y un chofer para andar cinco días por el interior. Las facilidades tenían su lógica. A principios de 2012 —sabría después— el gobierno había inaugurado el primer tramo del llamado "circuito salamónico", esto es: un corredor por el sudoeste provincial puesto para admirar el universo de hormigón que Salamone había dejado suelto en la provincia.

Tuve, entonces, suerte. Y un amigo generoso. Dos factores que ayudaron a que ahora, ocho de la mañana de un martes, un hombre robusto y afable —enviado por el gobierno provincial— toque

el timbre de mi casa y me invite a salir. Se llama Federico, es mi acompañante y todos le dicen "Chancho".

—¿Sos vegetariana? —pregunta cuando subo al auto.

Así comienza el viaje.

GORCH, RAUCH

—Cuando me acordé de que pasábamos por Gorch me cambió el semblante. Ahí está el mejor sándwich de crudo y queso de toda la provincia —dice Federico y conduce. A los costados, por la ventanilla, la ciudad se va yendo de a poco y lo que va llegando es otra cosa: una eternidad de campos verdes; un mundo de vacas, postes, pastos, silos, sembradíos, árboles, tractores, cables y camiones —muchísimos camiones— que gira calladamente en torno de alguna ley que desconozco.

—Preparáte: llegamos a Gorch.

Gorch está en el kilómetro 143 de la Ruta 3 y el emporio del sándwich es una YPF mínima que a la vez opera como bar del pueblo. Hacemos nuestra compra, nos sentamos a comer y armamos el plan de viaje. Para eso, Federico despliega un mapa de la provincia que duplica el tamaño de la mesa. Buenos Aires es grande. Mide trescientos siete mil kilómetros cuadrados —más que el Reino Unido y Portugal juntos— y esa superficie, según se ve en el mapa, es una trama venosa surcada por rutas, arroyos y caminos menores, y habitada —dice una nota al pie— por unas catorce millones de personas.

Esa gente no está acá. Ni estará más adelante. El noventa y seis por ciento de la población vive en el conurbano, mientras que el resto (menos de seiscientas mil personas) mantiene con su territorio un diálogo distinto: una alternancia que incluye la posibilidad del vacío. La pampa es, sobre todo, silenciosa y larga. Eso noto cuando dejamos el bar y, con un sándwich de jamón envuelto, volvemos a la ruta.

A esta clase de lugares llegó setenta años atrás Francisco Salamone. ¿Qué lo trajo? Una propuesta de trabajo —de origen difuso— y una imparable sucesión de desarraigos. Salamone nació en Sicilia en 1897, llegó a Buenos Aires a los seis años, se mudó a Córdoba en la adolescencia, se recibió de ingeniero arquitecto a los veintitrés, se casó a los treinta y uno, y a los treinta y ocho fue expulsado de la Sociedad Central de Arquitectos por hacer en Córdoba una serie de obras públicas que aparentemente fueron un fracaso. Fue entonces que se mudó al interior bonaerense y que —no queda claro cómo— conoció a Manuel Fresco: un caudillo fascista, recientemente entronado como gobernador de Buenos Aires, que había decidido darle a la obra pública un valor operativo pero sobre todo simbólico. Fresco quería un Estado fuerte y decidió encarnarlo en construcciones —sí— fuertes: municipios, cementerios y mataderos inmensos puestos para recordarle al pueblo dónde está la disciplina. Y cuánto pesa.

El encargado de estas obras —sin licitación prolija— fue Salamone. Primero empezó en Balcarce y luego siguió por Rauch: una localidad de once mil quinientos habitantes donde hay casas bajas, bicicletas, plazoletas con caballos y un cielo generoso que ahora se ve estaqueado por una punta brutal.

Hemos llegado.

A las obras de Salamone —esto se aprende pronto— no hay que buscarlas: aparecen solas. Basta con alzar la vista y ubicar la torre más alta de la comarca. El tamaño no es casual: en su momento, Fresco había ordenado que las torres estatales siempre fueran más altas que los campanarios religiosos. Y Salamone obedeció.

Vista de cerca, la municipalidad de Rauch parece una colosal ola de cemento que nunca termina de romper.

—¿Y ustedes quiénes son?

Una mujer delgada, joven y de modos pudorosos se acerca y nos dirige la palabra. Le explico quiénes somos. Ella tiende una mano: sus dedos finos.

—Soy María José Arano, secretaria de Obras y Servicios Públicos del municipio.

Arano no esperaba visitas, pero lo mismo nos invita al municipio y ofrece una recorrida por el mobiliario salamónico. El arquitecto, además de hacer las estructuras, diseñó en la provincia doscientos ochenta y dos muebles, veintiocho modelos de farolas y cuarenta modelos de bancos de plaza que parecen salidos de un capítulo de Star Trek. Algunos de los objetos pueden verse acá adentro: hay lámparas, sillas y unos sillones de formas muy raras que operan como bancas —doce— del Honorable Consejo Deliberante de Rauch.

—¿Y acá saben que está este patrimonio?

—No —Arano se encoje de hombros—. Hay cosas que hasta dan impresión. Cosas que decís "ay, por favor".

Arano vuelve a la puerta de entrada. Queda-

mos de cara a la plaza central —con faroles y bancos hechos por Salamone— y de espaldas a una placa dedicada a Federico Rauch: un militar que le da nombre al pueblo, que ganó fama por haber sabido asesinar indios sin pena y que terminó muriendo bajo la ley del Talión. En 1829, un indio ranquel llamado Arbolito decidió vengar la sangre de su gente y decapitó a Rauch en Las Vizcacheras: una batalla que se libró —tan lejos y tan cerca— en esta misma plaza.

La civilización y la barbarie —ese conflicto— hacen su síntesis en el nombre y la historia de ciertos pueblos (Rauch, Dorrego, Laprida, Pringles) y también en la obra de Francisco Salamone. En Buenos Aires, en aquel bar, Alejandro Machado lo había explicado de esta forma:

—Salamone empezó a construir en 1936 y el último malón había sido en 1906, es decir que esas tierras habían sido conquistadas hacía relativamente poco tiempo. Para una mente profascista como la de Fresco, había que poner pronto un corro de civilización. Porque ahora hay mucha cosa de indigenismo y todos somos progres —Machado sonrió y se acomodó los lentes—. Pero te quiero ver si se te viene un malón encima. Te quiero ver.

Azul

Volvemos a la ruta. El interior es largo y es un poco botón: basta con dar algunas vueltas para ver cuántos famosos hacen plata poniendo la cara y el gesto en el afiche que mejor les pague. *"Donde está Naldo se compra mejor. Naldo electrodomésticos",* dice un cartel en la vía de acceso a Azul, y al lado Alejandro Fantino muestra el pulgar hacia arriba.

Esta es la bienvenida a la ciudad.

Azul tiene cincuenta y seis mil habitantes, un Cristo salamónico en la entrada (detrás de la palabra "Azul") y una población entera que a esta hora —una de la tarde— circula en bicicleta por las calles tranquilas.

—En Azul se hace la Fiesta Nacional de la Vaca y la Fiesta Nacional del Aberdeen Angus —dice Federico—. No sé bien qué se hace, pero comés vaca como loco.

Federico es muy activo y curioso, y trabajó durante mucho tiempo en la organización de las fiestas regionales del interior bonaerense. Por eso sabe estas cosas. Además creo que tiene hambre. Una vez llegados al hotel —el Gran Hotel Azul— nos sentamos en la entrada a esperar al coordinador de Turismo, Andrés Arrazola, quien nos llevará a almorzar primero y a ver las obras salamónicas después.

Frente a nosotros, al otro lado de la calle, está la Plaza General San Martín. Ahí —se nota— metió su mano Salamone: hay lámparas de tono futurista y el suelo está hecho de baldosas blancas y negras distribuidas en zigzag, como si fueran bastones de ciego desplegados a medias. Voy a la plaza y me siento a esperar. Miro —por mirar algo— una estatua de San Martín. En eso estoy cuando aparece Andrés. Cruzo la calle. Andrés —sabré— es un hombre de una ternura casi in-

fantil que parece sonreír entre la barba, aunque no siempre esté sonriendo. A él le encargaron administrar el Centro de Interpretación Salamónica de Azul: un espacio ubicado frente al cementerio y donde se difundirá la obra del arquitecto.

El centro es una moderna construcción que se inauguró el veinte de marzo de este año con la presencia de Ignacio Crotto —secretario de Turismo provincial—, de Alejandro Arlía —ministro de Infraestructura bonaerense— y de varios intendentes de la zona. Lástima que duró poco.

—Ahora está cerrado por problemas de política interna —dice Andrés, mientras abre la puerta del edificio. Acá hay sillas, un proyector, un mostrador, hay áreas de exhibición de fotografía y hay ese olor a cemento reciente que recorre el aire. Pero no hay gente. El centro es una oficina desierta y ubicada a pocos metros de lo más crispante de este día: el cementerio.

Hay que ver el portal del cementerio de Azul.

Hay que verlo.

Decir "mole" es poco. Decir "el horror" es poco. Decir "Apocalipsis ya" es poco. Decir "todos vamos a morir" es poco. Pero todo eso es lo que acomete —más un insulto— cuando se queda de cara a esta cosa. El portal resume como nin-

guna otra pieza lo irreversible del final: vamos a morir. ¡¡¡Vamos a morir!!! Es lo único que pienso cuando me enfrento a esto: en el medio de un pueblo de casas bajas se alza un Ángel Exterminador —así lo llaman— de veintiún metros de altura, sosteniendo una espada con forma de cruz y rodeado de tres inmensas letras de cinco metros de alto que dicen, con mórbido pesar, RIP.

—Acá jugaba con mis amigos de chico —cuenta Andrés—. No sabía lo de Salamone. Nadie sabía. Al ángel este no le dábamos ni cinco de bola. Pero ahora pienso: Salamone puede gustarte o no, pero fue un adelantado. Un futurista. Un contemporáneo de la Bauhaus. Antes este lugar tenía una portada neoclásica con angelitos, y de repente apareció esto. Raro. Parece un monumento a Loma Negra.

Es, de algún modo, un monumento a Loma Negra. Salamone ganaba las licitaciones en la provincia, entre otras cosas, porque sabía construir en hormigón —que supuestamente era más barato que el ladrillo— y porque era amigo de Alfredo Fortabat, quien le hacía buen precio por el material. Eso le permitió —entre 1936 y 1940— adueñarse de toda la obra bonaerense y tener tanto trabajo que, llegado el caso, tuvo que empezar a recorrer los proyectos con una avioneta propia. Dicen que aterrizaba hasta en las avenidas. Que viajó tanto que fue condecorado como "el americano con más horas de vuelo". Que en su mejor momento —en esos cuatro años— su estudio de arquitectura trabajaba veinticuatro horas al día y que Salamone era un mecano alimentado a cigarrillos y café. Y que ese exceso de trabajo y de influencias empezó, finalmente, a tener sus consecuencias: hacia 1940, las construcciones comenzaron a desbordar el presupuesto, a tal punto que —cuenta Andrés— en el Concejo Deliberante de Azul empezó a circular un chiste: decían que RIP no era la sigla de "Requiescat In Pace", sino de "Resulta Imposible de Pagar".

Así las cosas, junto con los problemas contables llegaron también —como era de esperar— los problemas políticos. En 1940, la provincia de Buenos Aires fue intervenida, Fresco fue expulsado de su cargo y Salamone cayó en desgracia. Alguien le inició un juicio por irregularidades en algún proceso de licitación y Salamone tuvo que huir a Montevideo. Allí la diabetes, las malas noticias y los problemas cardíacos —el resultado de esos años sin respiro— lo fueron convirtiendo en un hombre enfermo.

Laprida

—Estos dibujos nos los dio un juez. El hijo de Salamone estaba en quiebra y el Estado se quedó con algunas cosas. Mirá que cosa rara. Qué caritas, che.

En una pared hay tres retratos: Stalin, Churchill y Roosevelt pintados por Salamone. El que los señala es Pablo Torres, secretario de gobierno de Laprida: una localidad de diez mil habitantes donde todos viven del Estado o del campo, donde las casas no tienen rejas y donde los ciclistas —casi todo el mundo— se detienen ante la luz roja de los dos semáforos del pueblo.

Al igual que en Rauch, Torres nos interceptó en la entrada al municipio —salamónico— y nos llevó primero a su despacho —un santoral con fotos de Perón, Evita y el matrimonio Kirchner— y luego a recorrer el edificio.

—Nosotros ni sabíamos que todo esto era raro —dice mientras sube una escalera—. A mí de chico siempre me llamaba la atención que en otros pueblos no hubiera cementerios tan grandes. ¿Dónde guardaban a los muertos? ¿En esas cositas? El cementerio acá era un lugar importante. Te venía un pariente y lo llevabas a conocer el cementerio. ¡A dónde lo vas a llevar si no! Y después fijáte estos muebles —Torres abre la puerta del Concejo Deliberante y se acomoda en uno de los nueve asientos. Los apoyabrazos son redondos: Torres los recorre con las manos—. Yo fui concejal durante dos períodos y te digo: estar cuatro horas de sesión sentados en esta porquería… te la regalo.

Luego se levanta, va hasta un patio interno y se detiene frente a una puerta cerrada: al otro lado hay una escalera caracol que llega hasta la cima de la torre municipal. Ahí arriba —como en todas las otras torres— hay un reloj.

—Si querés subí —dice—. Pero vas sola.

La escalera es muy angosta, rechina y se alza en un tragaluz lleno de caca de paloma. Subo uno, dos, tres, treinta metros y llego, finalmente, a una reja pequeña. Mide unos ochenta centímetros de alto. La abro. Paso en cuclillas. Al otro lado hay un búho que me mira con desprecio. Una vez afuera, cerca del reloj, de pie sobre un colchón de huevos inmundos, es posible ver el pueblo. El cielo y el pueblo.

Todo Laprida entra en el paisaje. Están la iglesia, la plaza; están los tanques de agua, las antenas; está el cartel de "Casa Silvia", están los

árboles. Está el Centro de Estudios Salamónicos —una construcción ultramoderna y naranja, diseñada por la Facultad de Arquitectura de La Plata, que se inaugurará en breve—, y están los límites: de un lado las casas, del otro el campo. Y más allá del campo, a un kilómetro, el cementerio y el matadero.

De lejos, el cementerio parece un edificio normal. Pero de cerca, no.

—Guarango —resume Federico cuando una hora después llegamos al portal. Y es cierto. La entrada al cementerio es guaranga. Detrás de un corredor de álamos hay una cruz de veintisiete metros, flanqueada por dos conos inmensos que parecen comprados en una feria ufológica.

—Queríamos hacer un mirador porque la gente llega y se queda mirando —dice Natalia Sainar, nuestra nueva acompañante del municipio—. A veces pienso: ni Salamone sabía lo que dejó a la provincia. Ni su familia sabe contar la historia. Nosotros hace muy poco que nos enteramos de todo esto. Cuando yo era chica, me traían con la escuela para ver no tanto la obra salamónica como las cosas que pasaban adentro. Aprendíamos cómo se trabajaba en el municipio. Conocíamos dónde iban los muertos en el cementerio. Y sabíamos lo de las vacas en el matadero.

—¿Los llevaban al matadero?

—Sí. A todos los niños nos hacían ver el carneo de una vaca. Y de los pollos. No me olvido más de eso. No sé por qué lo hacían.

En la década de 1930 —cuando Salamone hizo sus mataderos— la industria de la carne pasaba por un momento especial: se hacían exportaciones a gran escala, pero las condiciones de producción eran poco higiénicas y muy crueles con las vacas. Salamone, por lo tanto, construyó edificios más limpios y funcionales: estaban recubiertos de azulejos y en el techo —esa era la mayor novedad— había un sistema de rieles que iba llevando los cuerpos de una estancia a otra, como si fueran autos en una cadena de montaje.

Hoy, la mayoría de los mataderos de Salamone está en ruinas o fue reciclada con otras funciones (el de Azul, por caso, hoy es una cooperativa apícola), y por eso el de Laprida es un edificio especial: allí adentro todavía se faena.

Vamos a verlo.

Desde afuera, el matadero —hoy vendido a un frigorífico— luce como todos los otros: líneas rectas, molduras cuadradas y una gran torre con forma de cuchilla despuntando en la entrada. Golpeo una puerta pequeña. Sale un viejo con delantal blanco y manchado con sangre. Le pregunto si es posible pasar. Dice que sí con un gesto apaciguado y cordial. Adentro está oscuro y suena un tema de Marco Antonio Solís. "No hay nada más difícil que vivir sin ti" escucho, cuando siento que mis pies resbalan y quedo de cara a una escena grotesca: mientras Marco Solís habla de amor, dos muchachos faenan dos vacas. Uno le mete una sierra en el esternón. Otro agarra una vaca recién noqueada —aún viva— y le corta el cuello.

—Qué rico —dice Federico.

Lo que hay bajo mis pies es sangre. Yo tengo zapatillas All Stars; me siento idiota. Camino con cuidado para evitar el resbalón. Todo ahora es sangre y agua llevándose la sangre, y en el medio de eso están la canción romántica y "qué rico" y el viejo hablando de la arquitectura del lugar. De los rieles, de los guinches, del cajón de noqueo.

—Vos le ponés la corriente así, y cae así, y después la desangramos por acá...

Me acerco a la zona de desangrado. A mi lado hay una vaca inmensa pendiendo de un gancho y con la lengua afuera. De la lengua cuelga un hilo de saliva que nunca termina de caer. Toco la vaca con el dedo índice: está tibia. ¿Este es mi límite? Un pibe se acerca con un balde negro, le hace un tajo en el vientre y llena el balde con un coágulo rosado. Este —creo— es mi límite. Me alejo de la vaca a paso lento: no quiero resbalar. Una presencia gruesa sube por mi cuello. A dos metros de distancia otro muchacho abre otra vaca y deja caer las achuras y el estómago que —flop— se desploman pesados sobre un balde gigante. Del cuerpo sale un vapor: el animal, sin piel, aún está caliente. Marco Antonio Solís sigue hablando de amor pero yo solo tengo lugar para este olor: esta excrecencia húmeda que me llena el cerebro. Es momento de irme. Patino sobre el agua viscosa. Alguien me dice "es un angus: las negras son angus" pero yo no entiendo a quién le pregunté qué cosa. ¿Angus? Voy a vomitar. No hablo. Hago señas: salgamos. El viejo me abre la puerta y afuera está el aire fresco y —ahhhhhh— algo vuelve a su lugar.

Ahí está el pasto, ahí el cielo, ahí las vacas.

—Ahhh.

Nos despedimos del viejo con un apretón de manos.

Todas las vacas que hay por la ruta —veo aho-

ra, cuando volvemos en auto y con las ventanillas bajas— no tienen más de cuatro años de vida. Después las matan.

—Vaca, ternera, mulitas, conejo, cerdo: en mi vida le entré a todo lo que pude —dice el Federico—. Igual esto fue fuerte. Una cosa es carnear a cielo abierto, pero ahí adentro… qué olor inmundo. ¿Tenés hambre?

Miro el campo. La línea interminable.

—Sí —contesto.

Una vez en Pringles, vamos a una parrilla y pedimos asado.

Está rico.

Pringles, Saldungaray

Es el tercer día de viaje y ya vimos tanto municipio, tanto cementerio y tanto matadero que todo empieza a darnos más o menos igual. Luego de almorzar paseamos un rato —por el municipio, por el cementerio, por el matadero— y nos vamos de Pringles porque antes del anochecer hay que pisar Saldungaray: una localidad de mil cuatrocientos habitantes donde se levanta el cementerio más famoso de Francisco Salamone. En las fotos se ve una inmensa rueda de cemento de la que sale —como una criatura en el canal de parto— la cabeza de un Cristo. Pero una cosa es la foto y otra cosa es, en fin: otra cosa es esto.

Si en Azul el cementerio remitía a la condena de la muerte, en Saldungaray la sensación es otra: esto es lisérgico. Esto es una broma divina.

—Yo he escuchado gente que me ha dicho: "A mí me gustaría morirme en el cementerio de Saldungaray". O dicen "cuando nos vayamos a la rueda grande…" para hablar de la muerte. Con este tamaño, también, de qué querés que hablemos.

El que habla es Daniel Olgiati, delegado municipal de Saldungaray: una localidad que cinco

años atrás figuraba en los registros como "pueblo en extinción" y que ahora —gracias a este monumento inconcebible— está planificando la inauguración de un Centro de Estudios Salamónicos ultramoderno y naranja. Ya lo han construido. Faltan pocas cosas. Por eso Delia Esther Gómez, una mujer enjuta y perfumada, secretaria de Turismo de Saldungaray, nos saca del cementerio y nos lleva a ver las dependencias con incredulidad y orgullo: ella, Delia Esther Gómez, atenderá a los turistas detrás de este mostrador.

—Está linda tu oficina che —dice Olgiati mientras mira los cerámicos como si fueran agua del Caribe. En rigor, la oficina de Olgiati tampoco está mal: está emplazada en la delegación municipal —Saldungaray es tan chico que no tiene municipio propio—, está iluminada por un artefacto salamónico —una suerte de ovni suspendido en alturas—, y hasta los mingitorios están diseñados por la misma mano que hizo todo lo demás.

—Este pueblo alguna vez fue un pueblazo —explica Olgiati un rato después, mientras sale del baño. Décadas atrás, dice, el lugar tuvo varias expendedoras de combustible que, sumadas a la producción agrícola, transformaban la zona en un lugar con posibilidades de progreso. Pero el cierre de ferrocarriles también terminó con esto. Hoy, el cementerio de Saldungaray resume todo aquello que Saldungaray podría haber sido. Pero no lo hace con vocación amarga sino con un exceso festivo: el portal insólito, redondo, macizo, es para Saldungaray una razón de orgullo.

—Yo soy feliz acá —dice Olgiati—. Si me olvido la bici o la garrafa afuera no pasa nada. Jamás hubo un robo a mano armada en la historia del pueblo. Y si falta algo ya se sabe quién robó. Hay dos que se roban los corderos todo el tiempo. Cuando uno duerme, el otro va y se lo saca. Siempre es el mismo cordero que va de un lado para otro.

Caminamos por la plaza. No hay gente. Las hojas de los árboles existen de un modo tan dulce que conmueve. Quiero sentarme a mirar. Pero Delia Esther Gómez insiste en que tenemos que entrar en la iglesia. La parroquia, dice, tiene la única Virgen en posición de reposo del mundo.

—La trajeron de Lyon, Francia —dice Gómez—. Y está en el instante mismo de ascender al cielo.

Los cuatro, de pie, ahora, en una misma línea, miramos a la Virgen largamente.

—Yo creo que se aburrió y por eso se acostó —dice Olgiati.

Ojo: fue Olgiati.

Tornquist

Ceno sola en Tornquist, a minutos de Saldungaray. Federico se fue a visitar a un amigo. En el restaurante somos tres comensales, un mozo y un televisor. Vemos *Soñando por Bailar*. Los gritos de Mariano Iudica —el conductor— no son normales. Afuera hay una noche negra y fría, y la luz de los faroles forma sombras largas sobre las calles de tierra. Adentro el mozo —la nariz roja de vino— me sirve la cena en un mantel a cuadros. Como.

Carhué, Epecuén, Guaminí, la ruta

Amanecemos en Tornquist —donde también hay un municipio, un matadero: cosas— y en este último día vamos a Carhué y Epecuén: dos localidades separadas por dos kilómetros de distancia que tuvieron su época de gloria y que se desplomaron de un modo inaudito.

La historia de Carhué y Epecuén —ubicadas en el partido de Adolfo Alsina— es única. Hasta mediados de la década de 1980 la zona —lindera al lago Epecuén— era el polo de turismo termal más fuerte de la provincia y uno de los más importantes del país. Las fotos de ese entonces muestran complejos hoteleros con piletas, toboganes de agua, niños, ancianos y famosos —Sandrini, Mirtha: esa gente— que se divertían sin imaginar que todo eso se esfumaría del mapa. Por cuestiones de negligencia el diez de noviembre de 1985 una represa se rompió. Y en apenas una semana todo Epecuén quedó hundido bajo siete metros de agua. Las personas debieron abandonar sus casas. Las empresas hoteleras desaparecieron. Hubo que contratar buzos para que fueran al cementerio a sacar los muertos. Y todo, más allá de los esfuerzos, se hundió.

De esa catástrofe tengo dos fotos: una de ellas muestra un Cristo crucificado saliendo de las aguas y rodeado de árboles greñosos que se sacuden con el viento. Y la otra muestra la cuchilla de un matadero emergiendo de la inundación. Ambos —el Cristo y el Matadero— son de Salamone. Y quisiera verlos. Para eso nos detenemos antes —buscando orientación— en el Municipio de Adolfo Alsina, que también fue hecho por Sala-

mone. Entramos al edificio y en la sala principal ocurre lo de siempre: un funcionario nos intercepta y nos lleva de recorrida, y en algún momento —esto es lo nuevo— nos presenta a un hombre —David Abel Hirtz, el intendente de Adolfo Alsina— que saluda y ofrece asiento.

—Vos ponete acá —me dice. Se acomoda el saco. Aparece un fotógrafo. Siento un flash.

—Hemos perdido un pueblo y ningún gobernador lo advirtió; lo que pedimos es que digan que estamos vivos —dice Hirtz—. Se creyó que habíamos desaparecido pero no: hay instalaciones muy modernas acá.

El secretario de Hirtz agarra mi cámara pocket y toma varias fotos del encuentro. La charla dura cinco minutos. Me quedo con quince fotos en mi cámara, catorce de Hirtz y una de un busto de San Martín.

Nos vamos.

En la calle, dos funcionarios de la intendencia nos esperan para acompañarnos a Epecuén. Son cinco minutos en auto que marcan la distancia entre un pueblo —Carhué— y un espectro. Epecuén es un cementerio a cielo abierto. Todo está lleno de escombros —restos de casas, muebles, rejas— y árboles erguidos: cientos de árboles quemados por la sal, buscando el cielo como quien pide socorro.

En el medio de ese desamparo están el Cristo —en un muelle— y el Matadero: una sobrecogedora muerte arquitectónica.

—Hoy los chicos suben sus fotos en el matadero a Facebook: está lo suficientemente hecho pelota para tener gracia —dice Javier Andrés, director de Turismo de Adolfo Alsina. Pero no ríe. Adentro del edificio hay escombros, vidrios, mierda y palomas: un aleteo macabro que parece el eco de un desastre remoto. Algo de todo esto —los restos, las ramas, la infinita soledad del agua— empieza a doler un poco.

Nos vamos.

Nos vamos por las dudas.

—Pablito, acá te habla el Chancho, quiero darte unos besos: ¿Dónde comemos?

Una vez en la ruta, Federico organiza un almuerzo con Pablo Ledesma, el director de Turismo de Guaminí: un pueblo con cuatro lagunas, una hotelería en crecimiento y un director de Turismo que se esfuerza por separar a Guaminí de la tragedia de Epecuén, y por llevar a Guaminí a los diarios nacionales.

—La verdad que nadie quiere bañarse en un cementerio, por eso la gente elige venir acá —dice una hora después Pablo Ledesma. Ahora estamos en una parrilla. En seis horas deberíamos llegar a Buenos Aires y yo —noto— necesito empezar a irme. Mientras Federico se zampa un asado, Ledesma habla de Guaminí y explica su estrategia para levantar el pueblo: para los carnavales —cuenta— trajo a Pablo Ruiz, Marixa Balli, Marcela Tauro y Alejandra Pradón.

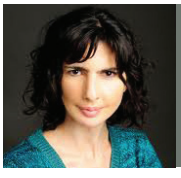
—La gente de por acá no había visto un famoso —dice y mastica—. Marixa, espectacular: en pelotas con el frío que hacía; una profesional. Tauro me generó notas en *Intrusos* y en Radio 10 y a mí me sirve para que sepan que existe Guaminí porque nosotros no somos como ustedes, que se los cruzan por la calle.

Guaminí tiene dos mil quinientos habitantes. Y tiene, también, sus obras salamónicas: un edificio municipal y un matadero que Ledesma se empeña en mostrar pero que yo me niego a ir a ver. Nos levantamos de la mesa, nos despedimos: Federico y Ledesma se dan unos besos. Luego subimos al auto y las horas van pasando lentas y entibiadas por el sol de abril.

—¿De qué habrá muerto Salamone? —pregunta en algún momento Federico, mientras volvemos a Buenos Aires.

"De cansancio", pienso. Pero no sé qué respondo. Ya no quiero hablar. Por la ventanilla se ve un campo rectilíneo y menguante; una llanura que —de no ser por las vacas— se parece bastante al cementerio donde finalmente fue enterrado Salamone: quince años después de su muerte, la familia decidió meterlo —qué ironía— en un bonito Jardín de Paz.

Me distraigo pensando en esta y en alguna otra cosa, y después —mirando el paisaje— me duermo. ◣



Josefina Licitra (La Plata, 1975) Cronista y narradora. Ha escrito para *Rolling Stone*, *Newsweek*, *Brando* y *Etiqueta Negra*, entre otras. Ganó el premio CEMEX-FNPI. Publicó el libro de crónicas *Los Imprudentes*. Ya estuvo en Orsai N2, con un perfil sobre Pepe Mujica. @josefinalicitra

Fotografías:
Fernando de la Orden
facebook/coleccionpianopiano

Recuerdos de provincia

Me pasó algo intenso leyendo la crónica de Salamone —le digo a Chiri—. Entré como en una película a esos mundos deshabitados, pampa y pampa, sin un alma… La mayoría de esos pueblos están vacíos.

—¿Vos sabías que el noventa y seis por ciento de la población de Buenos Aires vive en el conurbano? —dice Chiri.

—Estamos muy enfermos.

—Le debe haber hecho bien a Josefina ver un poco de pampa, de silencio, después de haberse metido de cabeza en el conurbano para escribir *Los otros*; un librazo.

—¿Qué cuenta el libro?

—Un problema vecinal entre dos barrios de Lanús. Uno, creado por inmigrantes italianos en tiempos de posguerra… Otro, un asentamiento formado en los años noventa sobre un terreno que pertenecía, o pertenece, a la Asociación de Curtiembreros de Buenos Aires. Los tanos y los negros. O los tanos contra los negros, y viceversa.

—Civilización y barbarie.

—Algo así. Josefina cuenta que los tanos y los negros están separados por un muro, un paredón de trescientos metros. Y dice que un día el muro se rompió, alguien lo rompió, y quedó el hueco. Por ese agujero, según los tanos, los negros los invaden y les roban… Pero ese agujero, según los negros, "es el conducto que tuvieron que inventarse para acceder de forma directa a las escuelas, las plazas y las salas sanitarias de la zona", cuenta Josefina. Un día de 2009, en un episodio bastante confuso, un pibe cartonero es asesinado, supuestamente, por un tano. La tensión social, el quiebre entre esos dos mundos, está simbolizada en la muerte de ese pibe. Y así empieza la historia.

—Prefiero el interior —le digo—. Solamente vacas y pulperías.

—¿Aunque tengas que convivir con los mataderos de Salamone?

—¡Toda la vida! La gente de esos pueblos bonaerenses está totalmente acostumbrada a convivir con esos mamotretos extraños —le digo a Chiri.

—Sí. Dicen cosas del tipo "cuando yo nací este cementerio futurista ya estaba acá, no me parece raro"...

—¿Sabés a qué me hace acordar?

—¿A qué?

—A cuando vino Videla al colegio y nos regaló una jaula gigante llena de pajaritos. Desde los seis años, y hasta los doce, vivimos con eso ahí, en el patio del recreo, y nunca nos pareció insólito.

—Ni siquiera nos pareció una metáfora cruel. Nada. Era nuestra jaula.

—Es verdad —digo—. Tampoco nos pareció raro que el presidente en funciones del país hubiera nacido en nuestro pueblo, ni que nos viniera a visitar. A los seis años cualquier cosa, la más rara del mundo, es normal. Nosotros pensábamos que en el pueblo de al lado había otro presidente con bigote, y otra jaula.

—En los pueblos de Salamone les pasaba lo mismo a los chicos. Se pensaban que todos los cementerios y que todos los mataderos del mundo eran como la ciudad gótica de Batman.

—Yo supe de grande, ya viviendo en España, que la jaula de Videla era una anécdota potable. Una vez se lo conté a alguien, a un gallego, y abrió los ojos como el dos de oro. "¡Realismo mágico!", habrá pensado.

—O que sos un mentiroso —me dice Chiri—. Yo creo que la gente es más de pensar que sos un mentiroso cuando hablás de Mercedes.

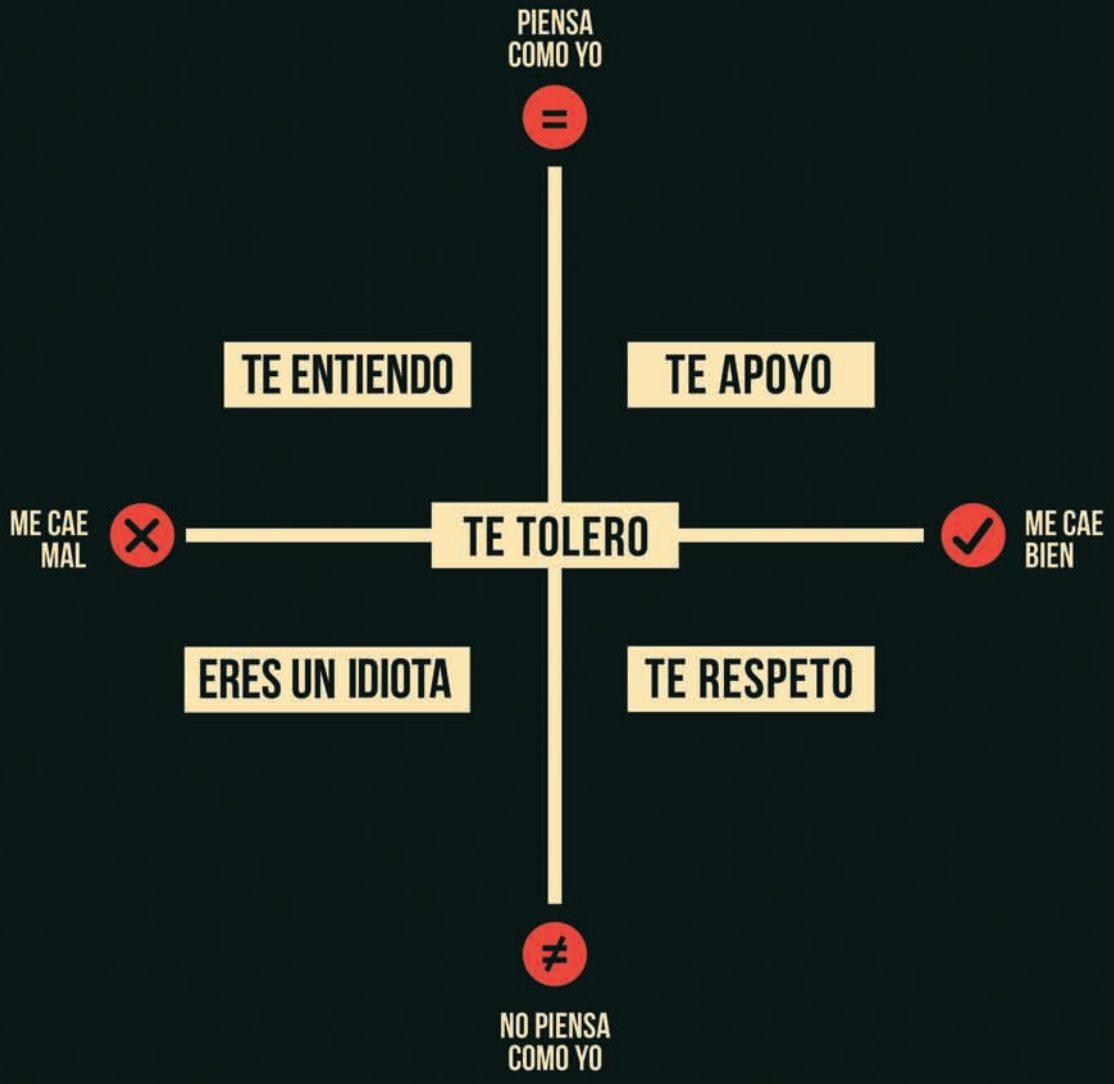
—No sé, pero cuando vivís lejos, en otra parte, te empiezan a caer las fichas de todo lo que te parecía normal y no era.

—¿Ejemplo?

—La llanura —le digo—. Ver la Tierra como una mesa de billar... Te pasás la infancia mirando el final del horizonte desde la ventanilla de atrás del auto de tu viejo, y te convencés de que el mundo es así, llano y verde. No tenés la más puta idea de que hay pocos lugares en el planeta donde se pueda mirar el horizonte terrestre como si fuera un mar.

—Qué gordito poético que sos. ◣

PLANO CARTESIANO DE LA TOLERANCIA



Por José A. Pérez

Amy Winehouse

"O me volvía inmortal o acababa como Cher; elegí la eternidad."

Según la prensa tradicional, la muerte de Amy Winehouse apagó para siempre una voz única. Por suerte Orsai no es la prensa tradicional, y tiene a un médium en su staff. Esta entrevista se realizó mediante el uso de la ouija, del veintitrés al veinticuatro de junio de 2012, en la casa del periodista.

La noche es cálida y húmeda. El sudor empapa la ciudad. Los ventiladores zumban como libélulas dentro de la casa. Alguno de ellos quizá necesite una revisión. Es peligroso tener ventiladores muy viejos. Un primo mío murió por culpa de uno, pero nunca tuve mucha relación con él, así que no fui al funeral. En vez de eso, cogí el coche y me fui a comprar un aparato de aire acondicionado. A mi madre no le gustó mi actitud, pero me dijo: compra otro para mí.

Noto un escalofrío, una ráfaga de aire helado recorre la estancia. El velo de la realidad se rasga y el más allá se abre ante mí.

—¿Señorita Winehouse?

Ruido de bestias, ladridos, cristales que se rompen, un reggaeton. Sonidos del averno fruto del choque entre realidades.

—¿Sí?

—¡¿Hola?!

—¿A ver?

—¡¿Señorita Amy Winehouse?!

—Oh… No grites, por Dios.

—Perdón.

—¿Quieres que me explote la puta cabeza? Más bajo.

—No, perdón.

—¿Quién coño eres?

—Soy un periodista español. Llamaba porque… me gustaría hacerle una entrevista.

—No me lo puedo creer… ¿Es que ni muerta voy a librarme de vosotros?

—Yo…

—¿Eres una de esas prostitutas de lujo de Rupert Murdoch?

—No, soy… Trabajo para una revista que se llama Orsai.

—Jesús…

Se hace el silencio. No estoy seguro de si se ha interrumpido la conexión. Aguardo. De pronto, un sonido, como si alguien aspirase con fuerza en el más allá.

—¿Señorita Winehouse?

—Tienes cinco minutos. Pero háblame bajito, que anoche salí.

—¿Se sale en el más allá?

—¿Qué si se sale? Pregúntaselo a Kurt Cobain, que lleva dieciocho años drogado.

—Pero… ¿También hay droga en el más allá?

—Esto es el paraíso, aquí tienes lo que quieras. Yo el miércoles me comí una paella a las cuatro de madrugada, no te digo más. También es verdad que no me la pude acabar porque se me sentó al lado la Madre Teresa de Calcuta y me tuve que ir.

—¿Por qué?

—No quiero hablar mal de Teresa, pero… Cuando va de popper no hay quien la aguante.

—¿Teresa de Calcuta le da al popper?

—Como si se fuera a acabar. Piensa que esa gente, los puritanos y tal, son los peores. Porque se mueren y llegan al cielo completamente desatados. Wojtyla, el tío este que era Papa, ¿sabes?

—Sí.

—Nada más llegar aquí tuvieron que atarle de lo increíblemente a tope que iba.

—Vaya. No me imaginaba así el más allá.

—Piensa que aquí hay muchísima gente, esto es como una gran ciudad. Yo aquí me he dado cuenta que Londres no deja de ser un pueblo. Los londinenses van de cosmopolitas, pero, a la hora de la verdad, solo les preocupa el qué dirán. Fíjate lo que le pasó a Elton John.

—¿Qué le pasó a Elton John?

—No publiques esto, pero resulta que Elton es gay. Y no se atreve a salir del armario por no dar que hablar.

—Eh… Me parece que Elton John ha salido del armario.

—¿Sí? Pues ya me alegro, porque estaba fatal. Escribió un tema, "Fimosis anímica" donde hablaba de su condición homosexual y el miedo que le daba que el mundo la descubriera. Una canción preciosa, pero nunca la hizo pública. Luego le llamó Disney, cambió el estribillo y la coló en *El Rey León*. Le dieron un Oscar y todo.

—Ya.

—Oye, hablando de Londres, ¿sabes si la gorda esa sigue haciendo gorgoritos por ahí?

—¿Quién?

—Ya sabes.

—No, ¿quién?

—Adele.

Al otro lado de las ventanas retumba un trueno.

—Eh… Sí, la verdad es que sí. De hecho, le va bastante bien.

—Flipo. ¿Cómo puede la gente escuchar semejante porquería? ¡Esa gorda es un invento de marketing, es el Parque Jurásico 3 del soul! Tan pronto empecé a mear sangre, todos los cazatalentos de Londres se pusieron a buscar una versión aria de mí que no bebiera, ni fumara, ni tomara drogas. Y la encontraron. Pero no contaron con las salchichas.

—¿Salchichas?

—Le encantan. Es una cosa compulsiva, enfermiza. Es una yonki de las salchichas. Adele va a ser la primera cantante que se hace leyenda por morir de colesterol antes de los treinta. Vive deprisa, come hasta reventar y deja un cadáver que ocupe como tres.

—Cambiando de tema, ¿le marcó su ascendencia judía?

—¿De qué coño hablas? ¿Yo te hablo de salchichas y tú me hablas de judíos?

—Eh… Bueno, quería… Quería hablar de, ya sabe, su… infancia.

—No te ofendas, pero me han hecho preguntas más originales mientras me vendían crack. Herencia judía… Es la típica pregunta que me haría uno de esos imbéciles de Rupert Murdoch. ¿Sabes que esos cabrones de *The Sun* intentaron pincharme el teléfono?

—¿Sí?

—Puedes jugarte el culo a que sí. Un día empecé a oír como un zumbido en el teléfono, ¿sabes?, un zzzzzzz. Primero pensé que tenía cocaína en la oreja, pero luego me dije: esos cabrones del *Sun* me están espiando. Así que llamo a News Corporation y digo: soy Amy Winehouse, póngame con Rupert Murdoch. Me pasan, y el hombre muy amable, la verdad. Que si le encanta mi música, que si vaya pelo más sano tengo… Y voy yo y le suelto: corta el rollo. Le suelto: corta el rollo, enano fascista acomplejado. La mitad del Reino Unido es subnormal profundo por tu culpa, y la otra mitad es de derechas. Le digo: me da igual que espíes a la Reina Madre, a Bono o al retrasado de Liam Gallagher, pero como mi teléfono siga pinchado mañana, diré que fuiste tú quien secuestró a Maddie McCann solo para vender periódicos.

—Vaya. ¿Y cómo acabó la historia?

—Resultó que sí tenía cocaína en la oreja.

—Ya. Usted alcanzó una fama asombrosa, y se convirtió en un referente para muchos jóvenes. ¿No cree que su actitud hacia las drogas puede haber lanzado el mensaje erróneo?

—No.

—¿No?

—Yo siempre dejé bien claro que drogarse mola, pero se te caen los dientes. Los jóvenes deben poner en un lado de la balanza sus dientes y en el otro la droga. Yo lo hice. Literalmente.

—Ahora que está usted muerta, ¿considera que su comportamiento fue autodestructivo?

—En absoluto. Esa es basura freudiana que se inventaron para joder la vida a los judíos.

—Freud era judío.

—Exacto, ¿ve qué freudiano es todo?

—Pero usted murió de sobredosis y…

—¡Eso es una falacia inventada por la prensa! ¡Yo no morí de sobredosis, sino de abstinencia! Si hubiese seguido bebiendo y drogándome todavía estaría viva. ¡A mí lo que me mató fue no beber, y eso no se dice nunca! ¡Sácalo en tu fanzine! Los medios se pasan el día diciendo lo malo que es el alcohol, pero nunca dicen que, si no bebes, te atacan los bichos.

—Pero eso es delirium tremens, no…

—Escúchame. Y escúchame bien porque solo te lo voy a decir una vez. Yo fui una víctima de la sociedad. Me crie en los suburbios de Londres, donde la vida es muy dura para la gente que sabe combinar colores. La máxima aspiración de los que viven allí es tener un chándal con más brillos que su vecino. No imaginas siquiera lo que es criarse en ese ambiente. A los tres años participé en mi primer tiroteo. A los cuatro y medio muchos de mis mejores amigos ya estaban muertos. Del barrio solo se salía de dos maneras: en ataúd o con un chofer de Universal Music. Opté por lo segundo. Pero el éxito tiene un reverso oscuro. Los impuestos. Yo pagaba tantos impuestos que no me quedó más remedio que beber y drogarme para olvidar. Como cada vez me iba mejor, cada vez pagaba más impuestos y cada vez bebía y me drogaba más. Era un círculo vicioso en manos de mi asesor. Y tuve que tomar una decisión. O me volvía inmortal o acababa como Cher. Elegí la eternidad.

—Señorita Winehouse, ha sido muy amable. Le deseo muchos éxitos con las grabaciones inéditas que la discográfica vaya encontrando casualmente a partir de ahora y editando en discos recopilatorios.

—Gracias. Espero que no manipules lo que he dicho o, cuando mueras, te estaré esperando para meterte al Arzobispo de Canterbury por el culo. Cabe. Créeme.

Una suave ráfaga de viento helado recorre la estancia cuando la conexión con el más allá se desvanece. El velo de la realidad se cose de nuevo. En la portada de los periódicos digitales, el FMI dice que el hambre es buena para el carácter.

LA HISTORIA DE ROBERT EVINRVDE Y SVS CABALLOS ENANOS

Guion: Alfredo Casero

Dibujos: Juan Sáenz Valiente

Como todos sabemos, el Río Potomac está dividido por el flanco de la South Westerline, y el de la North Westerline, que es del otro lado.

SOVTH WESTERLINE

NORTH WESTERLINE

Potomac

En South Westerline, viven mujeres regordetas, y algo tetudas.

En el otro lado, no. Viven unas viejas chotas y horrorosas...

...que son como para tirarse uno mismo adentro de un pozo, y tomarse un veneno.

Aniway ¿Qué hacía el joven Robert Evinrude cuando tenía que remontar en contra del río Potomac que, como sabemos también, tiene una corriente media de 7. 5 galvanowatts, equivalente a 4.3 nudos marinos, con el viento en contra entrando directamente desde el estuario, totalmente en condiciones infrahumanas...

...queriendo pasar al otro flanco, para ir a ver las regordetas de South Westerline, Para ponerla?

Porque como todos sabemos...

...y dijera el...

DOCTOR DON RICARDO VAPOR ESSIO Y PEREZ

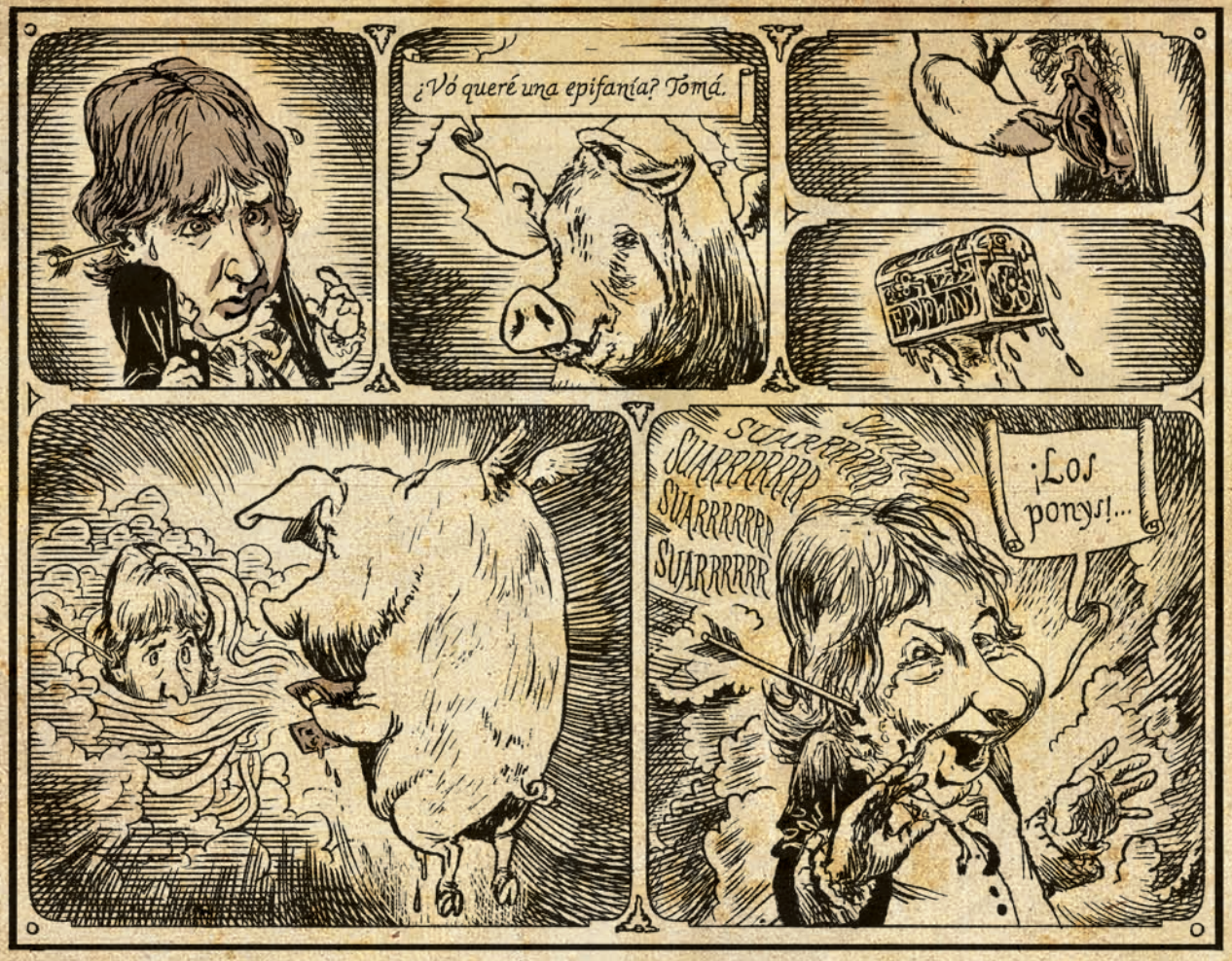
"MIENTE EL PVBER, SI QVIERE PONERLA."

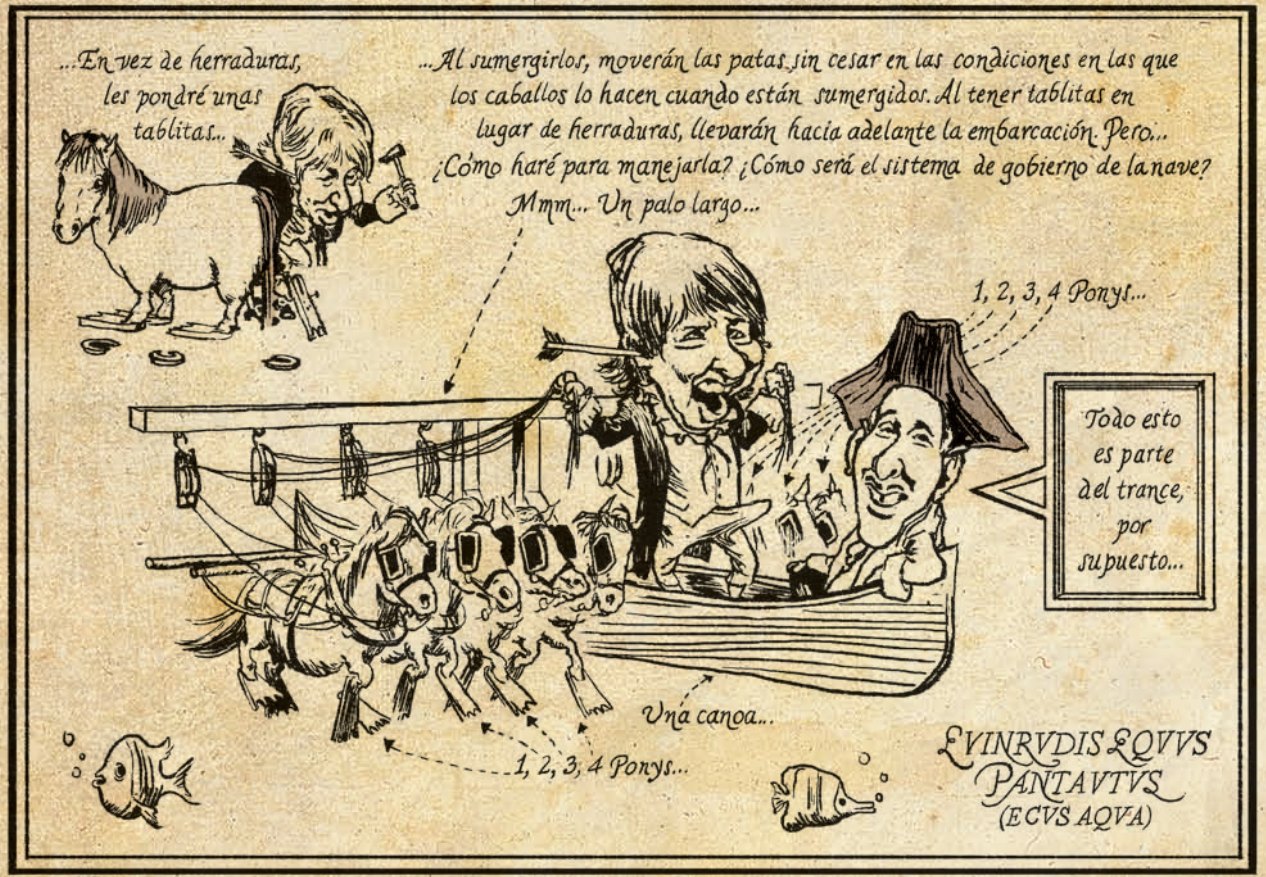
Cansado de navegar, y con llagas en las manos (I), ladillas en el pubis (II), cagado a palos (III), cagado literalmente (IV) y meado (V), por el esfuerzo que tuvo que hacer, en el invierno de 1777, el 4 de Mayo, a las 11:05 de la noche, llega al muelle de North Westerline (VI), con su canoa Iberá Porá (VII). La cual enaquena, acoderandolá al muelle (VIII), poniendolé las correspondientes defensas (IX), la deja hacer noche, hace su parte de buen marino, deja marcada su singladura (X), y se retira a apoliyar, sin previamente, a lo mejor, pegarse una lavadita de huevos. Porque el marino, por más que trabaja en el mar, le sudan los huevos igual, no es que porque es marinero es limpio (XI)...

¡Mamá, mamá, quiero cruzar! Del otro lado hay fantasías, están los bambis, y hay un arcoiris, con un enano...
¡Enano te voy a dar a vos, putañero!
Sí, el joven Robert quería ponerla...

ANYHOW
Prosigo: La cuestión era de qué forma hacer que una canoa propeliera. Hasta que un día, mientras iba a comprar pan de Kümmel, en Viena...
Bäckerei
¡AIIA!

¡Puto!
¡Aguante Dió!
¡Sucio!
?
Mis putinis... ¡Ya les dije que tienen que ser ideales de pureza, la reputa madre que los parió!
Antes que nada, estimado Robert, te dejaré esta chancha. Ella te dará el camino que deberás seguir.
SAN GABRIEL


¿Vó queré una epifanía? Tomá.
EPIFANY
SUARRRRRR
SUARRRRRR
SUARRRRRR
SUARRRRRR
¡Los ponys!...


...En vez de herraduras, les pondré unas tablitas...
...Al sumergirlos, moverán las patas sin cesar en las condiciones en las que los caballos lo hacen cuando están sumergidos. Al tener tablitas en lugar de herraduras, llevarán hacia adelante la embarcación. Pero... ¿Cómo haré para manejarla? ¿Cómo será el sistema de gobierno de la nave?
Mmm... Un palo largo...
1, 2, 3, 4 Ponys...
Todo esto es parte del trance, por supuesto...
Una canoa...
1, 2, 3, 4 Ponys...
EVINRVDIS EQVVS PANTAVTVS (ECVS AQVA)

FELÉFESIS

¿Por qué utilizan caballos enanos? ¿De dónde aparecieron en el relato?... ¿Por qué caballos enanos?

Sí, ésta es la zona de New Hamberline, aquí, criamos los caballos enanos más lindos.

El más conocido de todos, es el mínimo caballo; Un caballo de 7mm...

...El caballo mediano de Madagascar...

...Uno más chico, en sus versiones: Multiplex y Rambler...

...Caballo de fácil acceso, pero específicamente, si bien toda esta zona de NorthWesthinghouse es muy caballera, nosotros, hacemos los más lindos caballos enanos.

PERO ABUELO... ¿CÓMO HICIERON PARA METER TODOS LOS CABALLOS ADENTRO DEL MOTOR?

ESTEM... LOS COMPRIMIERON. EN LA FÁBRICA Vertical Horses of Massachussets®, CON SEDE EN FLORIDA, PARTIDO DE CALIFORNIA, ESTÁ LA GRAN PRESIONADORA DE CABALLOS...

EVINRUDE

EVINRUDE NO FUE FAMOSO POR HABER INVENTADO UN MOTOR FUERA DE BORDA, SINO POR COMPRIMIR LOS CABALLOS PARA HACERLOS ENTRAR EN DICHO MOTOR. ¿ENTENDÉS, PEBETE?

SÍ.

FIN

CASERO-SÁENZ VALIENTE-MMXII

EL REY DE LOS HELADOS

Léanse estas páginas como un cuento sobre el Buenos Aires marginal de los años cincuenta, o léanse como el coqueteo de Enrique Symns con la delincuencia juvenil autobiográfica. Pero sobre todo, y sin preámbulos, léanse estas páginas.

Por **Enrique Symns**

Ilustra **Poly Bernatene**

No hubo transición. La adultez fue una ropa que me pusieron como si fuera un presidiario; nunca dejás de ser niño, te obligan a dejar de serlo.

El asesinato de la infancia se comete en los colegios y los maestros y profesores son los especialistas en cometer ese crimen. Mis padres jamás me enviaron a la escuela. No hice primaria, ni secundaria, ni universidad. Pero igual me dañaron severamente al mudarse de un pueblo a la ciudad.

Compraron un departamento en Barracas y dejamos Monte Grande donde yo había vivido los trece años más mágicos, misteriosos y esquizofrénicos de mi vida. Me escondieron en el último cuarto, el más pequeño, y para protegerme de ese horror que son las paredes de un edificio comencé a desarrollar mis tácticas obsesivas (las sábanas y las frazadas no podían tocar el piso, los cordones de las zapatillas no debían en modo alguno tocar el piso y la puerta del ropero debía estar siempre cerrada).

Buenos Aires me parecía una ciudad aterradora. Nadie andaba dando vueltas, perdiendo el tiempo ni esperando encontrarse con otro. Nadie estaba en su lugar, sino que se dirigían hacia algún ignoto sitio o regresaban desde allí y por lo tanto estaban ausentes. La ausencia es el mayor delito que se puede cometer contra la existencia. Mientras estamos ausentes es que realizamos las mayores vilezas de nuestra vida.

Triste, con un dolor que me penetraba como una jeringa y que yo ni siquiera sabía identificar como dolor, acorralado sobre los muros de una vida miserable debido a la traición de una mudanza con la que no estaba de acuerdo, abandoné Monte Grande, mi pequeño mundo lleno de recodos y escondites, de aromas a eucaliptos quemados, entre gallineros y galpones, cuevas y azoteas, y me sumergí en el océano de lo anónimo.

Me escapé varias veces de mi casa y la policía me trajo de vuelta otras tantas veces. A los catorce años conocí las celdas y los patrulleros. Con el correr de los años me acostumbré a la ciudad. Es la maldición del mecanismo de adaptación forzosa: sos capaz de adaptarte a vivir en el cagadero del infierno.

Mi madre, para complacerme, me compró un enorme tocadiscos Winco. En ese tocadiscos escuché un disco alucinatorio de Santana: se llamaba *Abraxas* y fue la música de fondo de mi andar de esos días. Me despertaba todas las mañanas canturreando una frase maravillosa del escritor francés François Mauriac con la que comenzaba su libro *Carne y cuero*. La frase era muy simple: "esta mañana me desperté fresco y animoso". Esa forma de despertar es la mejor que pueda sucederle a un ser en este mundo, y cuando acaece es que te encuentras en estado de gracia.

Tenía una máquina de escribir Remington y durante esos años intenté convertirme en escritor. Escribí dos novelas. La primera (influido por *Crimen y castigo* de Fedor Dostoievski, que era la delicia de los adolescentes torturados) se llamaba pomposamente *Nosombre* y fue el manual de una forma de escribir que estaba en extinción. La segunda, *El cazador de la noche*, fue un proyecto más ambicioso desde el punto de vista narrativo. La complejidad de la trama la hacía ininteligible. Ambas novelas estaban muy mal escritas y yo lo sabía. Mis cuentos eran un tanto más misteriosos, con poderosas influencias de Lewis Carroll y Franz Kafka.

Esa era mi nueva vida, escribir seis o siete horas por día y luego guarecerme en mi nuevo paradero, el bar Kinteto, en la esquina de Uspallata y Montes de Oca. Todavía está ahí, aunque con otro nombre y deshabitado de todo misterio.

En aquel entonces yo tenía dieciséis o diecisiete años. Ese bar fue un nido de pistoleros y ladrones que vivían a pocos metros, en el yotivenco de Uspallata.

Desde muy niño descubrí que el escondite de la sabiduría estaba en los bares y que en las casas donde vivían las personas nunca había más que problemas malolientes, que la gente se deleitaba en generar. En buscar las soluciones a esos problemas consiste la maldita vida de la gente. Un día se dan cuenta de que la muerte los está acechando y envejecen sin vergüenza con la velocidad de un relámpago.

Mientras holgazaneaba en el bar y trataba de embriagarme, conocí a Gerardito. Era un muchacho más chico que yo, pero más avezado. Un morocho muy atractivo, de ojos chispeantes, que estaba viviendo la transición hacia la adultez. Sus modales y la impostación de su voz eran las de un tipo grande y pesado, pero su risa y la mirada traviesa denunciaban al niño que intentaba enmascarar. Era un negrito y estaba noviando con una muchacha del barrio, pero le gustaban las raras hembras del centro que solían sentarse a mi mesa. Cuando le conté de mi insolvencia enseguida me propuso trabajar vendiendo helados. Me explicó que él ya había empezado y que, con un poco de astucia, se ganaba para la diaria.

El rey de los helados

Palito, bombón, helado

La sucursal de distribución de los helados Sancor estaba ubicada al lado mismo del bar y la regenteaba un hombre con cara de malo y fama de bien pesado; le decían Don Roque, y ese "don" tenía el significado de la antigua usanza: había sido pistolero, ahora era capo. La idea me atrajo, pero tenía miedo de fracasar y ganarme a un enemigo.

Don Roque trataba muy mal a los malos vendedores y, cuando Gerardo me presentó, evidenció sin disimulos que yo no le parecía más que un pedazo blando de mierda. Pero aceptó probarme.

Diablos, tenía casi diecisiete años y si no servía siquiera para vender helados, estaba perdido. Todas las mañanas había que salir en bicicleta con el uniforme blanco de Sancor y la heladera llena de palitos y bombones (lo que más se vendía) y también las tacitas que los demás vendedores nunca conseguían vender por su alto precio.

Todas las mañanas, con algo de vergüenza, evitando las calles donde podía ser reconocido por algún vecino, cargaba la heladera en la bicicleta, me ponía la chaqueta blanca y la gorra, atravesaba Barracas y me iba hasta la Boca.

La calle Caminito y el Museo Quinquela Martín eran visitados por centenares de turistas y escolares en excursión. Era un punto de venta excelente, pero ningún otro vendedor se había atrevido a elegirlo. Los vendedores de Noel, que iban con carritos lujosos y mucha mercadería, pero con precios menos competitivos que los nuestros, tenían la exclusividad de la zona, ya que habían arreglado un porcentaje con la pequeña mafia que manejaba los negocios de la calle Caminito.

Tuve mucha suerte. Durante tres días pasé desapercibido, casi invisible para los competidores.

Yo vendía los helados sin mucho aspaviento pero con elegancia, y si la cara del cliente me daba permiso, le cobraba el doble. El tercer día me gané la lotería. En la primera hora de trabajo vendí todo el cargamento (incluidos los vasitos) y tuve que llamar de urgencia a Don Roque para que me trajera otra heladera en su camioneta. Antes del mediodía vendí la segunda carga. Fue el récord nacional para un vendedor de helados Sancor. Se discutió durante varios días y nadie recordaba una venta tan grande realizada durante tan corto tiempo.

De inmediato me convertí en el rey de los heladeros.

Esa noche, Don Roque, que adoraba el dinero más que a su propio hijo, me dio un sitio en su mesa del bar y me convertí en su protegido. Como todos los tipos malos y ambiciosos, Don Roque podía conquistarte el corazón si se lo proponía. Cuando abrió las puertas de su rostro feroz y me sonrió, sentí como si fuera el auténtico padre que había estado buscando. Un hombre que le iba a dar un rumbo a mi destino.

Y así fui conociendo la fauna del bar.

El tipo más querido de Kinteto era un taxista al que llamaban Queso y Dulce. Había pasado un par de años en la cárcel y esa reclusión lo había convencido de retirarse del delito. Sin embargo le gustaba la pelea, era un peleador callejero de gran prestigio. Enorme, muy alto y fornido, pero como contraste tenía una cabeza muy pequeña y todas sus facciones se apretaban en ese rostro diminuto. Manejaba un taxi y lo suyo consistía en joderle el bolsillo a los turistas extranjeros o del interior que pescaba cerca de las estaciones. Cuando tomaba unos tragos de más buscaba camorra. Nunca con los jeques del bar. Siempre con paraguayos peligrosos o con cualquiera que le pareciera pesado. La conversación de Queso y Dulce, si se la escuchaba superficialmente, aparecía como sin relieve, sin fondo ni superficie. Después descubrí que, al igual que todos los habitantes de ese clan, era una forma de hablar en clave, un poco para probarte y otro poco para pasarte por arriba.

Me hice muy amigo del Viejo Chaina. Tenía setenta y cinco años y se había jubilado de los hechos grandes. Nunca me cansaba de escuchar las historias delictivas de su juventud. Dudo mucho que haya historias más interesantes de ser escuchadas que aquellas que se refieren a asaltos a bancos, tiroteos y fugas. A través de su voz escuché por primera vez la leyenda del Gauchito Gil, una historia que sigo escuchando hasta hoy en la boca de los periodistas e intelectuales más despreciables.

El trabajo del Viejo Chaina, el único que le permitía la edad, consistía en trascurrir las mañanas en la estación Constitución mezclado entre la chusma de turistas que partían o llegaban de Mar del Plata. Era muy hábil para la punga y robar los equipajes era un juego de niños para él. El grave problema del viejo eran los policías ferroviarios, que también se ocultaban disfrazados entre la chusma para atrapar a tipos como él. Todas las tardes, cuando el Viejo demoraba su regreso, empezaban las apuestas sobre si había caído preso o no.

El más cínico en ese juego de apuestas era el tipo más elegante, al que llamaban Pototo, del que se comentaba era puntero de los radicales y su es-

CINZANO
CINZANO

pecialidad consistía en sacar a todo el mundo de la comisaría a cambio siempre de algún favor.

Agotado por la tensión, el Viejo Chaina siempre aparecía con maletas a veces llenas de bombachas o vaqueros sin valor y, en ocasiones afortunadas, con valiosos equipos de fotos y trajes caros.

La mejor mercadería se la disputaban sobriamente Pototo y Don Roque. Pototo era un tipo que me resultaba difícil de tragar, me indignaba su porte canchero, su capacidad de percibir la debilidad de cada persona y exponerla públicamente. Unas semanas después, sin embargo, me hizo un favor inolvidable.

Mi amigo Gerardo tenía un compadre en Matías, también pendejo y también en busca de su destino, y ambos se dedicaban al choreo que estaba de moda en aquellos años: los pasacasetes. A buen precio se los compraba la mafia de Caminito que estaba regenteada por el dueño del local de artesanías que dominaba la calle. Yo a veces los acompañaba para tratar de aprender, pero como veía la yuta en cada sombra terminaron por echarme de esas rondas nocturnas.

El hermano mayor de Matías era El Huevo, un muchacho "grande", también pesado, pero con una gran nobleza. (En la cárcel aprendí que *señor* se le dice a los asesinos, *muchachos* a los asaltantes y *pendejos* a los iniciados; mientras que *jefe* se le dice solo a los carceleros). El Huevo tenía un ojo que parecía estar durmiendo, pero que nunca sabías si también te miraba. Le decían Huevo porque ese ojo maltrecho tenía la mirada de un huevo duro. A mí me quería mucho y en varias ocasiones me ayudó en ciertos enfrentamientos. Después yo lo traicioné vilmente. El Huevo era cuidadoso y se dedicaba a todo un poco, y —si bien no era su preferencia— si había que ir de caño, iba de caño.

El consuelo de la muchachada era Marga, una prostituta joven, morena y sensual, de pechos grandes y generoso trasero. No se acostaba con nadie del bar. Como muchas prostitutas, ella dividía el mundo entre clientes y amigos; trabajaba en los bares de la estación Constitución donde tenía protección policial.

Me falta mencionar al Gallego. Era el único que andaba siempre calzado. Recién salido de la cárcel, apareció repentinamente en el bar y su presencia cambió el clima. Jamás me prestó atención y los muchachos me aconsejaron que ni siquiera lo mirara a la cara. Era un "ojos de hielo", como llaman en la cárcel a los asesinos despiadados. Uno de esos tipos que te matan por nada. Por suerte no iba seguido pero, cuando se instalaba, todo el bar giraba alrededor de su presencia; hasta Don Roque era amable con él y siempre intuí que también le tenía miedo.

Una tarde tremenda fui testigo de la humillación de mi amigo Gerardo. El pibe se sentó en la mesa de los grandes e hizo seguramente algún torpe comentario. El Gallego, sin decir palabra, le cruzó el rostro con un fuerte revés. Llorando por la humillación, Gerardo se fue del bar y desapareció durante algunos días.

Peligroso ascenso en la heladería

Recuerdo mis días como heladero y me da compasión ese tipo que yo era. Con tal de sentirme *alguien* ante los ojos del bar me bastaba con vender helados.

Después del éxito inicial, en los siguientes días comenzaron los problemas en La Boca. Primero fue el vendedor de Noel, un grandote con cara de bulldog que me patoteó con la amenaza simple de cagarme a trompadas si me aparecía otra vez por ahí. Estremecido de miedo regresé al bar y conté mi desgracia. Por fortuna, Don Roque no esperaba de mí que yo enfrentara al enemigo. Al otro día, en la camioneta, me acompañaron el hijo de Don Roque, El Huevo y Gerardito.

Al bulldog de Noel lo reventaron a trompadas, lo amenazaron de muerte y le exigieron que abandonara la zona para siempre. El gordo desapareció, pero el apriete no me devolvió la gallina de los huevos de oro. La mafia se cobró venganza. Estaba vendiendo con Gerardo una primaveral mañana cuando la policía vino por nosotros. En la comisaría nos pegaron unas cuantas cachetadas y si bien Pototo nos sacó enseguida, logrando que no mancharan más mis antecedentes, yo perdí el gusto por La Boca.

Así que me vi obligado a abandonar mi centro comercial preferido y salir a explorar nuevos territorios. Primero emboqué la salida del colegio en Las Catalinas, y como no alcanzaba para hacer la diaria atravesaba la ciudad a gran velocidad hasta llegar a otra escuela, en la calle Entre Ríos casi San Juan. Había más competencia. Pero yo tenía muchos trucos para ganarle a mis competidores. Sorteaba helados gratis. Y al principio de mi campaña varios niños se llevaron gratis un helado junto a la compra de otro. Después comencé a trampear los números y nadie sacaba un premio. Los niños se arracimaban alrededor de mi bicicleta y

cada tanto me veía obligado a sacar un número premiado y regalar dos o tres helados. Conseguía buenas ventas, pero mis ganancias disminuyeron y el recorrido diario me agotaba. Realizaba aquel esfuerzo solamente para mantener mi prestigio.

Don Roque empeoró más mi destino. Haciéndome sentir como un hombre muy afortunado ante la oportunidad que iba a ofrecerme, una noche, después del tercer whisky, me pidió que trabajara los domingos, esta vez manejando un pesado bicicarro, para vender postres helados a las familias del barrio Las Catalinas. Aclaró que me hacía el ofrecimiento exclusivamente a mí y que ningún otro heladero iba a competir conmigo. Si lograba hacer clientela, el porcentaje que lograría con aquellas ventas duplicaría mis ganancias actuales.

Esa noche regresé a mi casa agobiado por la propuesta. Otra vez la vida me acorralaba contra las obligaciones. Detestaba trabajar tanto como estudiar. El estudio degenera las propias ideas y el trabajo es pura esclavitud. Pero negarme significaba perder la simpatía de Don Roque, abandonar el bar y quedar otra vez expuesto a la nada. Siempre tuve pánico al anonimato. Esa era la nada para mí: andar sin rumbo entre nadie.

En esas noches sucedió un hecho que me unió un poco más a la pandilla de Don Roque. Al Kinteto concurría una nutrida clientela de paraguayos que habitaban en una pensión cercana. Formaban también un grupo cerrado que evitaba meterse en problemas con la mafia del bar, pero cuando se emborrachaban perdían los modales. Eran tipos que no sabían lo que era el miedo o, si lo sabían, se reían de él. En el Chaco he visto a cuatro paraguas, espalda contra espalda, peleando con una multitud.

Esa noche tres paraguas empezaron a hacerme bromas pesadas desde otra mesa refiriéndose a la hermosa chica que estaba conmigo. Las bromas fueron subiendo de tono a medida que yo trataba inútilmente de hacerme el desentendido. Hice que mi compañera se sentara de espaldas a ellos y ese gesto aumento la presión de las groserías verbales. El episodio fue percibido por Carlitos, el hijo de Don Roque, que le fue a contar al padre. Este apareció con una expresión feroz en su rostro. Y con un gesto de su dedo deslizándose lentamente por su garganta acalló a los paraguayos. Un rato después, a unas cuadras de ahí, mis agresores recibieron una apretada y nunca más aparecieron por el bar. Entonado por aquella demostración de lealtad, ese domingo salí a vender los postres helados.

Si bien no fue una buena tarde, hice varios contactos y sobre todo me hice popular, ya que regalé porciones de postres a los vecinos para que conocieran nuestra mercadería. El objetivo principal era ganarme la simpatía de los porteros para que me dieran acceso a sus edificios, así que traté de convencer a Don Roque de hacer una inversión. La idea era regalar un postre a los porteros que me parecieran apropiados, pero Don Roque era muy amarrete y se negó a regalar nada.

Comenzaron las desgracias. El día de la primavera fue una jornada de terror, hubo desmanes en toda la ciudad. Los heladeros que fueron a vender al Parque Pereyra Iraola fueron saqueados por las hordas de estudiantes y uno de ellos, en el tren colmado de pasajeros, fue testigo de una violación pública a dos adolescentes. Yo me conformé con la calle Santa Fe, que era la avenida elegida por los estudiantes para producir todo tipo de quilombos. Se pelearon como en Beirut y mi carga también fue saqueada.

En esos días conocí a Marisa y me enamoré. Ya en el primer encuentro surgió el plan que iba a atravesarnos el destino. Eso es el amor: un plan de ellos dos que los terceriza.

En la picazón de la concha y de la pija, en el temblor de los besos y caricias, se esconde inadvertida, como una serpiente, la convivencia futura. Es el único modelo que existe: hacerlo igual que nuestros padres, repetir la tragedia que oscurece la luz del mundo. La seguridad es el principal enemigo del éxtasis. En cuanto el plan "vamos a vivir juntos" se inicia, el amor se esfuma como un pedo en el aire de las conversaciones. El amor es una promesa milagrosa que jamás podrá cumplirse.

En esos días suicidé mi oficio de heladero.

Uno de los porteros de Las Catalinas era un borracho sexópata que me invitaba a su cueva en el sótano del edificio para hablar de mujeres y tomar unos tragos. En aquella época yo era capaz de sostener una charla con el tipo más idiota del mundo y hasta demostrar interés.

A este portero le gustaban las púberes de doce o trece años, no más. Y yo, con tal de recorrer el edificio ofreciendo mis postres, le daba manija a sus fantasías. Luego de mi recorrido me metía en la portería y me quedaba allí bebiendo hasta el atardecer. En cierta ocasión el sujeto me dejó un largo rato solo en la portería mientras atendía distintos problemas del edificio.

Desde niño fui un experto revisor. Era como un detective y tenía un excelente olfato para encontrar las guaridas secretas del dinero, las golo-

sinas o los objetos de valor. Apenas di un paseo por la cueva enseguida encontré, en una caja de madera malamente escondida en el ropero, las copias de las llaves de todos los departamentos. Cada una de ellas llevaba una etiqueta que señalaba el número y la letra del departamento.

Aquel hallazgo era muy valioso y no pude evitar comentárselo al Huevo.

Un hormigueo casi lujurioso nos recorrió a ambos.

Don Roque, con cierta desilusión por mi actitud, porque aquel plan me sacaría definitivamente del negocio de los helados, aprobó la idea. En su confusa y caótica ambición sin límites, Don Roque todavía era incapaz de negarse a un robo.

El siguiente domingo me robé las llaves.

Engañar al portero me daba mucha adrenalina. Yo era una imitación perfecta de su mejor amigo; juntos espiábamos a una morochita tetona del segundo piso y yo lo ayudaba a babearse usando mi verborragia masturbatoria.

En esos días, Marga tuvo su crisis. Ciertos canas que la amparaban en la estación habían intentado hacerle un "becerro" (una violación masiva), y llegó al bar estremecida por el episodio. El ataque se truncó, pero igual debió soportar los excesos anales de un oficial. En cuanto tomó unos tragos nos contó su historia, una muy parecida a la que han sufrido la mayor parte de las prostitutas.

Cuando cumplió doce años y fue de vacaciones a la casa de sus abuelos en Entre Ríos, el viejo la encerró en su cuarto y la violó. Le hizo el trabajo completo y Marga siempre tuvo la sospecha de que la abuela la había entregado. Se hizo prostituta a los diecisiete años.

Esa noche nos emborrachamos junto a ella tratando de darle consuelo, haciéndole creer durante unas horas que nosotros éramos su familia.

En esos mismos días, el bar Kinteto explotó como una bomba.

Queso y Dulce, siempre camorreando, le estampó un grosero piropo a una hermosa rubia que viajaba en un Falcon acompañada por dos ofiches de civil. El auto frenó en el medio de la avenida Montes de Oca, se bajaron los dos federicos, pistola en mano, y le dieron la voz de alto. Queso y Dulce hizo honor a su sobrenombre. Avanzó hacia ellos, le cacheteó las pistolas, los escupió y se fue ovacionado por todo el bar. Los ofiches se fueron, pero la cana nunca perdona. Queso y Dulce anduvo escapando por los techos del yotivenco durante varias semanas y el bar Kinteto se convirtió en una comisaría.

El atraco que se cometió en el edificio de Las Catalinas en varios departamentos salió en un rincón pequeño pero notable de los diarios. Viví esos días aterrorizado. Afortunadamente en Las Catalinas nadie sabía mi nombre. Me fui a vivir al departamento que Marisa alquiló en Barrancas de Belgrano, en Soldado de la Independencia y Federico Lacroze. Y ahí fue donde me mandé una de las mayores canalladas de mi vida. Sabía que el escondite del dinero robado estaba en una de las heladeras del bar, y me lo llevé todo con la idea de desaparecer para siempre.

A los pocos días, cuando El Huevo comprendió mi traición, fue a apretar a mi padre. Le dijo, simplemente, "su hijo es boleta".

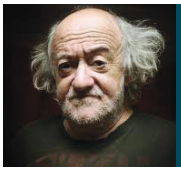
Mi padre no tuvo la menor duda en lo que veía en los ojos de El Huevo, pidió un préstamo y de esa manera tan simple mis excompadres recuperaron su dinero, con la solemne promesa de no tocarme jamás un pelo.

Cumplieron con su palabra. Un par de años después volví al bar y me senté por última vez con El Huevo y el resto de la pandilla. Me hicieron notar de inmediato la repugnancia que mi presencia les producía, pero ninguno de ellos ni siquiera me insultó.

Adiós muchachos

Transcurrieron casi veinte años, yo ya era periodista reconocido, cuando al subir a un taxi me encontré con Gerardito, manejándolo. Estaba obeso y pelado, pero conservaba sus ojos chispeantes de niño travieso. Fuimos a tomar un café y me fui enterando de la distinta suerte de aquella muchachada. El Gallego fue asesinado por la cana en Lomas de Zamora. Estaba bajando del auto cuando lo balearon. Ni siquiera atinó a manotear su arma. El Viejo Chaina murió en un asilo. Marga abandonó el oficio, consiguió un laburo de mucama en una clínica privada y limpiando los tachos se clavó una jeringa con HIV. No se murió. Vivía a cócteles y ahora era lesbiana. Don Roque murió de un infarto y su hijo vendió la concesionaria y puso una carnicería. El Huevo estaba terminando unas largas vacaciones en Devoto. De Queso y Dulce nadie sabía nada. Un día desapareció del yotivenco con todos sus petates. Gerardo, casado y con tres hijos, era tachero y ya no choreaba.

Nos despedimos y me quedé rumiando mi tristeza. A los de mi raza siempre les iba mal, una sombra siniestra nos acechaba para malograrnos. Y pronto su garra me alcanzaría a mí. ◣



Enrique Symns (Buenos Aires, 1946). Periodista y escritor. Pluma fundamental de las míticas revistas *El Porteño* y *Cerdos & Peces*. Ha publicado novelas y biografías sobre rock. Integró, como monologuista, el grupo *Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota*, durante los años ochenta.

Ilustraciones:
Poly Bernatene
polybernatene.com

Enrique, escriba lo que quiera

Ah, está contento el jefe de redacción, se le nota en las facciones —le digo a Chiri cuando aparece por el Skype.

—¿Viste lo que es ese cuento? ¿Ya lo leíste?

—Lo acabo de leer, es una maravilla. Te felicito mucho.

—Felicitálo a Symns —me dice.

—Sí, a él también —le digo—. Pero vos hace meses que estás atrás de este hombre, para que nos escriba algo.

—Fue complicado, porque no conocía la revista, o la conocía solamente de nombre... ¿Sabés lo que me puso en su primer mail, una vez que por fin hice contacto?

—Qué.

—Esperá que lo busco —me dice—. Escuchá este mail: "Debo confesar que vi solo la revista en internet, mañana intentaré comprarla. Mi teléfono es tal y tal... ¿Les escribo algo sobre deportes? En Chile hacía la columna de futbol chileno en *Últimas Noticias*. Viajé por muchos países y fui hincha de muchos clubes; viviendo en Varela, de Defensa y Justicia; en Chile fui de Concepción, de la U. y de Wanderers; en España del Rayo. Aquí de River".

—¡Qué viejo hermoso!

—Por el nombre, se pensó que era una revista de fútbol.

—¿Y vos qué le contestaste?

—Le digo: "Enrique, puede escribir sobre lo que quiera. Pese a que la revista se llama Orsai casi nunca hablamos de deportes, aunque si usted quiere, puede hacerlo. Nosotros publicamos literatura y crónica narrativa de temas muy diversos. Sabemos, porque lo leímos, que usted puede hacer interesante cualquier tema que toque, aunque si nos diera a elegir preferiríamos que hiciera algo que realmente le interese, algo que tenga ganas de escribir. En ese caso, sabrá mejor que nosotros por dónde ir. ¿Es posible? ¿Le parece?".

—Lo tratás de usted —le digo.

—Claro. Es un prócer. Y me despedí diciéndole la extensión, los honorarios, la fecha límite, esas cosas.

—¿Y qué te contestó?

—¡A la semana me mandó el cuento, boludo! Cuando lo leí se me puso la piel de gallina.

—Ahora, un cosa —le digo a Chiri—. Es mucho orto que haya aparecido justo en el mismo número de la entrevista al Indio Solari.

—Yo creo que a Orsai le tendríamos que haber puesto "Orto", de nombre.

—Pero no es solamente que cayó justo, sino que el cuento es literatura hermosa. Mientras lo leía, me acordé de una frase de Roberto Bolaño, cuando dice que escribir puede escribir cualquiera, pero no todo el mundo puede hacer literatura de calidad. "¿Entonces qué es una escritura de calidad?", se pregunta. "Pues lo que siempre ha sido: saber meter la cabeza en lo oscuro, saber saltar al vacío, saber que la literatura es básicamente un oficio peligroso." Y ahí lo tenés a Symns.

—El tipo se crio solo —me dice Chiri—, casi no fue al colegio y odiaba las universidades, pero a los catorce años ya había leído a Kant, a Heidegger, a los griegos: toda una caterva de ratas mentirosas, según él. Menos Heráclito. Y después se hizo delincuente, un oficio que practicó entre los diecisiete y los treinta años. Aprendió a ser periodista en la calle. "Lo peor que le pasó al periodismo fue que la universidad lo capturara, lo burocratizara", dice.

—¿Sabías que el Indio Solari le dedicó dos temas? *El héroe del Whisky* y *El blues de la artillería*: "¿Cabe todo lo tuyo en una maldita valija?". Enrique, pese a las diferencias, lo sigue queriendo al Indio. En Youtube se pueden escuchar algunos de los monólogos que Enrique hacía con los Redondos.

—Hace poco la editorial El cuenco de plata publicó una recopilación con los mejores textos de la *Cerdos & Peces* seleccionados por el propio Symns. "Cerdos & Peces. La revista de este sitio inmundo." Una revista impresionante con un eslogan increíble, muy fiel a lo que se propuso narrar.

—¿Cuántas cosas hizo este tipo? —le digo a Chiri—. Además de dirigir *Cerdos & Peces*, de vivir en muchos países, de haber hecho monólogos para los Redondos, de haber escrito libros y fundado revistas... ¿Cuántas vidas vivió el señor de los venenos?

—No sé —me dice—. Pero su primer robo juvenil lo contó en Orsai. No es poca cosa. ◣

CORTAR

FORMAS DE TERMINAR
CON UNA RELACIÓN

"¿HACIA DÓNDE
VA ESTO?"

"SEAMOS AMIGOS"

"HAY QUE DARNOS
UN TIEMPO"

"ESTO YA NO ESTÁ
FUNCIONANDO"

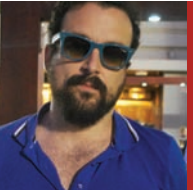
"ESTOY SALIENDO
CON OTRO/OTRA"

"NO QUIERO
VOLVER A VERTE"

"NO ERES TÚ, SOY
YO, ES ESTO"

"YA NO SIENTO LO
MISMO POR TI"

"YA NO SIENTO
NADA POR TI"



Por **Nacho Vigalondo**

Die Hard

(1988)

En España se llamó *La jungla de cristal*; en Latinoamérica, *Duro de matar*. Su nombre real es *Die Hard* e inauguró el cine de acción moderno. Nacho Vigalondo nos cuenta por qué.

Recuerdo cuál fue el primer impacto. Yo era un niño viendo un programa de actualidad cinematográfica. De repente aparece el avance de una película norteamericana de la que no sabía nada. Era una secuencia breve. El tipo de la serie *Moonlighting*, con más hombros y menos pelo que en la serie, sostenía dos rectángulos de plastilina gris con salientes metálicos sobre una silla de oficina, los aplastaba contra un grueso monitor, y después arrojaba las tres cosas juntas por el hueco de un ascensor. Veíamos caer el objeto hasta perderse en el abismo. Mi entrenada pupila de niño adicto a los efectos especiales no necesitaba más para dilatarse: el plano cenital de un pozo sin fondo en el que caía un objeto hasta perderse ya era suficiente. Pero, de repente... ¡una bola de fuego ascendía a toda velocidad en dirección contraria! ¡Y el tipo de *Moonlighting* saltaba hacia atrás, empujado por la onda expansiva! ¿Qué película era aquella? Ya tenía primer tema a contrastar al día siguiente en el colegio.

Lo hemos oído antes: *Die Hard* (1988) es una película que inventó un género. El género se llama "hombre sin atributos excepcionales a priori se ve envuelto de casualidad en una crisis terrorista ubicada dentro de los límites de una instalación repleta de vidas inocentes y, haciendo uso de unas habilidades sorprendentes que no desvirtúan, sin embargo, su condición de hombre corriente, consigue vencer la amenaza, dejando en ridículo la aparente sofisticación de sus enemigos, e incluso la ineficacia de los agentes de la ley que prefieren imponer métodos más ortodoxos para resolver crisis". No hace falta que mencione ninguna de las películas, secuelas oficiales incluidas, que usaron esta fórmula hasta sofocarla. La herencia de *Die Hard* es mucho más amplia de lo que se suele reconocer. Pero, con tantos hijos, ¿por qué esta película seminal nos sigue pareciendo inalcanzable? ¿Qué hace que *Die Hard* siga siendo un espectáculo irrepetible, cuando todas sus características, empezando por la impertinencia irresistible del héroe, ya eran herramientas reconocibles por todos? ¿Cuál es la magia en la primera aventura de John McClane?

En un primer momento supuse que el principal motivo para combinar la *Goma-2* (yo daba por hecho que el explosivo se llamaba así) y el viejo monitor era multiplicar la potencia de la explosión, una teoría motivada por aquellas leyendas urbanas que decían que el tubo dentro del televisor estaba relleno de una sustancia flamígera e inestable. Pasados los años, después de muchos experimentos con televisores y piedras en algún vertedero, acabé por deducir que los motivos debían ser otros. Ver la película completa me dio la solución: el monitor cubre los explosivos y su cable de alimentación sirve para atarlo todo a la silla. El objeto gana, así, en peso, la caída es más firme y el choque más contundente. Todo muy razonable, pero lo cierto es que, en una película *normal*, John McClane habría arrojado los explosivos sin más por el hueco del ascensor. Y con *normal* me refiero a las que habíamos visto antes... Y las que veríamos después.

Tras una búsqueda minuciosa de detalles torcidos e inesperados en *Die Hard*, he querido compartir con vosotros tres ejemplos, que aparecen en orden cronológico y en progresiva sofisticación del mecanismo.

00:21:00

El Terrorista Alfa, que vemos en la imagen 1, está serrando unos "barrotes importantes". A sus pies, un Terrorista Débil busca un "cable decisivo" entre una maraña, a toda velocidad, mientras se queja con desesperación. Parece que hay una rivalidad entre los dos, es fácil entender que el melenudo y su arrogante motosierra están acelerando la labor del otro terrorista por las bravas, como si cortar los "barrotes importantes" supusiese una cuenta atrás en la búsqueda y corte del "cable decisivo". La actitud con la que los dos personajes se despiden después de la maniobra lo deja claro: hemos visto un imprudente juego de dominación entre dos terroristas en mitad de una operación delicada. En realidad la escena solo sirve para ilustrar, en montaje paralelo, por qué los teléfonos dejan de funcionar en el edificio. Algo que podría haberse solventado de mil maneras. La más elemental sería el plano detalle de unas tenazas cortando un cable en una habitación oscura, justo antes de ver a Bruce Willis en su suite, sorprendido porque su teléfono ha dejado de dar señal. Un cliché sin más trascendencia se convierte en un microdrama que dibuja una relación entre dos personajes que no se prolongará en ninguna dirección decisiva... Pero que sí encuentra una suerte de conclusión. Resulta que nuestro Terrorista Débil, quince minutos más tarde, será la primera víctima a manos de John McClane. ¿Adiviináis quién, de todos los personajes, reacciona con más ira? Exacto, nuestro Te-

rrorista Alfa y su impecable melena al viento. No podemos resistir la tentación de volver a echar la vista a esta pequeña secuencia, este microdrama entre dos personajes en profundidad de campo, y buscar nuevas interpretaciones a estos peligrosos tonteos hi-tech.

1:00:47

A estas alturas de la película John McClane ha conseguido encontrar un aliado: el sargento Al Powell, un policía a ras del suelo, otro hombre de la calle que, como él, sabe enfrentar las órdenes de los superiores al factor humano. En esta secuencia, McClane está dándole a su amigo toda la información que ha acumulado, tiroteo tras tiroteo, sobre la ubicación, capacidad y posibles planes de los terroristas. De repente, corta una frase para mirar unos segundos hacia atrás y comprobar que no pasa nada por ahí (ver la imagen 2). Después continúa hablando. En efecto, se trata de una señal falsa, de un titubeo que no conlleva mayor consecuencia. Es una interrupción que encaja perfectamente con el tono de la secuencia, y en ningún caso resulta molesto. Entonces, ¿por qué las reacciones de este tipo no son más habituales en esta clase de cine, por qué no vemos con más frecuencia a personajes interrumpiendo su texto por acciones que, aunque no conlleven consecuencia narrativa, son perfectas contribuciones a la atmósfera de la secuencia? ¿Cuándo fue la última vez que vimos un personaje toser, titubear o tropezar en su texto, más allá de la trama? Un amigo me señaló que, durante *Indiana Jones y la Calavera de Cristal*, ningún personaje reflexiona en silencio en ningún momento, y que la razón podría deberse a la previsualización en animación 3D, habitual hoy en día en este tipo de producciones. Una guía minuciosa, plano a plano, de cómo se tendrá que rodar el largometraje.

Es una interesante teoría: actualmente los héroes no trastabillan porque siguen al dedillo un sendero renderizado en el que el fallo humano sin consecuencia en la trama no puede ser programado con antelación.

1:01:32

Uno de los agentes que el FBI ha enviado para infiltrarse al edificio se pincha con una rosa. Así de sencillo y así de insondable. Que el fotograma que he seleccionado (imagen 3) no os lleve a la confusión: el instante no funciona como alivio cómico, sino como matiz costumbrista en una secuencia que está pidiendo de todo, menos matices costumbristas. La subrayada reacción del actor no nos lleva a pensar que estemos ante uno de esos casos de tomas falsas incluidas en el metraje final (eso que denominamos *snuff light*), sino una idea tomada en el mismísimo rodaje. Pocos segundos después veremos a un terrorista que no puede evitar comerse una chocolatina mientras toma posiciones sobre un mostrador. En ninguno de los dos casos McTiernan parece dispuesto a ridiculizar a ninguna de las facciones que representan estos personajes. Más bien parece querer humanizar su circunstancia. ¿Humanizar a los terroristas que entorpecen los planes de nuestro héroe?, ¿en una película de acción donde las escalas de grises están prohibidas?

Con cada visionado de *Die Hard* descubrimos que la confluencia de talentos que se unieron en el rodaje dio como resultado una película extrañamente rica en detalles, porque el género que ayudó a definir —el cine de acción moderno— es una disciplina en la que la relación entre elementos necesaria en todas las set pieces requiere una manipulación muy precisa para el espectador, sin espacio posible para la información innecesaria. Al contrario que en una composición de, pongamos, Peter Greenaway o Robert Altman, en la que se le ofrece al ojo del espectador vía libre para recorrer los encuadres en la dirección que desee, e incluso se le da la opción de perderse información, la secuencia de acción necesita que todo el cine esté mirando en la dirección exacta en el momento preciso. John McTiernan mostró en *Die Hard* un grado de atención extraordinario a la hora de desviar la atención a un segundo término en secuencias e instantes en los que no se estaba completando información de una manera tradicional. Y tengamos en cuenta que, en lo tradicional, en lo exquisitamente tradicional (nivel Hollywood dorado) la película también supo jugar con la información bajo la alfombra. No olvidemos con qué agudeza John McClane queda descrito —más allá de los diálogos— como alguien que escoge el asiento de copiloto cuando le ofrecen una limusina.

NO TENGO BLOG

EL MUNDO SE ACABA

LA VIDA SIGUE

MANEL F.

Este año los niños están leyendo **HARRY POTTER**

¡LOS DOS SERÍAMOS DE GRYFFINDOR!

¡Y JUGARÍAMOS A QUIDDITCH!

PAPÁ SERÍA DE LA CONSEJERÍA DE ASUNTOS MÁGICOS

NO: PAPÁ DIBUJARÍA CHISTES EN EL *PERIÓDICO PROFÉTICO*...

... Y SE REIRÍA DE HARRY Y DE SU CICATRIZ, POR SUPUESTO

OOOOH

¡Y DE DUMBLEDORE! ¡DE TODO EL MUNDO!

SEGURO QUE SIEMPRE SE REIRÍA DE VOLDEMORT... ¡Y CUANDO VOLDEMORT RESUCITARA SE CAGARÍA EN LOS PANTALONES!

Lo que faltaba:

CUESTIONADO POR HARRY POTTER

ABSOLUTE *teenager*

Las dos hermanas darán TRES VUELTAS COMPLETAS a la piscina antes de decidir el punto exacto por el que entrarán en ella.

A la velocidad de **UN METRO POR SEGUNDO**

Después se meten en el AGUA HELADA sin aspavientos, con DIGNIDAD MESOPOTÁMICA

MALDITO SEA QUIEN LAS SALPIQUE

El chiste es arrojado con desprecio:

SOIS IMBÉCILES

Seconda puntata:

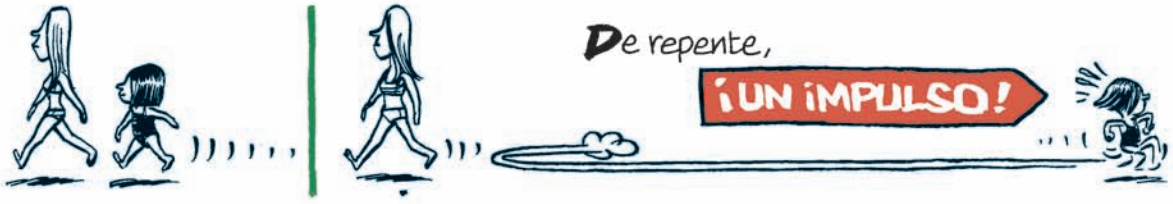
Una frase de uso común en la edad adulta

Un asunto del

MANUAL DE SUPERVIVENCIA

El veredicto

Un potente olor a POLLO EMPANADO precede la llamada a las dos chicas: ¡A COMER!



GRAFITI como los de antes

Dice: "EN UN ORDEN SOCIAL INJUSTO, EL DESORDEN ES UNA FORMA DE JUSTICIA"

MANEL F. / VII-12 www.manelfontdevila.com

El sueño europeo

Garcés vivió los últimos diecisiete años en Europa y ahora decidió volver a Buenos Aires. Pero antes, como en una especie de última cena, se atiborró de Grecias, Francias, Españas e Italias, para despedirse del sueño europeo.

Te impresiona volver a vivir a Buenos Aires?, me pregunta Agos. Me parece un sueño, le contesto. ¿Un sueño volver? No, es como si estos die-cisiete años en Europa hubieran sido un sueño. No te hagás el rarito vos, me dice Agos. En estas semanas nos bajó una urgencia por visitar ciertos lugares. Como quien necesita hacer acopio, como para llevarnos pedazos de Europa antes de irnos. Estuvimos en Atenas, en Santorini, en Naxos, en Como, en Verona, en Milán. Cada tanto yo leía en los diarios sobre lo que iba a pasar si Grecia salía de la moneda única o si España entraba en quiebra, y sobre el fin probable de la Unión Europea.

¿Hubo un sueño europeo? Hace años, me acuerdo, me llamó la atención una fórmula de Régis Debray: la Europa helvética. Era un complemento de circunstancia —"En la Europa helvética..."—, pero me interesó más que el sujeto y que el predicado. Yo estuve una sola vez en Suiza y pasé casi todo el tiempo borracho, pero creo que entiendo lo que quiere decir Debray. No solo la cuestión de la neutralidad, no solo la idea de una Europa que después de 1945 soñó con expulsar más allá de sus murallas a la violencia, sustituyéndola por la concordia, la justicia, la cultura y los acordes del *Himno a la alegría* de Beethoven, mientras deja que Estados Unidos haga el trabajo sucio. No solo eso, digo, sino el costado avaro, friolento, gotoso, el costado discretamente histérico y sospechoso de un secreto sadismo, que podemos relacionar con aquella palabra. Tertuliano, uno de los padres de la Iglesia, dijo que uno de los goces más importantes en el paraíso será que los elegidos podrán ver desde ahí los tormentos de los condenados en el infierno. De esa clase de sadismo hablo. El sadismo de los débiles. Porque si ya entonces la idea de salvación estaba relacionada con tener un sillón cómodo y una tele que pase las veinticuatro horas el reality del infierno, las cosas no cambiaron con los acuerdos de Maastricht. El

sueño europeo, es verdad, empezó como un apretón de manos entre viejos rivales, con la comunidad del acero y el carbón entre Francia y Alemania. *Dos antiguos enemigos se han mirado a la cara,* tronó para el bronce el general De Gaulle, *y han encontrado que se aprecian.* Antes el padre del invento, Maurice Schumann, había resumido la consigna: "Hacer que una nueva guerra entre Alemania y Francia sea no solo imposible, sino inimaginable". Después, el sentido de Europa fue no ser la Unión Soviética. Y después, cuando la Unión Soviética dejó de existir, fue no ser el resto del mundo, es decir el infierno.

En 2004, cuando yo vivía en Gerona, tomé este apunte, en la librería 22, apoyado en una pila de ejemplares de *La sombra del viento*: "Novelas de nazis para sentirse buenos, novelas de la Guerra Civil para sentirse rudos". El engolosinamiento con esos dos temitas expresa, más o menos, toda la ética política de los españoles: volver a matar una y otra vez, ritualmente, en efigie, a la bestia fascista, para dispensarse de pensar en formas más actuales y más problemáticas de autoritarismo, como el poder de la banca o la tecnocracia de Bruselas. Este año, en Barcelona, en un taller literario, tuve que corregir quince novelas escritas por españoles. Nueve trataban sobre la Guerra Civil. En todas, los fascistas eran gente muy mala.

Esta semana me compré el nuevo libro de Régis Debray: se llama, en el original, *Elogio de las fronteras.* Supongo que nunca se traducirá al castellano, no tanto por polémico, ya que la polémica se supone que vende, y además Debray ya está catalogado como sulfuroso, políticamente incorrecto y otros adjetivos de mierda, sino porque es un libro muy francés, dirigido sobre todo a los franceses para molestarlos y mortificarlos en sus francesas convicciones. Vivimos, dice, en una época donde todo lo que es admirable tiene que llamarse sin fronteras: Médicos sin fronteras, Actores sin fronteras, Buzos sin fronteras. En cualquier momento, Aduaneros sin fronteras. Eso me hizo reír. Creo que ocho años en Francia me formatearon de manera irreversible ciertas partes del cerebro, incluido el humor. Pero después Debray se pone serio. Por un lado, dice, la glorificación universal de la ausencia de fronteras tiene lugar mientras las fronteras, en los hechos, suman y ganan. Desde 1991 se agregaron en el mundo veintisiete mil kilómetros de fronteras. Lo cual, se me ocurre a mí, quizá sea sobre todo un síntoma de vitalidad. Lo que define a una célula viviente es su membrana. En el Génesis, para crear el mundo, Dios empieza por separar la luz de la oscuridad. Zeus separa al andrógino para crear al hombre y la mujer. Separar, delimitar, establecer fronteras, es la condición para que algo pueda crearse. Crearse y además mantenerse vivo. Porque la frontera, por definición, no es un límite infranqueable, sino lo que *regula* el tránsito. Palabra que hace pensar (pienso yo) en las llamadas, que tanto se escucharon en décadas pasadas y también ahora, para desregular el comercio, las transacciones bancarias, el mercado hipotecario, y que algo tienen que ver con la crisis que atormenta ahora a Europa. Y prosigue Debray: la frontera se opone tanto al movimiento indiscriminado como a la separación completa. Ahí donde desaparece la frontera, aparecen muros, como en Cisjordania o Jerusalén. Y yo de nuevo pienso en la sabiduría convencional que encontré, a lo largo de los años, en revistas inglesas, en *realities* alemanes, en los baños de facultades francesas, en charlas en las playas españolas con vendedores de cerveza. No tengas miedo al otro. Respeta la diferencia. Apoya la diversidad. Pero el elogio incesante de la diversidad disimula la absoluta imposibilidad de lo diverso. En el sueño europeo, *respetar la diversidad* significa en realidad *ninguna diversidad es admisible.* Empezando por lo primero, la educación. En los colegios de Europa occidental, como nos recuerda David Brooks, impera una cohesión cultural que premia únicamente a una clase de persona: la que es protectora, colaborativa, disciplinada, prolija, estudiosa. Los que no corresponden a ese patrón de comportamiento —o no pueden acoplarse a él— quedan afuera, y la porción mayor de esos excluidos, por alguna razón misteriosa, tienen cromosomas XY: niños varones. Para salir adelante en el colegio es necesario abolir también la frontera entre los sexos y los temperamentos: comportarse todos, o por lo menos fingir comportarse, como niñas buenas.

Creo que yo también, cuando me fui a Europa, en 1995, tenía la aspiración de volverme in-

diferenciado. Me acuerdo (me da vergüenza, pero me acuerdo) de estar en la esquina de Corrientes y Pueyrredón en un embotellamiento y pensar, locamente: *allá* esto no va a pasar. Como si en Europa los embotellamientos no existieran, como si Europa fuera la libertad de circulación. Lo cierto es que acá nunca tuve auto. Me acuerdo también que no quería ser francés. Ni español, ni argentino. Quería carecer de membrana, poder confundirme con cualquier nacionalidad, cualquier edad, cualquier temperamento, cualquier sexo. Que cualquier identidad pudiera servirme como vehículo. Después supe que hay una forma de vida que se reproduce de esa forma, los virus. Yo invocaba la ideología de la alta cultura, ese invento de los románticos alemanes, que pregona la elevación por encima de los mezquinos intereses de nación, de clase o de familia, y que en la práctica le resulta muy funcional a quien, por debilidad o temor, quiere evitar caerle mal a nadie y aspira a fingir que no ocupa espacio alguno y por lo tanto no le quita el asiento a nadie en el colectivo. Pero lo que define a una identidad no es el nombre que te das o el discurso con el que elegís arroparte, sino aquello o aquellos que se te oponen; el reconocimiento de que tus deseos, tarde o temprano, serán contrarios a los deseos de otros. Sin alegría, sin amargura, con humildad, te decís: tengo adversarios.

Estábamos buscando con Agos un lugar donde comer en El Pireo cuando encontramos un mitin del PKK. Había banderas con la hoz y el martillo, se escuchaba *La internacional* en los parlantes. Llamaban a salir del euro y del mercado único y a destituir al gobierno de tecnócratas instalado por el golpe institucional de los banqueros. El clima era tranquilo, la gente parecía contenta, como si hubieran logrado algo. Cruzando la calle, sobre el muelle, había otra asamblea, esta de militantes ultracatólicos. Los católicos eran un poco menos pero sus altoparlantes tenían mejor sonido. Ninguno de los dos grupos se daba por enterado de la existencia del otro. El puerto estaba medio oscuro y los lugares para comer eran caros. Agos dijo que estaba cansada y volvimos a comer a Monastiraki.

El matrimonio de viejos que nos alquiló una pieza en Verona nos contó que los frescos del cielorraso, originales del siglo XVII, se habían caído en parte durante los bombardeos alemanes. Quedaba alguna cara, alguna teta trunca. Es una parte de la Segunda Guerra a la que siempre le di poca bola, no sé bien por qué. Cuando Italia cambia de bando en 1943, los nazis la castigan con todo. El puente de piedra de Verona, uno de los más hermosos del mundo, fue derribado. Hizo falta reconstruir catedrales enteras. A la noche, leí un artículo sobre los efectos de una retirada alemana de orden diferente. Hoy los europeos del sur le apuntan a Alemania, como escribió Nabokov, "con gritos destemplados, como una amante despechada con un revólver". Si no elevan el monto de los rescates, si no emiten eurobonos, si no bajan las metas del déficit fiscal, no los queremos más, los llamamos nazis, la moneda única se cae y ustedes saben que eso será terrible. Pero los alemanes quizá ya no lo encuentran tan terrible. Como esas esposas que empiezan el duelo de su matrimonio años antes de separarse, Alemania lleva más de una década volcando sus exportaciones a Rusia, China o Brasil y reduciendo el porcentaje de sus intercambios con la familia europea. Lo cual ayuda a explicar por qué, cuanto más fuerte le gritan, más se retira. Después de la última cumbre entre Monti, Rajoy, Merkel y Hollande, algunos pedazos más del fresco se habían caído.

¿A quién benefició el sueño europeo? Los banqueros lo fomentaban porque la ideología de la homogeneidad sin fronteras ni conflictos facilitaba la circulación de capitales y derivados terciarios; los maestros de escuela lo amaban porque, como dice Woody Allen, los que no pueden hacer enseñan, y los que no hacen odian el entramado de conflictos y oposiciones que impera en el mundo de la producción; los hippoides y mochileros de la plaza Cataluña lo amaban porque les permitía aparecer ante las chicas nimbados del prestigio que da estar a la cabeza de la historia, y así conseguían mojar cada tanto; la clase globalizada con avión privado lo predicó porque de cualquier manera estaba acostumbrada a ver el mundo como un aeropuerto donde las tiendas siempre son *duty free* y el único idioma que suena en los altoparlantes, el globish english. Ahora el sueño se desmadeja y es posible que deje lugar a un despertar brutal o al sueño todavía más loco de unos Estados Unidos de Europa, pero yo no estaré para verlo. ◣

Invitamos a Mikel Urmeneta, dibujante, bon vivant, fundador de la fábrica Kukuxumusu, a hacer lo que se le ocurra con ocho páginas de Orsai. "Vale", dijo, y se tomó las palabras al pie de la letra. Al mes y medio nos llegó su trabajo. ¿Es un cuento? ¿Es una fotonovela porno? ¿Es una serie de dibujos animados? No señor: es lo que ocurre cuando le das libertad al vasco más loco del mundo.

Se sentía que estábamos en pleno cambio. En el final de un ciclo. Una nueva era arañaba la atmósfera. Los razonamientos lógicos se estaban convirtiendo en postulados surrealistas y planteamientos que hacía poco tiempo eran considerados absurdos ahora empezaban a tener plena vigencia.

Antes de que las nuevas fórmulas de vida se consolidaran —convirtiéndose en más de lo mismo— me deshice de todo mi dinero, regalé la fábrica a mis empleados, me despedí de mis familiares y me fui con mis amigos Res, Taur y Ante a un lugar cuya existencia muy pocos conocían.

El Señor Mono me estaba esperando:

—¿Estás seguro que quieres follar con las mujeres cocodrilo?

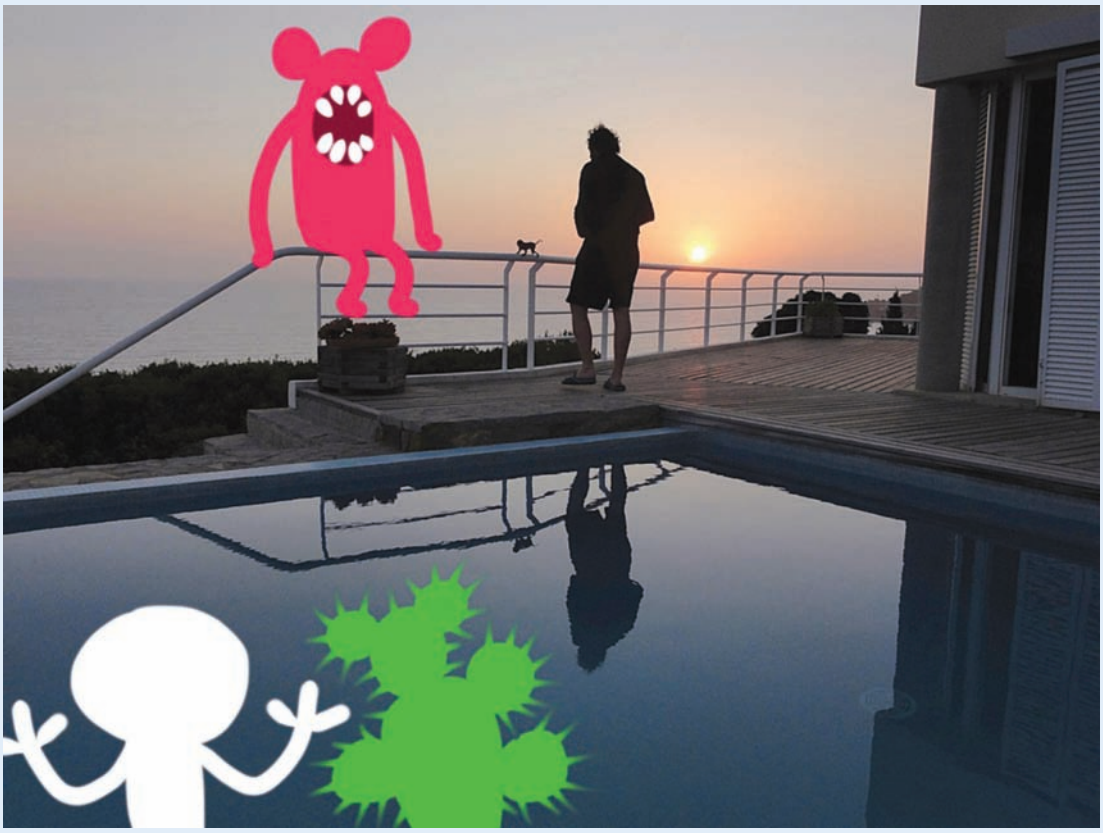
—Absolutamente.

—¿Y tus amigos?

—No, ellos solo vienen a comer atún.

—Mañana a las seis deberás saltar desnudo desde la terraza a la piscina, no te puedo contar nada más.

—De acuerdo.

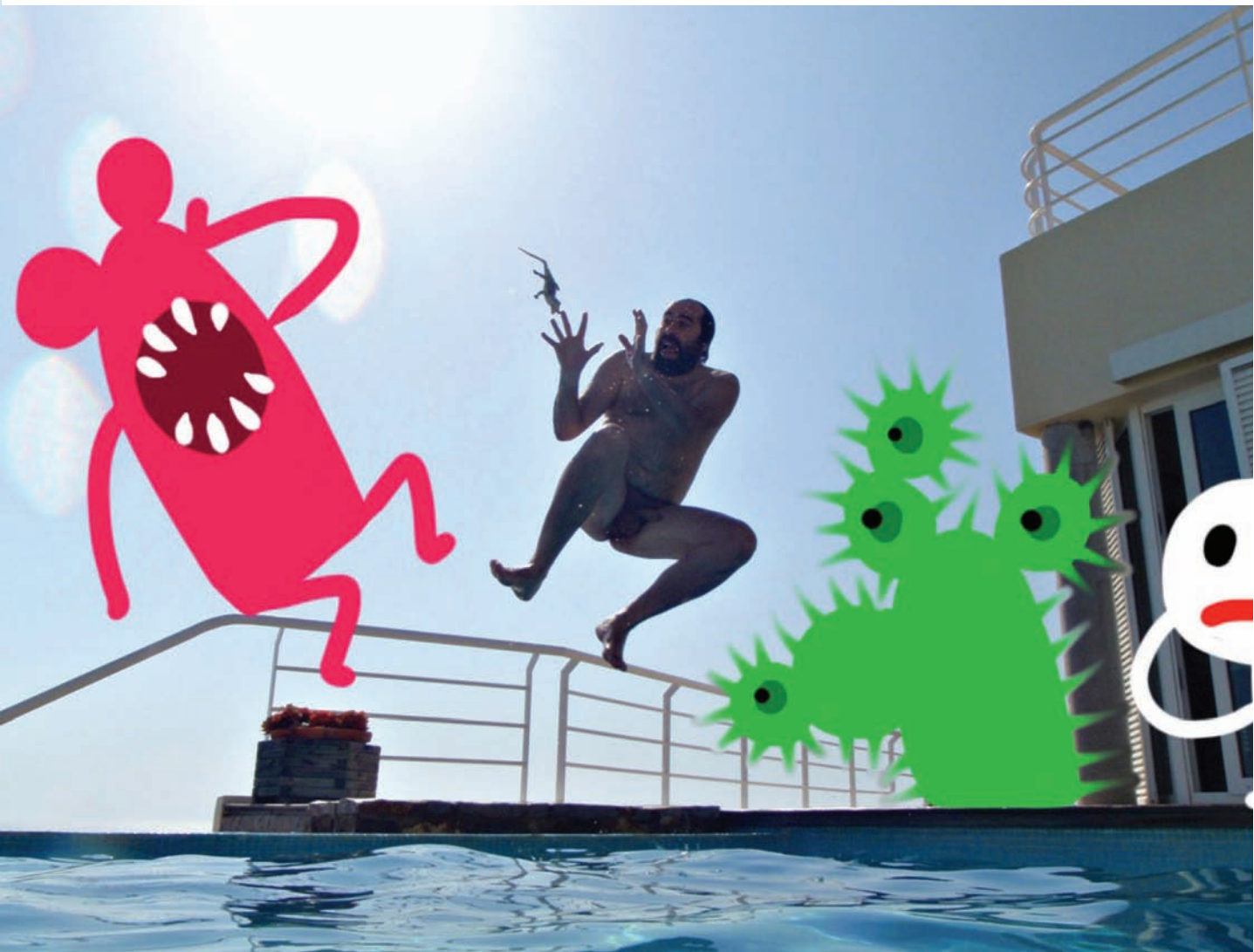


Eran las seis en punto. Me sentía joven y, sobre todo, ligero. Eran muchos años soportando un sistema en el que no creía y viviendo una realidad que no compartía.

Ahora era tiempo para mi tiempo.

No lo pensé dos veces: me desnudé y salté. En pleno vuelo, un bicho que surgió de la nada me mordió la mano. Caí al agua, hundiéndome en el fondo de la piscina. La mano me dolía y sangraba de un dedo. Estaba asustado viendo cómo, en la superficie, me esperaban esas agresivas alimañas.

Como suele pasar, en un segundo lo blanco se había tornado a negro. Pensé que quizás me había equivocado.



Mi susto fue mayor cuando me di cuenta de que respiraba con total normalidad bajo el agua. En ese momento apareció el Señor Mono.

—Tienes que dejarte morder el pito por uno de esos pequeños reptiles.

—¡Y una mierda!

—¿Te has deshecho de los ahorros de toda tu vida, has regalado tu empresa, abandonado a tu familia y dejado tu ciudad para venir hasta aquí y no hacer lo que venías a hacer?

El Señor Mono tenía toda la razón: había decidido dar un gran cambio y no podía hacer lo que tantas veces había querido hacer: arriesgar. Y arriesgar tiene sus consecuencias, aunque siempre mucho menores que no hacerlo. Os lo aseguro.

¿Qué era un mordisco en la polla si, tal vez, tras él se escondía la felicidad?

Subí a la superficie muy convencido y agarré con mi mano herida el primer cocodrilo que vi. Esta vez no me atacó. Apenas se movió. Lo sumergí y lo puse a la altura de mi polla; cerré los ojos. ¡Zas! El hijo de puta cazó con sus mandíbulas mi capullo. Sentí un dolor terrible. Taur intentó asustar al reptil, que no solo no soltaba su presa sino que la mordía con mayor violencia. Cuando creía que estaba a punto de desmayarme, el dolor desapareció y sentí un tremendo placer. El agua se agitó bruscamente. No veía nada, era como si un gran ventilador hubiera caído a la piscina.

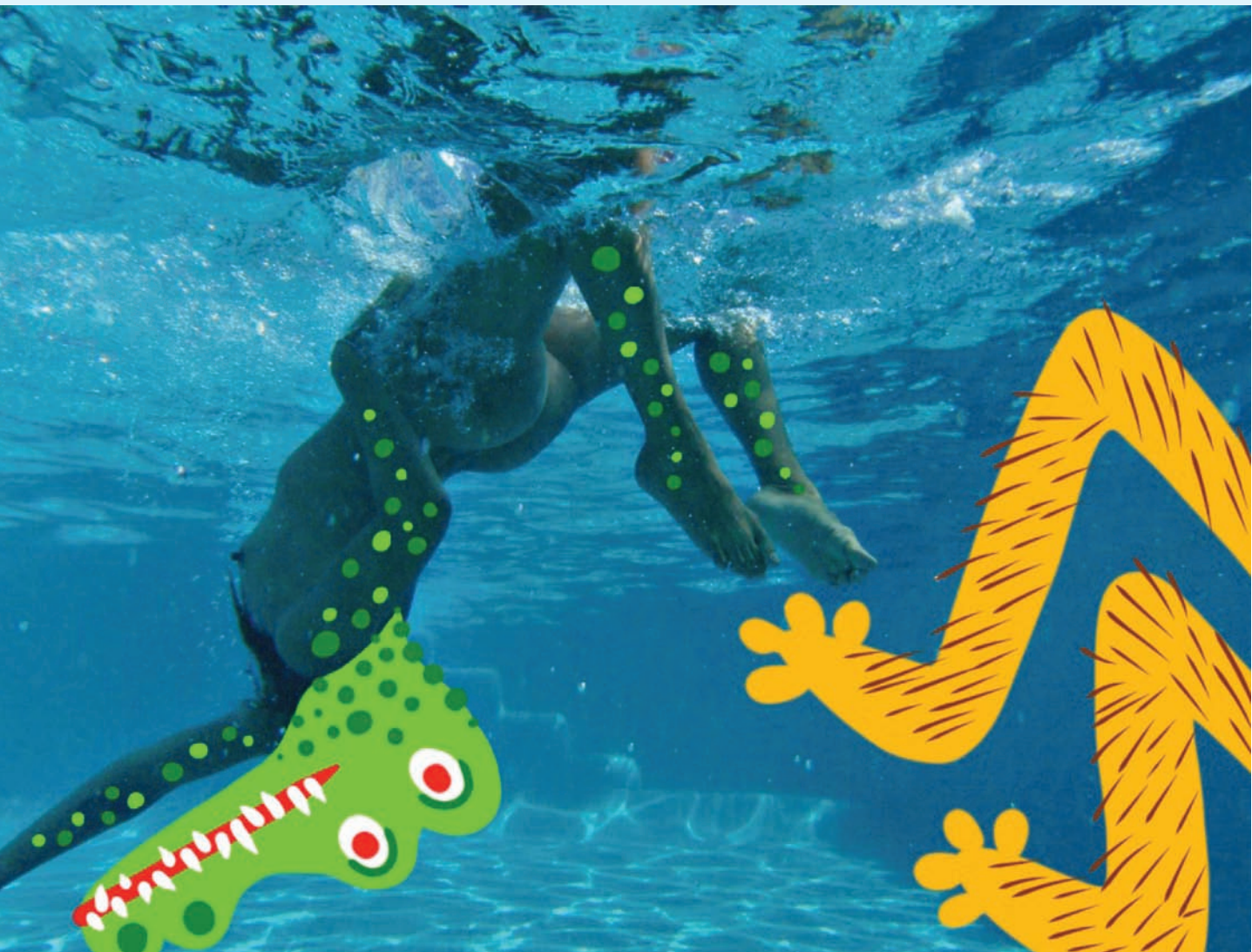
No me lo podía creer. El pequeño cocodrilo había adquirido un tamaño enorme y se había transformado en mujer; en mujer con cabeza de cocodrilo. Un precioso cuerpo de mujer con una impresionante cabeza de reptil. Aquel animal era bellísimo.

Contemplaba aquella increíble mutación mientras seguía respirando con absoluta naturalidad bajo el agua. Dentro de mi perplejidad, me sentía fascinado y atraído por aquel extraordinario ser.

Sin darme cuenta tenía a la mujer cocodrilo frente a mí, de pie, en el fondo de la piscina.

Me abrazó con fuerza, introdujo mi pito en su vagina y metió mi cabeza entre sus terribles mandíbulas, apretándola firmemente. Empezó a girar violentamente bajo el agua, girando yo a su ritmo como un insecto en el centro de un tornado, en el polvo más excitante, salvaje y extenuante que jamás alguien hubiera imaginado.

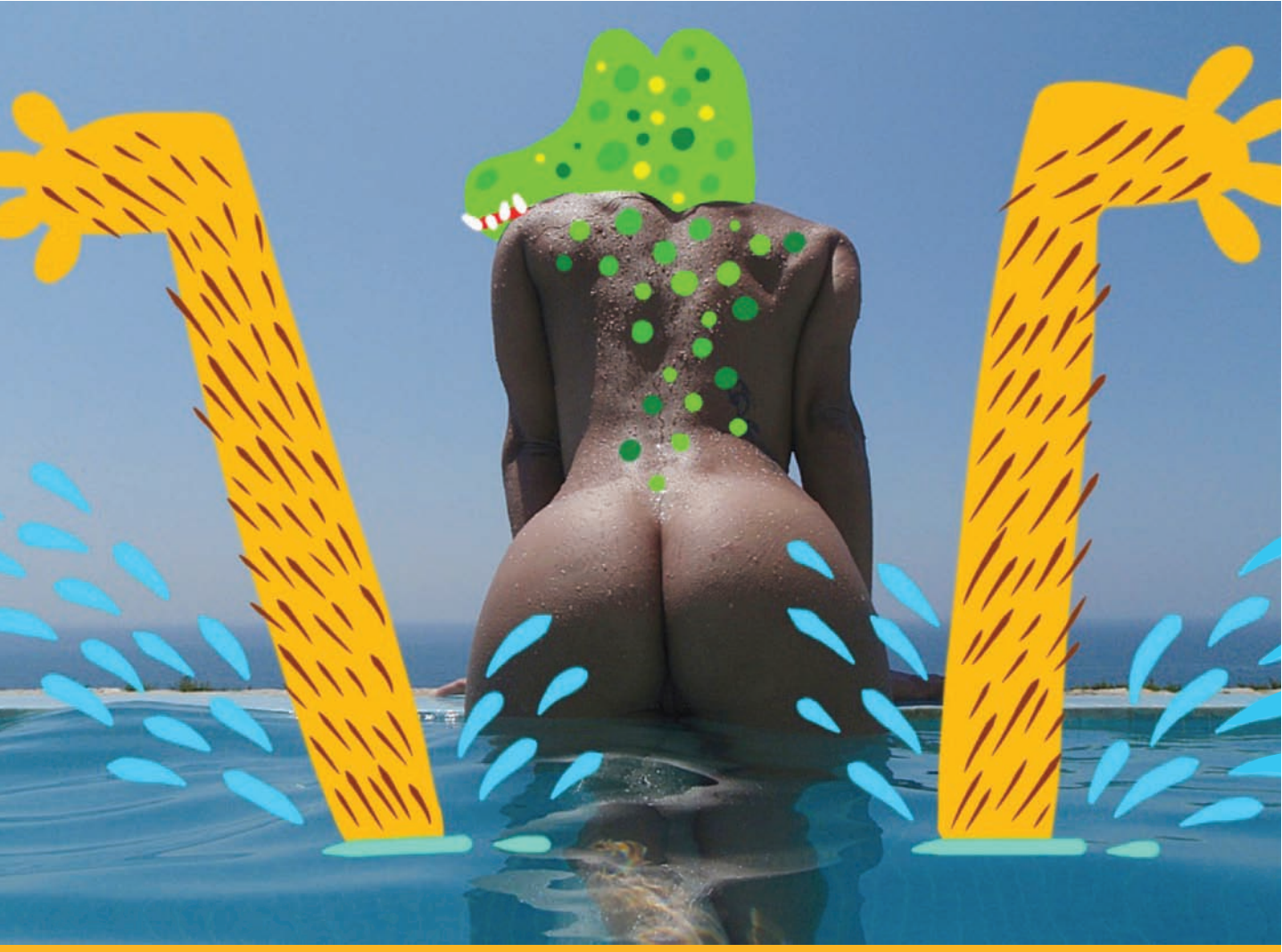
Mientras me corría vi lo que dicen que ves justo antes de morir. Mi vida en imágenes pasando a toda velocidad.



Res, Taur y Ante bajaban todas las noches a comprar atún al pueblo. Era todo lo que necesitaban para ser felices. Yo me tumbaba en el borde de la piscina y contemplaba aquellas chiquitas y preciosas cocodrilas. Imaginaba lo que me esperaba al día siguiente. Me sentía intrigado, curioso, atraído, diferente, feliz…

¿Era mi recompensa por creer en mí, por huir de lo que había y de lo que venía?

Pensé lo idiotas y lo convencionales que éramos. Conformistas de mierda. Pensé en el falso nuevo ciclo que golpeaba la puerta de los ingenuos. Pensé que el sistema estaba en la cabeza de cada uno y que no se podía compartir. Pensé que no iba a morir, y menos aún en vida.



Cada día era una fiesta. Las preciosas y poderosas mujeres cocodrilo eran la caña. Yo no hablaba con ellas porque ellas no hablaban. Follábamos y luego ellas salían del agua, se ponían al sol, me miraban y yo sabía todo de ellas y ellas sabían más de mí que yo mismo. Con ellas sí se podía compartir porque se nutrían de mi pensamiento sin jugar con él, sin discutir con él, sin hacer revoluciones con él; y seguían tomando el sol mientras se alimentaban.

A media tarde se levantaban. Inmensas y preciosas, se alejaban hacia la playa para volver al anochecer convertidas de nuevo en inquietantes y diminutos reptiles.

Llevamos más de dieciocho meses en la casa de las mujeres cocodrilo. No sabemos qué pasa en el mundo, ni nos importa. Yo estoy escribiendo un libro sobre la inmortalidad, y Res, Taur y Ante se pasan el día comiendo atún. Quieren montar un restaurante, de modo que, por turnos semanales, uno cocine para los otros dos. No se por qué no follan. Es más, no sé de qué sexo son. Qué más da.

Me he hecho muy amigo del Señor Mono, al que he confesado que descubrí este lugar porque me lo inventé. Él no está del todo de acuerdo y me habla de mecánica cuántica para convencerme de que estoy equivocado.

Hace un día precioso. Me voy a dar un baño. ◣

Beso de pulga

Nunca pensé que en una revista hecha por nosotros iba a haber fotos de un vasco al que le muerde la poronga un cocodrilo —le digo a Chiri.

—¿Sabés qué quiere decir Kukuxumusu en euskera? Beso de pulga.

—¿Pero qué carajo es Kukuxumusu, realmente? ¿Es una empresa de camisetas, o algo más? —le pregunto.

—Mikel dice que es una fábrica de ideas y de dibujos, pero creo que, en el fondo, ni él ni sus amigos tienen claro qué cosa es. "Depende de por dónde nos mires te podemos parecer una cosa o la contraria", dicen los Kukuxumusu en la web. "Lo que tenemos claro es que nos divierte lo que hacemos, y que hacemos lo que hacemos para divertirnos."

—Mikel tiene un blog en el que habla de gastronomía, *Biutifood*. Es un blog que seguimos los gordos —le digo—. Todas las experiencias culinarias de Urmeneta están allí. Experiencias extremas. La otra vez escribió una entrada que empieza así: "Recuerdo cuando éramos pequeños que de vez en cuando llegaba a casa un queso de gusanos. Aquello era una revolución".

—Yo hay dos blogs que miro siempre, desde que los blogs se murieron —me dice Chiri—. Uno de ellos es el que hace Mikel en *El País*, que se llama *Natural Born Majadero*. Y otro es el del escritor Carlos Busqued: "El problema de fondo, *Carlito*, es que la gente está hecha mierda". Esta frase es un chiste interno para los que seguimos el blog de Busqued. Una gran frase que, bien interpretada, te puede cambiar la vida.

—En el blog de *El País*, Mikel hace lo que se le canta: muestra fotos de sus viajes, hace dibujitos y cosas locas... Filma culos en los acuarios, se saca fotos en contrapicado de su poronga parada, con Manhattan de fondo... Dice que Manhattan le gusta tanto que "lo empalma". Igual que al Indio Solari.

—Me gusta cómo se presenta en ese blog: "Sigo siendo un mal escritor, un mal dibujante, un mal fotógrafo y un mal amante. Para mí las cosas intrascendentes tienen la misma importancia que las cosas que os quitan el sueño. Prefiero escuchar u observar a la gente que leer un libro. No me creo el cine y menos el teatro. Podría vivir sin música".

—Un campeón. Un genio de los negocios divertidos. Entre todas las cosas que hace se asoció a un fabricante valenciano y lanzó una colección de papel pintado para decorar paredes. ¿Y sabés lo que está haciendo ahora? Un cosa que se llama Kukuxumusu relocated. Es un experimento que propone la deslocalización temporal de una empresa, en este caso Kukuxumusu. Mikel está trasladando Kukuxumusu a una galería de Albéniz.

—Ahora que pienso —me dice Chiri—, ¿no estamos haciendo publicidad de Kukuxumusu en una revista que no tiene publicidad?

—En cada sobremesa hablamos de libros, o de discos —le digo—. De cosas que nos gustan. En este caso, de un tipo que hace camisetas de una manera que nos parece divertida. Yo creo que el problema no es la publicidad, sino la falta de vergüenza.

—¿De quién?

—Mirá, entrá al home de cualquier diario, o pasá páginas de una revista, la que quieras. Te vas a dar cuenta enseguida de que se ofrecen cosas que no tienen nada que ver con el espíritu del medio. Una película decididamente mala, un banco corrupto, una multinacional espantosa... No pueden decirle que no a nadie.

—Es verdad —me dice Chiri—. En periódicos muy serios hay banners que dicen "Sos el lector número mil, te ganaste un coche, clic aquí".

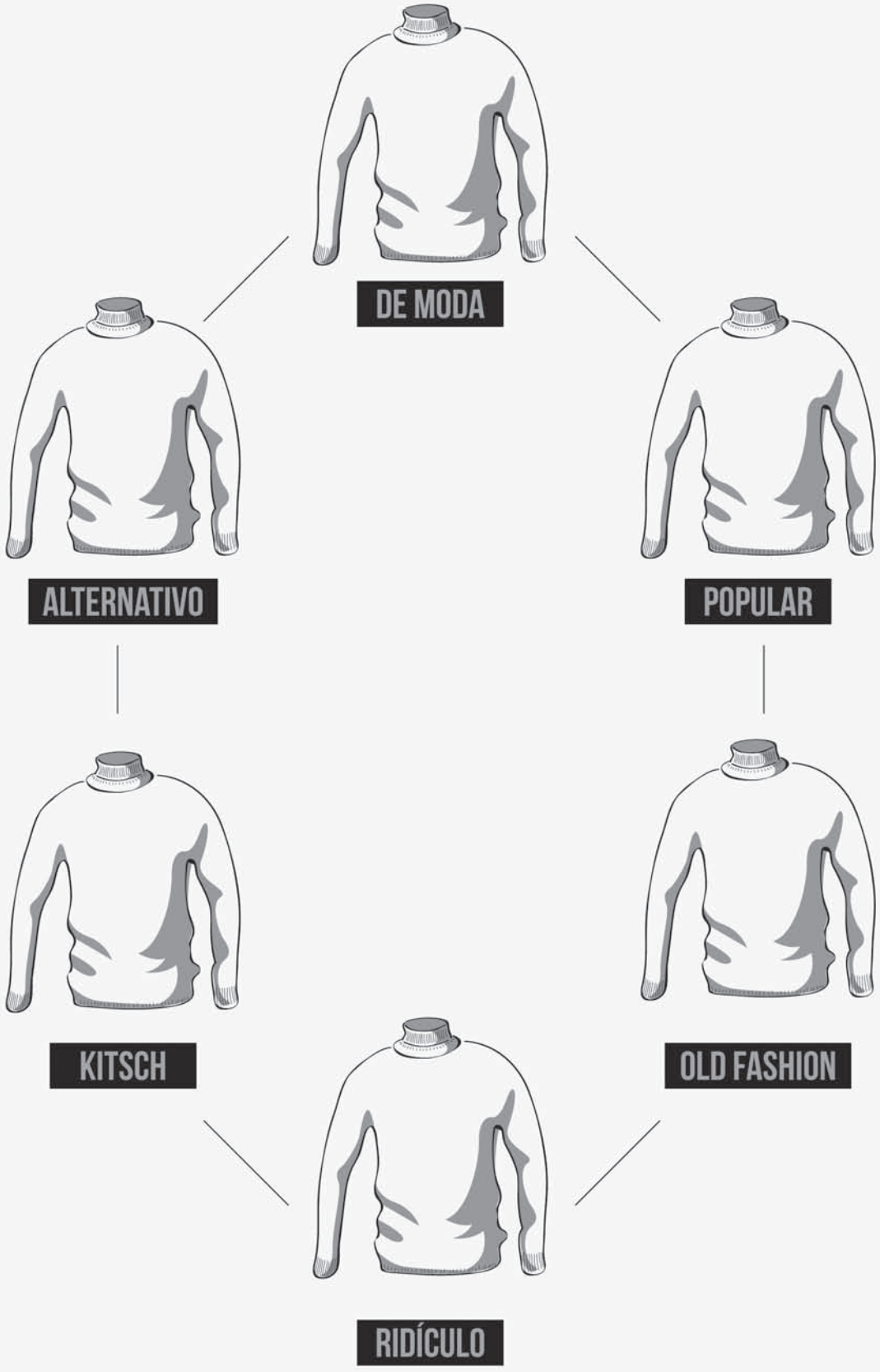
—¡Claro! Eso es un engañaviejas. El lector inteligente ya no hace clic en los banners. Solamente algunas viejas que tienen wifi desde antes de ayer... Los editores de esos medios subestiman al lector, a cambio de plata para sobrevivir. Y difunden, por plata, proyectos o empresas de mierda. No podemos vivir sin el consumo, pero capaz que se puede evitar la difusión descontrolada de cualquier cosa.

—Qué bien que calzan los dos cuentos de las próximas páginas, entonces —me dice Chiri—. Son ficciones consumistas.

—Antes que eso son dos historias preciosas, pero tienen esa unidad temática: son cuentos sobre el consumo. No es casual.

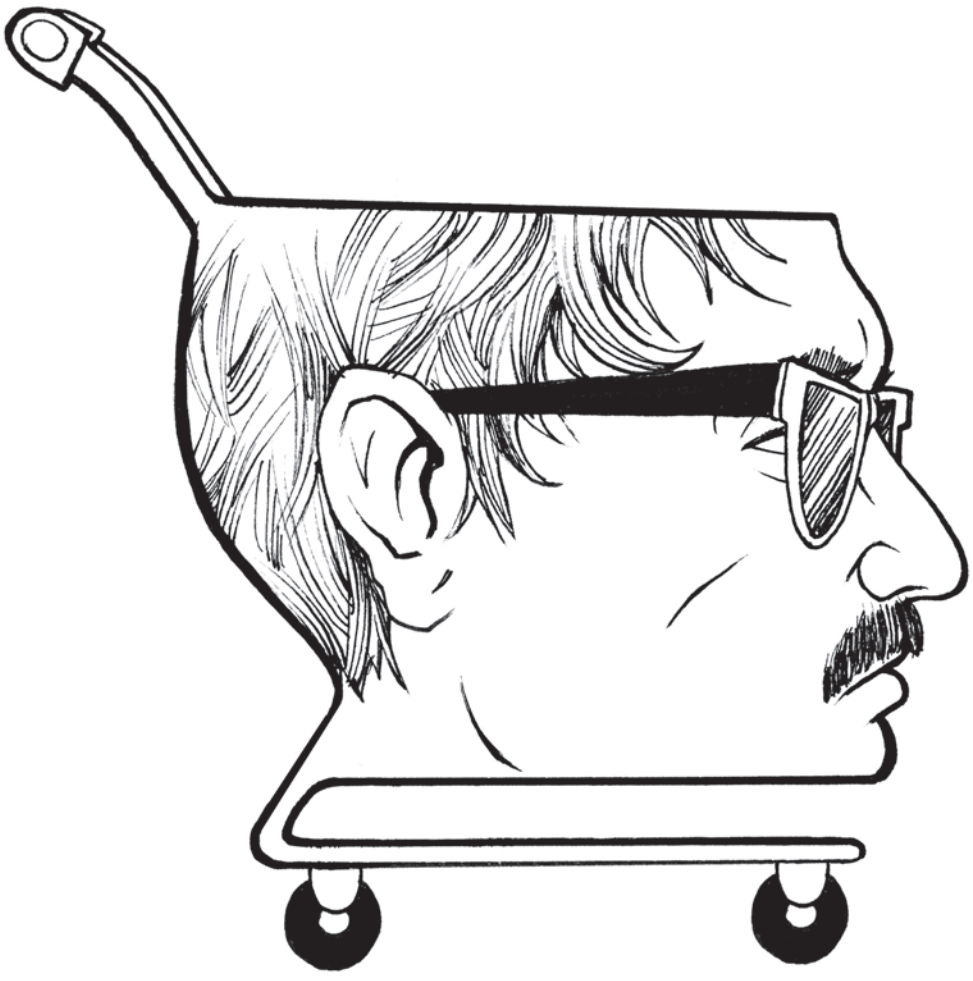
—¿Y el afiche de Eduardo Salles que está justo acá al lado?

—Tampoco es casual, querido amigo. ◣


DE MODA
ALTERNATIVO
POPULAR
KITSCH
OLD FASHION
RIDÍCULO

Raj, Bohemio

Por **Hari Kunzru**



Nos gustaba juntarnos de manera informal. Llamábamos a último momento. Nos enviábamos mensajes unos a otros desde nuestros móviles. A veces nuestros nombres aparecían en listas exclusivas de invitados (porque si bien éramos pobres también éramos bellos, y a la gente le gustaba tenernos a su alrededor), pero a menudo preferíamos hacer alguna otra cosa: asistir a la apertura de la exposición de un amigo, tomar algo en clubes *after-hours* o en el cuarto de encima de un bar, viajar a algún barrio lejano para ver a una banda que iba a tocar en un depósito. Salíamos a bailar cuando nos daba la gana (ninguno tenía trabajo estable), y cuando no salíamos nos quedábamos en casa, viendo películas y drogándonos. Siempre había alguien que tenía algo nuevo o especial: preestrenos piratas del próximo éxito de Hollywood, copias de cortos en ocho milímetros de los años setenta. Veíamos las explosiones de aviones de la próxima temporada, o a agentes de bolsa vieneses masturbándose sobre mesas de quirófano. Carne cruda y Nick Cage. Fuera lo que fuese que viéramos, era, por definición, bueno: porque lo habíamos visto, porque —aunque fuera temporariamente— nos pertenecía. Para cuando el resto del mundo se enteraba —lo que siempre sucedía, tarde o temprano— ya por lo general nos habíamos aburrido y habíamos pasado a lo siguiente. Ya hacía mucho que habíamos dejado de lamentar la pérdida de algún temprano entusiasmo. Aprendimos a descartarlos sin dolor. Lo mismo con las discos y los bares. No importaba donde fuéramos, terminaba apareciendo en las revistas tres o cuatro meses más tarde. Una mención al pasar en un blog y ese lugar que había estado empapelado de rostros hermosos e interesantes de repente terminaba inundado de banqueros jóvenes en camisas de vestir que analizaban la escena de manera nerviosa, tratando de decidir si se estaban divirtiendo o no.

Aclaro que nunca planeamos que nuestras vidas fueran así. Odiábamos a los *trendies*, esos chicos pendientes de la moda, siempre intentando que los vean, siempre esperando que les llovieran los flashes de los paparazzi o que les entrevistaran acerca de su peinado. Lo nuestro no era una cosa neurótica. Montábamos eventos abiertos al público: salones literarios, conciertos, fiestas, espectáculos. Pero de vez en cuando, en medio de nuestras agitadas órbitas sociales, nos gustaba hacer algo el uno por el otro, algo que no nos robara energía, que nos hiciera sentir que volvíamos a tener privacidad.

Mi amiga Sunita era muy teatral. Le encantaba la formalidad, la intriga. Tenía un estilo un poco antiguo, lo cual hubiera parecido presuntuoso o como una ironía gastada si no fuera porque también poseía un extraño sentido del humor y una sinceridad encantadora, casi dolorosa. Para Sunita el mundo era una especie de juego trágico. Cuando organizaba una cena siempre había invitaciones hechas a mano, un código de vestimenta a seguir. Una vez dio una cena surrealista, repleta de escafandras de buceo y langostas, y la presidió en un vestido verde de gasa casi completamente transparente. En otra ocasión, su tema fue la guerra. Armar una cena alrededor del tema de la guerra podría parecer de mal gusto —sobre todo ahora, de todos los tiempos posibles— pero a Sunita le salió bien. Llegamos todos cargando armas de juguete y cascos inscriptos con lemas de mercenarios. Algunos nos reíamos por lo bajo, otros murmuraban sobre el mal gusto de nuestra anfitriona. Pero no se cómo, esa noche —que debiera haber sido ridícula— adquirió un aura inesperada de profundidad. ¿Cómo, preguntan? Sunita la transformó en un funeral. Brindamos por los millones de muertos, por todos aquellos que habían tenido que soportar en carne propia lo que nosotros mirábamos por televisión. Le habíamos escapado a ese destino, y por eso nos sentíamos culpables. Nuestros disfraces ridículos eran la marca de nuestra vergüenza. Orejas de burro, bonetes de necios.

Cuando empezó a circular el rumor de que Sunita iba a armar otra cena, la gente comenzó de inmediato a tratar de conseguir una invitación. Todos sabían que Sunita y yo éramos amigos íntimos. Mis amigos me llamaban, casi rogándome que les consiguiera una invitación. Me tuve que disculpar y decirles que estaba fuera de mi control. Era una regla, una regla extraoficial: ni descolgados ni parásitos.

Sunita vivía en un viejo depósito textil, un edificio grande y lleno de eco a poco de transformarse en un edificio de departamentos. Tenía charcos de agua en el sótano y un montacargas que hacía un ruido metálico infernal en su camino al tercer piso, donde Sunita se había instalado montando la plomería para una cocina y levan-

tando paredes para separar un dormitorio y un baño. El espacio principal era un estudio, donde Sunita dibujaba motivos abstractos de líneas que se ramificaban y se anidaban las unas en las otras y que habían crecido, desde que yo la conocía, desde unos cuadros ínfimos más pequeños que un libro de bolsillo a cosas enormes que se extendían sobre múltiples hojas de papel en un arco incierto. El propietario, un griego llamado Constantine que tenía una docena de otras propiedades por la zona, estaba esperando a que el mercado inmobiliario mejorara antes de remodelar. Hasta que comenzara la construcción Sunita podía vivír allí sin pagar alquiler. Nunca supe los detalles, pero había llegado a algún tipo de acuerdo con Constantine. De vez en cuando lo encontraba allí, cuando iba de visita, un hombre gordo en un abrigo de cachemira sentado junto a la enorme mesa de pino, pelando pistachos. A menudo él le traía a Sunita frutos secos, a veces cerezas o cajas de dulces pegajosos. Sunita parecía manejarlo bastante bien.

La invitación para esta nueva cena de Sunita era mínima: un pedazo de papel grueso de color crema con la frase "Comer es honesto" impresa en letra cursiva antigua. Fecha y hora, dirección, la críptica instrucción "Vestirse sinceramente". Pasé bastante tiempo debatiendo qué ponerme. Como de costumbre, Sunita no me dio ninguna pista sobre cómo interpretar el tema de la cena. "No, no te voy a ayudar", me dijo. "Ya sabes que eso lo arruina todo." Así que empecé a llamar a gente. Nadie tenía la más remota idea. Vikram, como era de esperar, tomó por el costado escatológico. "Baños", dijo. "Va a hacer lo de la película de Buñuel con los baños. Nos va a hacer cagar a todos alrededor de la mesa del comedor y luego nos va a hacer comer en pequeñas celdas individuales."

Terminé decidiéndome por un look irónico de *nerd*, con anteojos de plástico de marco grueso y un corbatín con elástico. No estaba muy convencido, igual. Pensé en vestir mi *propia* ropa, basado en que habría sido la respuesta más sincera —vestirse como si no hubiera código a seguir—, pero no pude decidirme acerca de cuál sería la opción más neutral. ¿Cómo podía hacerles saber a todos que no solo *era* yo, sino que estaba *expresando* mi yo? Maldita Sunita, pensé. Malditas sean sus complicadas ideas.

Al llegar al depósito me encontré con que lo había transformado en una especie de visión kitsch del Cielo cristiano. Sábanas blancas cubrían las paredes. Una mesa larga estaba preparada con flores y candelabros y bandejas de plata repletas de comida. Al acercarte te dabas cuenta de que todo estaba hecho de papel de aluminio y pintura en aerosol, pero a la luz de las velas la escena parecía suntuosa, romántica. Junto al plato de cada comensal había un pequeño espejo de mano. Evidentemente la introspección era parte de la noche. Una cantidad de viejas ilustraciones médicas explicando el sistema digestivo humano estaban pegadas de manera desordenada sobre la pared. Sunita vestía una túnica de lino blanco y nos dio la bienvenida con un breve discurso compuesto de —por lo que pude discernir— párrafos cortados de distintos libros de dietas. La comida era simple y sin pretensiones —frutas, quesos, hogazas de pan crujiente— y mientras comíamos había un programa predefinido de entretenimiento. Michel leyó varios de sus poemas. Hengist y Horsa tocaron canciones folk. Una mujer llamada Kevin hizo una especie de danza improvisada revoleando los brazos de una manera que me hizo sentir avergonzado y un poco incómodo. Lo tomé como una buena señal. Si una obra de arte me hace sentir incómodo o —mejor aún— me enfurece, parece ser una buena razón para prestarle atención.

Todo era muy puro y calmante, una atmósfera que Faye de Way (una vez que logramos que dejara de hablar del tema inacabable de su operación) etiquetó de "desintoxicación del barroco". Si ese era el efecto que deseaba lograr nuestra anfitriona, lo estropearon un poco sus invitados, que fumaban como chimeneas. "¡Mastiquen veinte veces!", nos ordenó Sunita. "Una por cada persona sentada a la mesa." Yo estaba sentado junto a Thanh, que se había cortado el pelo en un flequillo. Parecía la versión vietnamita de Nico. Le dije que era una oriental inescrutable, y ella me respondió que yo era un pervertido de ojos redondos que iba a llorar como un bebé cuando me cortara la verga. ¡Cómo nos reímos! Estaba en un lugar hermoso, rodeado de gente talentosa. Nadie estaba tratando de hacerse notar, nadie estaba siendo agresivo, y sin embargo todos brillaban de algún modo. Por una noche, éramos gloriosos.

De a poco todos nos cambiamos de sillas, juntándonos en grupos para charlar. Vikram se plantó junto al tocadiscos, poniendo remixes. La mesa, que al comenzar había parecido tan inmaculada, estaba ahora cubierta de botellas vacías y ceniceros y vasos de plástico. Sunita se sentó a mi lado y me preguntó si me estaba divirtiendo. Le dije que sí. Me abrazó y la besé en los labios. "Debieras ahorrarte eso para Thanh", me advirtió. "Si te descuidas, se la va a quedar Raj."

Raj era una de las pocas personas en la fiesta que no conocía de antes. Era apuesto, aunque con esa belleza convencional que parece sabotear cualquier posibilidad de profundidad o credibilidad en una persona. ¿Será que los hombres guapos están condenados de antemano a convertirse en aburridos obsesionados con el cuidado de la piel, simplemente porque nadie les habla de cosas más serias? ¿O habrá algún vínculo genético entre la apariencia y la inteligencia? Raj llevaba el pelo con gel, separado en puntas afiladas. Llevaba una de esas barbas pretenciosas, afeitada hasta dejar una línea muy fina alrededor del contorno de la mandíbula. Coqueteaba con Thanh, lo cual me resultó molesto, ya que antes había estado sopesando mis opciones y había decidido que definitivamente me quería ir a casa con ella. Aun así, me tragué mi disgusto —al fin y al cabo, el tipo era amigo de Sunita— y me agradó ver que al irme a sentar al lado de Thanh me cedió la posesión de forma bastante amable.

Conversando con él, decidí que en realidad era bastante encantador. Hasta hizo alguna broma a costa de sí mismo, lo cual no me esperaba de alguien como él. Había traído varias botellas de vodka, de una marca que yo no conocía. Nos sirvió un shot a cada uno, contándonos que lo acababa de descubrir y hablando con entusiasmo de lo fragante y suave que era. Hablamos de varias otras cosas —ya no me acuerdo de qué— y sacó algunas fotos con su teléfono, lo cual me pareció un poco tonto y fuera de lugar. Quiero decir, si estás ocupado en grabar la experiencia, ¿no estás en verdad perdiéndote la experiencia en vivo y en directo? Salí pensando que era un buen tipo. Un poco suburbano, un poco soso, pero bastante dulce.

Me fui a casa con Thanh, como había querido, y por el siguiente par de semanas mis recuerdos de la fiesta de Sunita se vieron filtrados a través de nuestra nueva relación. Nos quedábamos echados durante horas sobre una alfombra en el piso de su estudio, teniendo sexo y escuchando música. Una noche, mientras ella se vestía para volver a lo de su novio (con quien tenía una relación compleja y con quien todavía vivía), yo estaba escribiendo nuestros nombres sin pensar en un buscador en internet —algo así como el equivalente digital de marcar nuestras iniciales en el tronco de un árbol— cuando de repente me encontré con una foto nuestra, abrazados, nuestras mejillas apretadas la una contra la otra mientras le tirábamos besos a la cámara. Delante de nosotros, en primer plano, había una botella de vodka. Por un minuto no pude imaginarme en dónde había sido tomada esta foto. Entonces, para mi sorpresa, me di cuenta que era la fiesta de Sunita. El sitio era de una campaña publicitaria corporativa, algo así como "Consigue-el-Sabor", o "Siente-el-Refresco". Había un concurso y un área de *comunidad* absolutamente despoblada. Otras fotos similares de jóvenes sexis en situaciones sociales se desplazaban a través de la pantalla, siempre con la botella de vodka en primer plano. Todas las imágenes eran instantáneas tomadas en alguna fiesta.

Me tomó un par de minutos relacionar una cosa con la otra, y cuando me di cuenta de lo que había pasado me dio una rabia tremenda. Hijo de puta. Hijo de puta, falso de mierda. A Raj le habían pagado para tomar esas fotos. Había venido a nuestra fiesta, y no a una fiesta cualquiera sino a una fiesta *de Sunita*, la reunión más hermosa que se puede imaginar, y descaradamente la había usado para vendernos —para venderme— un producto. Cuanto más lo pensaba, más me cabreaba. Toda esa mierda sobre que el vodka era tan suave: la conversación entera había sido un discurso de venta. Escalofriante. Más que escalofriante. Siniestro. Furioso, le dije a Thanh que viniera a ver lo que había encontrado. Le echó una mirada a la pantalla, mientras se abotonaba la blusa.

—Saliste bastante bien —dijo—. Me gusta esa boquita en pose glam-rock.

—Pero mira bien. Ese hijo de puta nos convirtió en una publicidad.

—¿Nos menciona por nombre?

—Solo nombres de pila.

—Qué pena. Y lo borracha que me veo.

—Supongo que... no, no, ¡no! Ese no es el punto. Quiero decir, ¿no te sientes usada?

—¿Pero qué te molesta tanto? Si ni siquiera te ves tan destruido como yo. La verdad es que no es justo. Tu te la pasaste haciendo shots toda la noche.

—Pero, ¿y Raj? Nunca nos preguntó si queríamos estar en su puto sitio web vendiendo vodka. ¡Y todo eso acerca de lo suave que era el sabor!

—Bueno, la verdad que sí era suave...

—Pero hablar con alguien y en secreto estar tratando de venderle algo... ¿no es, no sé, falto de ética? Seguramente estás de acuerdo en que está totalmente fuera de lugar.

—No nos pidió que compráramos nada. Solo nos dio tragos gratis.

—Ya lo sé, pero el punto era hacernos comprar algo más adelante. Esa marca en particular. Nosotros generamos interés por la marca. Se lo recomendamos a nuestros amigos, se pone de moda, bla-bla-bla.

—Me debería haber pedido aprobación previa de la imagen, eso sí. ¡Mira mi mentón! Voy a tener que hablar seriamente con él la próxima vez que lo vea.

—¡Mierda, Thanh! Nos estaba usando. Nos quería convertir en... en los primeros compradores.

—Pero somos los primeros compradores. Hace unos meses me dieron un teléfono gratis, por ejemplo. Lo único que tuve que hacer fue ver una película y contar cómo me hizo sentir.

—Por Dios, qué superficial de mierda eres.

Después de eso, Thanh y yo más o menos nos dejamos de ver. No podía entender por qué no se sentía más enojada. Algo preciado para mí había sido violado, algo a lo que me había seguido aferrando. Un placer secreto que no había querido lanzar al gran barril comercial con el resto de las cosas: todos esos otros momentos y recuerdos que se reciclan hasta formar tendencias procesadas, como si fueran triángulos de queso untable. La fiesta de Sunita había sido una fiesta privada. Es la única manera en que puedo describirlo. La fiesta había sido privada, y él la había hecho pública.

Fui a contárselo a Sunita. "Eso es tan típico de Raj", dijo.

Me sentí confundido. ¿Qué me quería decir con eso de "*tan típico de Raj"*? ¿No creía que había abusado de su confianza? ¿No le parecía que su comportamiento era sucio y traicionero?

—Eh, solamente estaba siendo como es —se rió—. Es un buscavidas. Eso es algo que vas a aprender acerca de Raj cuando lo conozcas mejor.

Aquí debo admitir algo: la ira me resulta complicada. La ira es una emoción muy sincera. Vivimos bajo el imperio de lo cool, y se espera que afrontemos las vicisitudes del mundo con un cierto grado de ironía y desapego. La sinceridad, como cualquier persona en nuestra situación te puede confirmar, es el dominio de los adolescentes que se sienten incómodos consigo mismos y de los tipos que toman Prozac. Pensémoslo bien: la sinceridad es torpe, lo torpe es aburrido, y lo aburrido es grosero, así que es solo una cuestión de cortesía ordinaria no tomarse las cosas demasiado en serio. Pero la verdad es que no pude soportar que Sunita se riera de mí. Cuando estás verdaderamente enojado, tan enojado que te vuelves incoherente y frustrado, no hay nada peor que se te rían en la cara. Perra, pensé. Cabrona de mierda. No eres quien pensé que eras.

Justo cuando me estaba decidiendo a decir algo, me salvó el portero eléctrico. Sunita hizo subir al gordo Constantine, que venía cargado con una caja de mangos en sus manos carnosas. Asintió hacia mi lado como diciendo *hola*, se instaló en la mesa y empezó a pelarlos y cortarlos. Sunita se sentó a su lado. Me quedé parado junto a la pileta de lavar, los puños cerrados, tan consumido por la bronca que no se me ocurría qué decir. Constantine le daba de comer rebanadas de mango a Sunita con la punta del cuchillo. Ella las tomaba entre los dientes, haciéndole ojitos. Luego de un rato, Constantine levantó la mirada hacia mí.

—No dejen que los interrumpa —dijo.

—Me estaba contando de mi amigo Raj —le explicó Sunita, limpiándose la boca con una servilleta—. Raj es un poco manipulador.

—Mi tipo de persona —dijo Constantine.

Sunita me sonrió.

—Raj tiene un coche genial. ¿Lo has visto?

No, no lo había visto.

—Es una cosa enorme de color púrpura metálico, con luces bajo el chasis y "Mercedes grasa" escrito en la luneta trasera. Es supergracioso.

—¿Cómo lo conociste a Raj?

—Ah, por ahí.

Ese era su eufemismo estándar para referirse a alguien con quien se había acostado. Nunca hubo nada serio entre Sunita y yo, pero aun así sentí una puntada en el pecho.

—No te creo, Sunny. Es un imbécil.

—¿Cual es el problema? —preguntó Constantine—. ¿Quién es este Raj?

—Nadie —dijo Sunita—. Solamente un tipo que parece que le pisó los deditos a alguien.

Constantine señaló hacia su plato.

—Prueba un mango —me dijo—. Son de Alfonso. Muy dulces.

Esa noche no me pude dormir. Me daban vueltas y vueltas en la mente: Raj, vodka. Por supuesto, el vodka no era el problema. Me había gustado el maldito vodka. Y seguramente no había nada intrínsecamente malo en aceptar un trago gratis. Pero tiene que haber un momento en que se te permita dejar de ser un consumidor. Tiene que haber un respiro de todo ese elegir, un momento, bueno, solo para ser. La fiesta de Sunita había sido cool. No importa cuantos *peros* quieras ponerle a esa palabra, pero era verdad. La mayoría de la gente nunca tiene la oportunidad de asistir a una fiesta así. Y sí, había tenido un cierto elemento teatral. Pero pensé que solo estábamos siendo cool el uno con el otro, para evitar aburrirnos por unas horas, no para hacer que un pobre chico mal vestido de un barrio de monoblocks se sintiera celoso. Quiero decir, los celos solo engendran resentimiento, ¿no? Violencia. Alguien podría terminar siendo asaltado por culpa de Raj y sus fotos. A alguien lo podrían violar. Empecé a observar mi manera de vivir bajo una nueva luz, con miedo. ¿Qué tengo yo de lo que otros pudieran quererse apropiar? ¿Hay gente a la que la asalten por su capital cultural?

Pensé que el abuso de confianza de Raj sería obvio para todos, pero, para mi sorpresa, a ninguno de mis amigos le pareció ver nada malo. Otto era un alemán de pelo largo que filmaba promos de música. "Yo preciso información, man", me dijo, encogiéndose de hombros. Estábamos sentados en un bar de sushi, tomando té verde. "No me importa cómo me llega."

—No es información —argumenté, agitando mi taza—. La velocidad de la luz, la fecha del aterrizaje del hombre en la Luna. Eso es información.

—Uh, por ahí no sabes que recientemente inventaron esta cosa llamada internet...

—Vete a cagar, Otto. Tu sabes lo que quiero decir...

—Olvídate, man. Estás actuando a la antigua, como una especie de comunista. Tengo derecho a realizar actos de elección racional de consumo: para eso pelearon nuestros antepasados en las guerras. Y creo que soy lo suficientemente inteligente como para filtrar un poco de propaganda, ¿o no? Mira, ¿por qué no le echas un vistazo a esta banda con la que estoy trabajando?

Me dio un pequeño reproductor de música. Escuché por un rato, solo por cortesía.

—Son la última *wave* de la *New Wave* —me explicó—. Después de esto, no van a quedar razones para ponerse una remera de Blondie.

Asentí sin ganas. Me sentía demasiado deprimido para seguir discutiendo. Otto, sonriéndome mientras movía la cabeza al ritmo de una música que no oía, ni se dio cuenta.

—Sabía que te iban a gustar. Además, ¿no son geniales esos auriculares? Cancelación de ruido opcional. Un rango dinámico increíble. En particular, los bajos: muy densos, teniendo en cuenta lo pequeños que son.

De repente, una sospecha se me cruzó por la mente. Pero no, este no era algún buscavidas de los suburbios. Este era Otto. No podía ser.

Y, aun así... Durante los días siguientes empecé a notar algo raro. Cada vez que me encontraba con un amigo o amiga, inmediatamente me recomendaban algo, me presionaban a probar algo nuevo. Lucas había visitado una disco del otro lado de la ciudad y me insistió en que era la mejor noche que había pasado en años. Janine casi me obligó a llevarme a casa una botella de su "nuevo suplemento nutricional favorito". Al principio, lo dejé pasar... Pero en el fondo sabía que algo tenía que ver con Raj y su vodka. Todas las noches le volvía a dar vueltas en mi cabeza. Tragué Ativan y Valium y Paxil (mi médico era fácil de convencer), con la esperanza de que se me pasara la ansiedad. No se me pasó. Y luego vino Joe con sus nuevas zapatillas de correr. La bicicleta de Razia. Todos mis amigos parecían estar dejando caer fragmentos de copia publicitaria en cada conversación, mensajes cortos de sus patrocinadores. Estaban constantemente hablando de sus preferencias por tal marca en particular, repartiendo muestras gratuitas.

Quizá nada había cambiado. Siempre había-

mos compartido nueva música unos con otros, o recomendado algún lugar para comer. Pero ahora algo había cambiado. ¿Un tono? Difícil de decir. Ahora empecé a preguntarme si Sasha me estaba contando que el sushi de Bar Fugu era "para morirse" porque lo era en serio o porque se trataba de un buen eslogan. Vikram empezó a hablarme de neumáticos a un nivel de detalle nauseabundo. Radiales de acero, la profundidad de las líneas. Ni siquiera sabía que Vikram tuviera coche. Finalmente, cuando Wei Lin comenzó a hablar con muchísimo entusiasmo acerca de las capacidades de *streaming* de su nuevo proyector de video, exploté.

—Wei, no me vengas con esta mierda tu también. Ya estoy harto.

—¿Qué?

—La charlita de ventas. Ya no aguanto más. Francamente, me das asco.

—¿Que yo qué?

—Ni siquiera es que necesites dinero. Estás forrado.

—No entiendo por qué estás siendo tan hostil.

—Tu papi es el dueño de una puta compañía constructora en Shanghai. Lo sabemos todos, Wei. No es ningún secreto. Entonces, ¿por qué necesitas hacer esto? ¡No hay ninguna razón! ¿Te divierte? ¿Te da oportunidades de llevarte a alguien a la cama?

Después de esto, Wei les dijo a todos que yo lo había amenazado físicamente. Le dijo a Thanh que quizá me había hecho adicto al crack.

Estaba fuera de mí. Traté de seguir adelante con mi vida, trabajando en mis diseños, hablando con la gente; incluso de salir por la noche, como si todo fuera normal. Pero no lo era. Sentí que estaba bajo una presión mental inmensa, en peligro constante de algún imprevisto evento catastrófico, un colapso del puente psicológico. Las fiestas se me hacían cada vez más traumáticas: el bombardeo de mensajes, la venta encubierta viniéndome de todas partes. Era imposible de separar lo que alguien me decía porque lo sentía, o creía en ello por la mera repetición. ¿En qué momento estaban siendo ellos mismos y cuándo estaban actuando? Empecé, muy ligeramente, a dudar de la realidad de las mentes ajenas. La gente parecía entrar y salir de la existencia. A veces estaban completamente presentes, animados por algo original y verdadero. Pero la mayor parte del tiempo no eran más que zombis, recipientes vacíos operados a control remoto por alguna corporación.

En serio, tenía miedo. Convertirme en ermitaño me parecía, cada vez más, la mejor opción. Esconderme en una cueva en las Hébrides. El mar solitario, el cielo. Ya estaba dispuesto a cerrar las escotillas y esconderme en el submarino de mi propia paranoia cuando conocí a Zoe. Me entendió enseguida, vio que a mi vida le habían robado todo humor, toda posibilidad y juego; que mi vida estaba cerrando el foco hasta quedar en la sinceridad forzada de un pabellón cerrado.

A Zoe no le gustaba estar cerca de la gente, porque pensaba que la hacía enfermar, aunque a primera vista me parecía una persona perfectamente sana. No salía mucho a la calle, y cuando iba de compras siempre llevaba un paquete de toallitas antisépticas en el bolso. En sus peores días se ponía un barbijo. A pesar de sus excentricidades, no era una introvertida, y mantenía una presencia activa en varios sitios de internet y mundos del juego online. Pasábamos mucho tiempo adentro, fumando y hablando. No era físicamente bella, pero yo no quería a alguien hermoso; quería a alguien que me hiciera sentir seguro, y eso Zoe sí lo hacía; hasta esa noche en que mencioné su anillo.

Era una banda ancha de cobre con un número de piedras pequeñas incrustadas, con un aspecto un poco vulgar y una estética que parecía salida de *El señor de los anillos*. Le pregunté qué era.

—¿Esto? —me contestó de manera distraída, poniendo la mano enfrente de mí mientras que con la otra manipulaba un joystick, corriendo a través de algún laberinto virtual—. Es un anillo de reducción del apetito. ¿Ves esas joyas diminutas? Hay nueve. Ayudan a corregir los desequilibrios bioquímicos en el cuerpo, revirtiendo el flujo de iones en mi torrente sanguíneo. Deberías comprarte uno.

Discurso de zombi. Lo había lanzado sin siquiera una pausa.

—Ay, no, Zoe.

Puso su juego en pausa.

—Qué.

—No... ¿tu también?

—No te entiendo. ¿Estás bien?

—Zoe, te voy a pedir una sola cosa, y más vale que me digas la verdad.

—¿De qué me hablas? Estás pálido.

—¿Alguien te paga para decir esas cosas?

Se rió.

—Ay, perdón, nene, se me escapa a veces. No quise empezar a venderte. Se supone que solo tengo que hacerlo con mis amigas.

—¿Cómo?

—No me hagas caso. Ya sabes lo difícil que es mantener todas las colocaciones sin mezclarlas.

—¿Las colocaciones?

—Colocaciones de producto. ¿Y esa cara? Me miras como si fuera una especie de freak.

—¿Tienes muchas... colocaciones?

—Ay, no te hagas el superior. Tu tampoco trabajas. ¿Qué haces para conseguir dinero? Si una chica no quiere tener un trabajo rutinario, tiene que aprovechar y monetizar su red social.

No me siento orgulloso de lo que hice a continuación. No me pude controlar. Le di una cachetada. Le dije que era una falsa, una zombi. Antes de irme, le eché un último vistazo, y vi cómo se limpiaba la mejilla de manera patética con un pañuelo.

De vuelta en mi departamento, me puse a revisar los regalos que me había comprado en nuestra corta relación: un par de zapatos, una bufanda. Decidí donarlos a la caridad. Encontré una caja de cartón, pero era demasiado grande y los zapatos y la bufanda no ocupaban mucho espacio, así que añadí algunas cosas más. Fue una experiencia curiosamente placentera. Una vez que empecé, se me hizo difícil parar. Un rato más tarde ya había llenado varias cajas, y un poco después varias más. Eran demasiado pesadas para llevarlas a la tienda de caridad, así que las dejé en la vereda, frente a mi edificio. Durante todo el día vi, desde mi balcón, cómo la gente se paraba para revolver y llevarse algunas cosas. Esa misma noche puse el resto de mis cosas también ahí afuera. Absolutamente todo: ropa, libros y discos, muebles, hasta las latas de comida que estaban guardadas en las alacenas de la cocina. Todo lo que tenía. Al final de la tarde siguiente ya no me quedaba nada.

Pasé los siguientes dos días en cuclillas, en un rincón de mi departamento vacío. Algo en mí había reventado, se había roto sin remedio. Mi gusto había sido una parte central de mi identidad. Lo había cultivado, alimentado; lo había regado como a una planta de flores exóticas. Ahora me di cuenta de que todo lo que yo pensaba que era una expresión de mi humanidad más profunda, no era más que una señal de humo de mi estilo de vida; información para algún departamento de marketing, disponible a cualquiera a un clic del mouse. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

No entendía. Tenía que haber algo más. ¿Qué era una personalidad, si no era más que un simple menú desplegable, una colección de cosas que nos gustan o no? Y ahora que todas mis pertenencias habían desaparecido, ¿qué tomaría su lugar? ¿Quién era yo sin mis libros de publicación a pedido, mis ediciones limitadas, mis accesorios de segunda mano, únicos e irrepetibles? ¿Cómo iba a hacerme visible a potenciales aliados a través del negro vacío del espacio interpersonal?

Fue entonces cuando me di cuenta de que me habían robado. Me habían extirpado, por la fuerza, de mí mismo. ¿Y quién me había hecho esto? ¿Quién era el causante de toda mi pérdida y mi dolor? Fui corriendo, furioso, a lo de Sunita para pedirle la dirección de Raj. La puerta la abrió Constantine, quien solo vestía una bata floreada en matelassé.

—Salió —me dijo, ajustándose el cinturón de la bata alrededor de la barriga—. Me dijo que te dijera que no vengas más.

Eructó.

—¿Sunita no quiere verme?

—Eso. Dice que tienes mala energía.

No sabía muy bien cómo procesar esta información.

—Me da igual. Por ahora, solo necesito el número de Raj.

—¿Raj? Raj es un buen tipo.

—Entonces, ¿lo conoces?

—Claro. Todos conocen a Raj.

—¿Y cómo lo encuentro?

—Espera, tengo su tarjeta en alguna parte.

Desapareció y volvió con una tarjeta en la mano. En ella, escrito en un tipo de letra futurista cursi, decía "Raj, Bohemio". No sabía si era el nombre de la empresa o la descripción de su puesto. La dirección quedaba cerca.

—Gracias.

Constantine me miró, preocupado.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—A ver, dime.

—Estrés. Necesitas un masaje. Te voy a dar otro número. Es de acá cerca. Las chicas te atienden muy bien.

Le di la espalda y apreté el botón del ascensor.

El viaje hasta la oficina de Raj pasó como en un sueño. Yo era un fantasma flotando a través de un mundo de señales en movimiento, gente llevando bolsas de distintos negocios, inmigrantes repartiendo volantes de bares y escuelas de idiomas. Entré en una tienda gigante, deslumbrado por el cromo y el vidrio y el acero pulido. Era un laberinto de espejos, un paraíso zombi. Chicas sentadas en el mostrador de maquillaje, vestidas de farmacéuticas promiscuas. Tipos ricos con bronceados de esquí evaluando suéteres de cachemira. En la sección de artículos del hogar vi una vitrina repleta de cuchillos, brillando con encanto quirúrgico. Compré el más grande que pude encontrar y me dirigí de vuelta por las escaleras mecánicas hasta encontrar la calle repleta de gente.

La oficina de Raj no era lo que me esperaba. Me imaginaba... no sé qué me imaginaba. Un loft lujoso. Una declaración de estilo de vida. Resultó ser una oficinita compartida, un lugar lúgubre de alfombras gastadas iluminado por tubos fluorescentes sucios; el tipo de lugar donde un contratista independiente se alquila un escritorio para sentirse menos solo en la multitud. Un par de personas levantaron la vista de su trabajo cuando entré. Me sentí mareado, desorientado, el cuchillo envuelto en una bolsa de plástico amarillo en mi mano.

—¡Hola, hombre! Qué bueno verte.

Raj estaba parado detrás de un escritorio atiborrado de pilas de papeles y artículos promocionales. Sobre el monitor de su computadora desfilaba un grupo de juguetes en fila india. Se veía cansado y desaliñado, con los ojos rodeados de profundas ojeras y una mancha rojiza desfigurando su prolija camiseta blanca. Raj, mi némesis. Un tipo tan común. Había ido a matarlo, a convertirlo en nada por haberme convertido *a mí* en nada. Pero ahora, parado ahí enfrente, no era más que un tipo con una frente grasienta y un grano en el labio superior. Ahora que veía la realidad de su vida —las bolsas de plástico llenas de muestras gratuitas, el sándwich dejado a medio comer sobre una pila tambaleante de revistas— entendí que cualquier confrontación era absurda. Me desplomé en una silla giratoria y empecé a girar en pequeños semicírculos, mientras él seguía de pie frente a mí, esta persona que había contaminado toda mi vida sin siquiera darse cuenta. Había alguien más también. Una mujer. Creo que trató de presentármela. Negué con la cabeza, en silencio. ¿Qué era yo? Un dispositivo de clasificación. Un filtro. Un bivalvo humano, la cultura depositándose en mi interior como un resto de mercurio. Eché una mirada alrededor de la oficina, vi a esos trabajadores jóvenes con los auriculares puestos, escribiendo, hablando por teléfono con los pies apoyados en sus escritorios. Este era el mundo, el mismo adentro que afuera, un lugar de nulidad total. ¿Cómo puede algo hacer la más mínima diferencia? A menos que consigas mantener la cabeza bajo el agua, sumergiéndote en el eterno intercambio de un objeto por otro objeto, es intolerable.

—Te ves horrible —dijo Raj—. ¿Te sientes bien?

Lo miré desde mi silla. Me estaba ofreciendo un vaso de agua.

—¿Es buena? —pregunté.

Sacudió la cabeza, sin entenderme.

—¿Es mejor que las otras marcas de agua?

—Es solamente agua. Del grifo.

Tomé un sorbo.

—¿Estás enfermo? —me preguntó suavemente.

—No.

—¿Qué te pasa, entonces?

Cerré los ojos.

—No sé. Me parece que estoy aburrido.

—Ah...

—¿Hay algo hoy a la noche?

Raj sonrió y empezó a hablarme de una fiesta, una lista de invitados, un lugar secreto. Saqué mi teléfono para agendar el número de contacto. ◣

Hari Kunzru (Londres, 1969). Editor y periodista. Es autor de varias novelas, todas ellas publicadas (en español) por Alfaguara. Su último título es la aclamada *Dioses sin hombres*. Su cuento "*Raj, bohemio"* aparece por primera vez en español.

Traducción:
Marcelo Tourné

Memorias de la burbuja

Por **Catalina Murillo**

Conste que yo lo pregunté una vez en el comedor de la empresa, de dónde sale esta comida, quién trabaja de sol a sol para poner este plato de lentejas sin metonimias (tocaba lentejas ese mediodía) frente a nosotros que nos pasamos ocho horas haciendo ¿qué?, cómo describir lo que hacíamos allá en las oficinas de *Megaloibericos.es*: escribir majaderías en una página web, la verdad sea y fue dicha, porque así lo solté cerveza en mano en el comedor de cola y bandeja de aluminio, eran tiempos boyantes en España y en el ticket del mediodía entraba una cerveza.

Además era viernes y los viernes nos dejaban salir antes a nosotros los —atención— *creativos* (esas caricaturas de homo habilis) para que nos diera tiempo de gastarnos el sueldazo, porque nuestra cotidianidad se podía resumir así: una hora de ida y una hora de vuelta en metro o bus allá a las afueras de Madrid, más ocho o nueve trabajando (bueno, "trabajando") soterrados con nuestros maletines, gafas, botas y abrigos de trescientos euros en las oficinas de paneles reciclables a las que solo les faltaba en la entrada el cartel que en grandes letras doradas anunciara: "Fábrica provisional de dinero". Andábamos por los cuarenta, no hablábamos más que un idioma, uno y medio a lo sumo; no teníamos mayores estudios, erudición cero, y cultura solo de esa que llaman general. Vistos desde el cielo por los extraterrestres éramos iguales a los trabajadores de una fábrica de cerillas, pero con la diferencia de que a nosotros, los creativos junior, nos ponían a fin de mes cuatro mil euros, así que hagan cuentas. Conformábamos una floreciente clase social, el proletariado burgués, esclavillos con anillos.

Conque no pude evitar hacer la broma/pregunta/comentario de quién se estará deslomando para que nosotros vivamos de esta guisa. Es que yo era inmigrante centroamericana y eso te fuerza a una dosis de modestia; en el fondo nunca me creí tanta opulencia; prácticamente acababa de llegar a esta Europa —versión española— y me había sucedido justo lo que dijeron que nunca sucedía: triunfar (bueno, "triunfar") a la primera. Yo siempre me he creído muy lista.

Después del almuerzo mi jefe me mandó llamar, que subiera a su despacho yo que ya estaba dando "apagar equipo" y tenía la mente en los centros comerciales que me disponía a visitar. Ganando tanto dinero (bueno, "ganando") y pasando cinco de siete días encerrado en la oficina, usted

sale el viernes sintiendo que se lo merece todo; usted quiere consumir, lo que sea, toda suerte de baratijas caras, porque comprar se convierte en una forma de materializar el tiempo; dirán "qué exagerada", pero uno compra y acumula trastos y más trastos con la difusa ilusión de que así consigue *acumular* tiempo, *ganar* tiempo, *ahorrar* tiempo, oh expresiones perversas. Uno consume como forma de ir concretando una futurible mejor vida, ese tiempo en que uno al fin habrá labrado un pasado y asegurado un futuro, y entonces podrá pararse a disfrutar el presente, si descubre que existe.

Mi jefe me ofreció un whisky, yo acepté un whisky y no se alargará más el relato de lo que creí sería un despido y resultó ser un ascenso improcedente. Se dice así, "ascenso". Uno no aprende del éxito porque cuando a uno le agasajan el ego, le suben el sueldo y le dan un despacho más grande uno no se hace preguntas y las preguntas, se dice, son la llave de la sapiencia. Total: mil quinientos más al mes, al fin un salario de cinco cifras en euros y una cosa que sí me pilló por sorpresa: dejar de escribir. En los meses siguientes pasé a ser jefecilla de departamento y ya no escribía, corregía lo de mis subalternos; ya no tenía que pensar contenidos, sino evaluarlos, así, con gesto de profunda reflexión; al final de la tarde cambiaba una coma por un punto y coma, para que supiesen quién mandaba ahí.

Tengo que decir a mi favor o en mi contra que yo conocí las paradójicas mieles del dinero fácil. Qué tiempos aquellos, cuánto despilfarro, cuántos excesos y cuánto empoderamiento, como traducían los libros de autoayuda. No tengo por ahora sabrosas moralejas de aquella época, primera parte de este cuento, solo un detalle que siempre me intrigó: lo más rico de la cocaína es lo cara que es.

"Somos unos afortunados" fue frase muy repetida en el ocaso de la bonanza, con tono de contrición, como si así se pudiera conjurar la que se nos venía encima: que íbamos a dejar de serlo. *Megaloibericos.es* ofrecía ocio baratito y casero y fue por ello una de las empresas que más aguantó la caída. Oportunistas que éramos, en el nuevo contexto nuestros contenidos se volvieron muy de izquierdas y arrasábamos. Nosotros entramos en la crisis cuando la mayoría de los arquitectos había vuelto a vivir con sus padres, sirva de ejemplo.

La cena de despedida del trabajo fue de ciento veinte euros el cubierto. "Esta solo habla de dinero", dirán ustedes, pero comprendan, uno: para nosotros el dinero era la medida de todas las cosas, y dos: esa cena exorbitante anunciaba el síndrome que sufriríamos después. Usted tarda en creérselo. Usted quizás nunca se lo cree. Usted queda herido de por vida, por llamar herido a quedar convencido de que cada mes le serán depositados unos cuantos miles de euros en la cuenta, al fin y al cabo desempleado usted está haciendo lo mismo que antes: casi nada, y hasta un poco más, ahora lee libros, piensa vagamente en cultivarse.

Hice viajes, París, Londres, Berlín, con la fantasía de volver a emigrar, pero andaba con esa inercia de que todo iba a ser tan fácil como había sido en Madrid, "mañana me llamarán de nuevo a subirme el sueldo". Y nada. Eso sí, todo seguía pareciéndome baratísimo; el dinero, un puñado de papeles, aunque mis cuentas de banco menguaban; era una forma de ludopatía, me explicaron después, lo que les pasa a los jugadores de los casinos. Uno no quiere dinero sino la máquina de hacerlo.

Trece meses más tarde hube de abandonar mi apartamento, lo hice dando gracias de que era alquilado y no comprado con hipoteca, qué manera mediocre de naufragar; las catástrofes deben ser radicales, de lo contrario no sirven de catarsis, que es lo suyo. No sé si fue gracioso o me lo parece ahora, el desmantelamiento de aquel cliché en el que yo vivía. Tenía que meter todo en cajas para guardarlo en el trastero de la casa de una amiga funcionaria; recuerdo el desfile de todos los cachivaches que había comprado en años de bonanza, parecía la utilería de una película cuando ha terminado la filmación. "Menos mal que todas estas naderías me las gané sin sudor ni lágrimas", me dije. No hay peor ciego que el llorón.

Meses después el hijo de mi amiga tampoco tuvo adónde ir y vean qué gracioso, tuve que vaciar el trastero para él. En serio, sacando todas mis cajas hubo un instante fugaz en que me di risa. Me fui con mis bártulos al Rastro a ver si los gitanos me daban algo por ellos y ahí vino lo bueno, la revelación del valor de todo aquello: nulo, si no iba acompañado del ansia por un estilo de vida. En una tarde entendí eso de "burbuja" y la genialidad siniestra con que China se había apropiado del sueño americano. "Dímelo a mí", suspiró la gitana.

Del fracaso se aprende porque cuando sale todo mal uno se pone filosofal y busca explicaciones; si busca consuelo no aprende tanto, ojo. La generación del "porque yo lo valgo" pasó al "por qué ya no valgo" y anduvimos todos deprimidos, chiflados o indignados, esto último no por mucho tiempo, el que fuere rico efímero fue indignado también solo de paso.

Mi ventaja era no haber sido cabra opulenta de toda la vida, la cabra pobre tira al monte y en un plazo relativamente corto se me reactivó el chip del inmigrante, si total yo he vivido siempre a salto de mata, no tengo raíces ni ataduras, nunca perseguí la seguridad, nunca perseguí la estabilidad y la gloria solo en la cama, me arengué a mí misma. Y a los cuarenta conseguí autoinducirme el último cartucho de adrenalina.

"Se necesita telefonista para trabajar en agencia de contactos matrimoniales. Seriedad. Voz agradable." Apliqué a esta oferta con las cuentas bancarias todavía gorditas, pensando emplear las horas del día, levantarme, ducharme y salir a la calle a hacer algo, porque si no, qué. Llamé, me dieron cita para esa misma tarde. Fue todo fácil y fluido, como dicen los sabios: "viene lo que conviene". Tenía que presentarme en un pequeño local de un centro comercial de las afueras de Madrid. Qué interesante cómo ve uno las cosas cuando cambia de esquina, por así decir; todas las vallas, la publicidad y los suplementos dominicales de los periódicos me parecían ahora parte de una vida que no solo no sería sino que nunca había sido la mía. No me había dado cuenta de que en los centros comerciales hay sótanos, escaleras de servicio, basureros, trampillas, todos esos recovecos donde suceden los asesinatos en las películas. Bajando unas gradas estrechas llegué a una portezuela hermética con un número y una letra. Llamé. Me abrió una chica colombiana feúcha y desgarbada, mascando chicle. "Soy la que llamó hace un rato por el trabajo". Me miró de arriba abajo y dijo: "¿Qué, necesitas la plata urgentemente?", gran pregunta que nunca me habían formulado en una entrevista de trabajo; en mi vida anterior, no necesitar dinero era un primer requisito para conseguirlo. Pero esta vez le dije que sí a Keylin, mi inminente nueva jefa. "Bueno, mira, te explico…", dijo, pero nunca explicó nada. Me pasó dos folios manoseados que eran el guion a seguir cuando llamaran las personas que andaban buscando pareja. Lo primero que había que aclarar era lo oneroso de la llamada, la ley nos obligaba a advertirlo y a veces llamaba un inspector de incógnito. Después venía el cuestionario, nombre, edad, oficio, ciudad; se trataba de tomarles los datos a quienes llamaran, cómo eran ellos, sus gustos, pasatiempos, aspiraciones y cómo querían que fuese la otra mitad del cítrico.

Sonó uno de los ocho teléfonos rojos. Keylin me lo puso enfrente y dijo: "Prueba, cariño", lo llama a uno cariño, y aunque no te lo crees, te lo crees. Cogí la llamada pero Keylin no se quedó a supervisar sino que aprovechó para ir a sacarse los granos a un espejo y ni siquiera escuchó cuando le dije a mi primer cliente:

—El costo de esta llamada es de un euro cuarenta y cinco céntimos el minuto… pero qué son unos euros comparados con el amor verdadero.

—Oyyy, qué graciosa, ¿tú de dónde eres? —preguntó una voz de hombre cascado.

—Cubana —mentí.

—¡Cubana! —se quedó soñando—, ¿y qué haces en este país tan feo?

—Eso me pregunto yo —todo en un tono muy cordial.

—Oyyy, qué graciosa. Cómo me gustaría a mí ir a Cuba.

—Pues coge una balsa y vete pa' allá.

—Oyyy, qué graciosa. Ya quisiera yo vivir en Cuba.

—Ten cuidado con lo que pides. Una cosa es visitar el Paraíso y otra muy distinta, vivir en él —risas y más risas y no fingidas.

—Oyyy qué graciosa. Qué esporádica eres.

Miré a Keylin y le indiqué con apremio que me dejara un bolígrafo para poder llenar la ficha. Keylin me indicó que pasara de todo. Me quedé desconcertada. Ella se acercó, cogió el teléfono y dijo: "Un momento, papito". Tapó el auricular contra su panza y me explicó que no había que apuntar nada, que allí no llamaban mujeres así que no había manera de cotejar datos ni poner a nadie en contacto con nadie y además nunca telefoneaban una segunda vez esos que andaban buscando algo serio.

No se lo va a creer el lector, para mí aquello fue una jarra de agua helada; son los ramalazos

candorosos de los que se creen listos. Keylin me volvió a poner el teléfono en las manos y me aboqué a hacerle el cuestionario: sesenta años, de Badajoz, fontanero jubilado, se sentía solo y quería una mujer de su edad… Yo decía "ajá, ajá", fingiendo escribir, escrúpulos a esas alturas, y metiéndole prisa, angustiada por lo caro e inútil de aquella llamada. "Alguien para cuidarse mutuamente, me da igual si es gorda, flaca o tuerta, yo quiero dar y recibir cariño, necesito más dar que recibir, fíjate…", me está diciendo el extremeño cuando descubro a Keylin a mis espaldas, como los profesores en la escuela. Me dice: "Despacio, mami", mientras el otro con voz lastimera: "No quiero pasar mis últimos años solo como un perro". Keylin me presiona: "No has llegado ni a cinco minutos" y pone un cronómetro frente a mis ojos.

Quiero dar y recibir cariño. Tic tac, tic tac. No quiero pasar mis últimos años solo como un perro. Tic tac, tic tac. El cronómetro no ha marcado siquiera cinco minutos. De golpe entendí que estaba ahí para que me ficharan para un tra-ba-jo. Bienvenidos al mercado: hurgar en una herida (si es necesario abrir una) y por ahí sacar el dinero. A eso se le llama en este nuevo siglo mercadear, en inglés suena mejor.

Al día siguiente me presenté silbando y con las manos en los bolsillos en mi nuevo trabajo. "Al final siempre me salgo con la mía", pensé mientras sorteaba las filas de desempleados. Keylin me abre y me saluda bamboleando su chicle y se aleja hacia los teléfonos donde tiene uno descolgado, patas arriba. Lo coge, me da la espalda y se pone a cuchichear. Al cabo de un rato cuelga y dice:

—Puaj, viejo asqueroso. Aquí solo llaman tipos enfermos, viejos o locos.

—El de ayer buscaba cariño.

—Ja. Los hombres solo quieren una cosa: sexo gratis. Por eso les sale todo tan caro.

Teléfono. Me lanzo a atender. No me pagan para estar de cháchara. Una voz masculina me dice: "Ponme cachondo". Miro a Keylin quien entiende de inmediato mi situación y le da la vuelta al folio de ayer. Del otro lado dice que hola, cariño, que si te chupo aquí y allá, que si te paso mi lengua tibia y húmeda suavemente por acullá, que si me pongo de cuatro patas, que si me abro así y te mamo y te succiono y me lo bebo todo. Tic tac, tic tac.

Todo eso le leí al que puede ser considerado mi primer cliente, y más que añadí de mi cosecha, mucho más, no olvidemos que yo había sido creativa, al fin daba frutos la vaina. Quince minutos estuvimos, en perfecto diálogo socrático, parece poco pero ahí los quiero ver.

Conque no tan bella pero sí de día, de lunes a viernes de ocho a cuatro estaba yo a pie de cañón "ministrando amor a un mundo herido", como decía el cartel de un templo cristiano que veía cada día de paso hacia el "trabajo", al final no sé cuándo poner trabajo sin comillas, será el día en que trabajar me deje las uñas negras, pero a este paso... En un día de telefonista ganaba lo que antes en una hora; en una hora al teléfono pagaba una jornada de trabajo; cuánto ganaría si pusiera la línea caliente en mi casa; estos y otros cálculos hice en los ratos en que los teléfonos se quedaban mudos, qué rápido empieza usted a razonar como asalariado.

Con lo bueno de la estabilidad y la rutina vino lo malo de la estabilidad y la rutina. Al principio es tedio y hartazgo pero va tomando forma de profunda apatía, da igual el sueldo que se tenga, aunque lo bueno de uno misérrimo es que no nubla el entendimiento y se percibe en toda su lucidez ese dicho popular de que la gente, por ganarse la vida, la pierde; y se le apagan a usted los instintos pero no el hálito; es como estar ciego, sordo, mudo pero con la sangre borboteando por dentro, hablo de casos graves, yo nunca he sabido qué es eso de depresión, nunca he ido más allá del aburrimiento, nunca me he apegado suficientemente a nada, será por aquello de ser inmigrante, de algún modo estás siempre de paso, a ti qué, nada es para rasgarse las venas, seguro que me entienden, la melancolía es droga dura, y no es la mía.

Han notado qué desmoralizante es eso de obtener algo largamente deseado cuando ya no se desea, pregunto. Sucedió que en esos días me dieron mi pasaporte español, a buenas horas, cuando no tenía valor ni en el mercado negro africano. Sentada en la oficina frente a los teléfonos anhelantes me puse a hojearlo, al pasaporte, digo, con sus tres carabelas, revisen, en la segunda página, los tres navíos de marras en un mar ligeramente encrespado, una rosa de los vientos y un cielo bíblico; la vida, qué vueltas da, a lo mejor ahí iba

alguno de mis ancestros, y ahora yo aquí, aplacando con la lengua falos de todos los rincones de España. Entonces algo me hizo clic, como dicen. Iba a renunciar.

Mejor hundirse de una vez por todas que estar manteniéndose a flote con la naricilla al aire, mejor arrastrarse por los caños y alcantarillas y mendigar, sí, era lo que me pedía el alma aunque en ese maldito país ya no valía la pena ni eso, ya no caían suculentas migajas de las mesas de los otros. Me atrevo a decir que yo conocí la felicidad. Felicidad había sido: ser joven y estar sin papeles, sin trabajo, sin familia y sin dinero en una ciudad donde podían escucharse los ríos de euros corriendo bajo el asfalto. Delicioso. Esa antesala es la felicidad. Ese ya casi. Y sentirse o saberse o creerse muy fuerte, muy inteligente, todopoderosa, toda deliciosa.

Iba a renunciar, decía, pero esa mañana Keylin no se apareció por la oficina. Si alguien hace su "trabajo" sin ganas, sin un mínimo de energía, se nota. Recuerdo que levanté el teléfono y me dijo uno: "Chúpamela"; y yo: "Un momento". Y me colgó. Bien hecho. Fue un fiasco de jornada que terminó con la llamada que me cambiaría la vida.

Un hombre extranjero. A la hora de la siesta. Chapurreando pidió una mujer que fuera a su hotel ya mismo. Le expliqué que "nosotras" éramos *ladies* solo para hablar… Se quedó mudo, por lo que rauda añadí doblado al inglés: "Gratis, solo follar", y él se fascinó; en años de andar de putas por la península jamás topó con alguna que hablara inglés. Una hora y media, charlamos, una conversación erótica en el mal sentido: él se empezaba a enamorar. Era mercader (que es como llamaban antes a los empresarios), especialista en ruinas; viajaba de país en país siguiendo las burbujas a puntito de estallar. No era un cínico, era un superviviente. Y yo era la primera mujer del mundo que lo hacía reír. Una semana más estuve yendo al "trabajo" solo para conversar con él. Le conté cuentos y chistes, le leí poemas y le canté una nana. Hasta que me pidió que nos viéramos. En aquella terraza del Ritz.

Obvio, no era guapo ni joven ni muy listo ni muy nada. Lo más gracioso que tenía era su inglés de árabe radicado en Londres y sus ojeras de elefante. Le dije: "Yo quiero ser poetisa, pero no tengo dinero". Entonces él abrió su billetera, sacó un fajo de billetes y lo siguiente solo quien lo haya vivido lo entenderá: yo sentí un zigzag recorrerme la espalda, sentí henchirse mi pecho, sentí lo más cercano que he sentido nunca a un flechazo. "Ay, gracias", le dije cogiendo el dinero y metiéndomelo en el bolso.

Los mil setecientos cincuenta euros que me dio esa primera vez me los gasté en cuatro horas de la mañana siguiente y por la tarde no me emocionaba nada de lo que había comprado, nada de nada, yo nunca había sentido un vacío semejante, era como si mis entrañas fuesen de algodón, solo quería que sonara mi móvil y escuchar su voz, que me invitara a cenar y que me ofreciera la boca gigante de su billetera.

Teléfono.

Era él. Su voz paternal me pidió vernos de nuevo. Nos vimos esa noche y otra y otra y después de haberlo hecho reír durante once cenas, temblando se lo dije: "Siento que ya no podría vivir sin ti". Y me eché a llorar como si hubiera confesado un crimen. Él me abrazó. Esa noche no me dio dinero, como todas, sino un anillo de platino y nos fuimos a la cama donde intenté demostrarle con mi lengua silenciosa hasta qué punto lo consideraba a él la fuente de mi vida.

Estoy en la cubierta de un barco y hay siete modelos griegas merodeando, que si masaje, que si cóctel. El barco, el mar y ellas son parte de mi primera luna de miel. A ver, amor con amor se paga, es cierto. Él percibió que yo lo amaba como nadie nunca lo amó o antes que yo ninguna entendió que aquello era amor. En fin, no quiero perder el hilo, cómo me "gano" la vida, es lo que intento explicar. ¿Saben?, siempre he vivido de la palabra.

Catalina Murillo (San José de Costa Rica, 1970). Desde muy joven se trasladó a Cuba a realizar estudios en la Escuela Internacional de Cine y TV de La Habana. Escribió las novelas *Largo domingo cubano* (1995) y *Marzo Todopoderoso* (2003). Actualmente reside en España.

SOBREMESA

El sueño de Colbert

Querés que te haga un resumen muy concreto de la sociedad de consumo? —le propongo a Chiri.

—Dale —me dice.

—En mi casa hay dos televisores de 50 pulgadas, tres televisores de 32 y un proyector de cine. ¿Sabés dónde veo las series?

—En tu portátil.

—Sí. Me cago en Cuevana, que todavía no tiene una versión para Apple TV.

—Escuchá esto: "Si no lo has sentido, es porque no existe. Lo que llamas amor fue inventado por tipos como yo para vender medias de nailon. Naciste solo y morirás solo. Este mundo hace pesar sobre tu cabeza unas cuantas reglas para que lo olvides. Pero yo nunca lo olvido. Vivo como si el mañana no existiera, porque realmente no existe".

—¿Quién lo dice?

—Don Draper. En esa frase está todo el marketing del mundo.

—¡Qué buena temporada, la quinta de *Mad Men*! —me excito—. Lo que le pasa a Don Draper es muy loco: es 1966, el mundo cambió y él empieza a notar que no encaja. ¿Viste cuando Megan, su mujer, le hace escuchar "Tomorrow never knows" de los Beatles, ese tema raro del disco *Revolver*?

Impresionante —me dice—. Don no entiende una goma. No maneja el cambio.

—Es que tiene cuarenta años, ya está grande.

—Los creativos del cuento de Catalina Murillo también andan por los cuarenta, ¿no?

—Sí, son tipos que no saben hacer nada, o poca cosa, y que de pronto se convierten en "creativos junior".

—Nosotros tenemos esa edad, Jorge.

—Es cierto —le digo—. No sé vos, pero yo dejé de entender un montón de cosas. No entiendo qué sentido tiene una flashmob, no entiendo qué provocan las drogas nuevas, se me confunden todas las siglas del Twitter: TL, FF, HT... No sé programar en HTML5, nunca instalé los Angry Birds... ¿Eso es la vejez?

—¡No! Vejez es lo mío, que no entendí nada de lo que dijiste. Para mí vos sos moderno. Usás Mac desde chiquito.

—¿Ves? Apple es lo único que me reconcilia con la modernidad. Pero yo no sé si eso es ser moderno o ser concheto.

—Jorge, te voy a pedir una sola cosa, y más vale que me digas la verdad.

—¿Qué sucede, Christian Gustavo?

—¿Alguien te paga para hablar bien de Apple?

—¡Ja! Estás muy a la defensiva, amigo mío. Creo que el cuento de Hari Kunzru te afectó.

—El otro día me puse a leer una entrevista que le hicieron a Hari y ahora no puedo parar de hacer lo mismo que él. Es un gran vendedor.

—¿Qué dice?

—Oí: "El mezcal de las diez de la mañana me ayuda a escribir las primeras líneas del día. Luego hago una infusión: en Amazon venden unas hierbas fabulosas para los pasajes descriptivos... A las seis me tomo el gin-tonic estilo British Empire: cuando el sol me pega en la oreja me lo bebo y saludo a la bandera. Para el bajón mezclo opio, marihuana y hachís con mantequilla, yogur y fruta (el mango va muy bien). Es una receta india, el Phanglassi. Ayuda a sentir la naturaleza ilusoria del mundo". Te lo recomiendo.

—Hay un libro que está muy bueno —le digo—. Se llama *El sueño Colbert*, de Roni Bandini. La novela es sobre un tipo que proyecta, para sí mismo, el estilo de vida del chabón de Colbert, ¿te acordás?

—¡Obvio! Toda nuestra generación se acuerda de esa publicidad. Fue emblemática en los ochenta. Mostraba a un tipo que llega a un loft, prendía las luces con un interruptor industrial, se quedaba en cueros, sacaba de la heladera una botella de agua y se la tiraba encima. Un galán.

—"Colbert subraya en cada hombre esa cuerda que lo hace simplemente único", decía una voz de mujer al final.

—Exacto.

—Bueno. El personaje de la novela *El sueño Colbert* se llama Steigman y va detrás de ese sueño: tener el loft del aviso, una moto, una pecera con peces de colores y agua mineral, litros y litros de agua refrescante para tirarse encima. Todos, de chicos, soñamos con tener ese loft que Colbert nos metió en la cabeza.

—El asunto —me dice Chiri— no es cuántos de nosotros lo habrán conseguido, sino a qué edad dejamos de pensar en esas boludeces. Eso te da la medida justa de lo que somos, o en qué nos convertimos. ◣

SEMANAS

SEMANA NORMAL

Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sa	Do

SEMANA DE ALGUIEN QUE ODIA SU TRABAJO

Lu	Lu	Lu	Lu	Lu	Sa	Do

SEMANA DE UN WORKAHOLICO

Vi	Vi	Vi	Sa	Do	Lu	Ju

SEMANA DE UN UNIVERSITARIO

Lu	Ma	Mi	Vi	Vi	Vi	Do

SEMANA EN UNA SWEATSHOP

Lu	Ma	Mi	Ju	Mi	Ma	Lu

SEMANA DE UN NINI

Sa	Sa	Sa	Sa	Sa	Sa	Sa

EL GRAN SURUBÍ

Capítulo IV

tenía un cuchillito bien filoso
que me había servido en la cocina
de acero brasilero tramontina
no lo prestaba nunca receloso
lo llevaba conmigo en las verijas
metido en una vaina encanutado
despierto lo palpaba desconfiado
dormido lo escondía en las cobijas
me hizo falta en los días que vivimos
cuando se alborotó la paisanada
la flota empezó a ser interrogada
y a los preguntadores les dijimos
que ballester y el otro eran amantes
que habían desertado dos días antes

la mentira prendió por un ratito
disimulamos bien en el trabajo
una noche un vigía me dio un tajo
porque no contesté cuando dio el grito
quién anda quién va a andar soy yo boludo
me pegó con la punta del machete
en la ceja y el pómulo de ojete
no me sacó hasta el cuero cabelludo
de caliente nomás yo lo tajié
apenas y sangró en el antebrazo
me reportó se desató el ocaso
sangrando detenidos y de pie
dejé de ser un nadie y uno más
usted cómo se llama ramón paz

así quedé marcado en una flota
que estaba sospechada muy mal combo
encima duplicaron el quilombo
pidiendo que nos paguen una cuota
que nos lleven a tierra una semana
que nos dejen hablar con familiares
anotaron todos los malestares
y dijeron que pronto que mañana
y seguimos saliendo con los botes
el nuestro iba encarnado con el cráneo
del capitán comido y el engaño
trajo furia de viento y camalotes
encontraron botellas la parrilla
y los huesos humanos en la orilla

no se podía casi navegar
por el camalotal que trajo el río
como una sopa verde un desafío
para hundir el motor y maniobrar
se enredaba a los remos una angustia
infinita lodosa rebosante
una vegetación putriflotante
cansadora pesada medio mustia
sobre el prado ondulante nos movimos
arrastrando el anzuelo por debajo
y otro gomón fatídico nos trajo
la noticia y entonces debatimos
había que entregarse o te agarraban
tras un juicio sumario y te mataban

estábamos en eso discutiendo
cuando el tirón por poco nos da vuelta
con fuerza violentísima resuelta
nos arrastró kilómetros huyendo
hundía tres tambores como nada
y hasta cuatro de a ratos era enorme
una bestia furiosa disconforme
sorprendida ciclónica asustada
vimos una gran piedra resbalosa
que se asomó adelante como islote
pero era el surubí saliendo a flote
su lomo de ballena pantanosa
el barco se acercó para engancharlo
había que pelear hasta cansarlo

el barco nos seguía y ya los vimos
tres gendarmes armados en cubierta
y como quien renace o quien despierta
les dije miren donde nos metimos
nos vamos a entregar les pregunté
y los cuatro del bote se callaron
y dijeron que sí ni se miraron
pero yo en mi silencio me negué
había en una bolsa unas galletas
y líneas de pescar bagres chiquitos
la miré entre la nube de mosquitos
y otra vez divisé las metralletas
pensé en tirarme al agua y a la mierda
del barco nos tiraron una cuerda

ya la tarde se iba poniendo oscura
lo importante en el barco era la presa
que giraran las ruedas de la empresa
que crecieran las líneas de la usura
en cuanto sujetaran el pescado
al gancho principal con la cadena
ahí comenzaría nuestra pena
el tiempo tras las rejas computado
miré el espacio rojo atardecido
y temí la tenaza del encierro
los barrotes jurídicos de hierro
no valía la pena haber nacido
amarramos la cuerda con la línea
yo lloraba por dentro como niña

por qué aceptar tan fácil que acabara
la vasta vida nueva bajo el cielo
y por qué someternos al flagelo
de la justicia fría con su vara
el surubí peleaba por zafarse
pegaba coletazos de rompiente
se ondulaba con olas de serpiente
titánico luchaba por soltarse
una vez que quedara casi quieto
le iban abrir en dos el vientre blanco
del ano a las agallas de potranco
lo iban a eviscerar así sujeto
un animal totémico sin culpa
convertido en pedazos de su pulpa

cuando vi los tambores acercarse
me sujeté la bolsa a la cintura
ya la tarde era noche casi oscura
era cuestión de hacerlo de largarse
los demás me miraron yo de a poco
me sumergí en el agua me abracé
a un tambor y la soga la corté
y me entregué a la fuerza como un loco
me arrastró como un tren yo prefería
morirme atado al pez que condenado
hundido en una cárcel humillado
la fuerza era mi miedo mi alegría
primero tragué agua se escuchaba
la sirena del barco y me alejaba

adónde me llevaba el surubí
a una muerte estrellada bajo el cielo
al fondo cenagoso de mi anhelo
qué estaba zigzagueando para mí?
ya fuera del alcance de los botes
borracho por el miedo me sostuve
atado a los barriles me mantuve
ligado al derivar de los bigotes
que buscaban su rumbo por el río
quizá en su merodeo somnoliento
yo terminara siendo su alimento
la cosa es que su rumbo ya era el mío
ramón y su gran pez su majestad
estábamos los dos en libertad

Continuará en el próximo número.

Cruz / Diablo

Capítulo Cuatro

Y sí, sí, Dios es grande
y Dios es muy bueno.

Todavía te faltan unos veintinueve años para que con el Prode al final no pase nada… Y casi cincuenta para la última vez que te vayas a encontrar sin escapatoria. Ahora; el Miguel, Rafael y el Gabriel —los Mala Sombra— y el Viejo nacido en el barro están por cuetearlo de un momento a otro al Viejo que bajó del monte. Que, increíble pero real, habrá sido rápido para cercenar un disparo. Pero que, así y todo, no va a poder contra cuatro pistoleros a la vez cuando se decidan a descargarle por completo el plomo que ellos llevan encima.

Los Mala Sombra, al unísono, deslizan sus manos hábiles a la culata de sus respectivas armas. De ahí a que desenfunden va a ser solo un pestañear.

—Si volvés, tenés que pagar. Y si estás acá es porque te lo buscaste —sentencia lo que parece una regla de oro el Otro Viejo nacido en el barro.

—No. Ha sido otra cosa —aclara el Viejo que bajó del monte—. Y vos, mejor que nadie, deberías entenderme... Es que yo… Yo…

—Vos, ¿qué?

—¡MIERDA! —exclama antes de terminar, entre dientes, confesando—. Yo me enamoré.

Algo dentro tuyo, a vos y a los demás involuntarios espectadores de este duelo, les dice que eso que acaban de escuchar no está para nada bien… Confesión a la que el Otro Viejo nacido en el barro, enardecido, responde amartillando nuevamente su revólver.

—Ahora sí que de esta no te salvás, hijo de puta.

Resoplando por sus fosas nasales, como si fuera un toro, el Viejo que bajó del monte retruca:

—Puta… puta será tu mujer. Que me tiene agarrado de las pelotas… Puta y orgullosa: ese adjetivo tendría que ir siempre delante de su nombre.

—¡No te permito que le faltés el respeto! —brama con furia el Otro Viejo nacido en el barro y le apunta.

Y esta vez, en lugar de defenderse, el Viejo que bajó del monte abre los brazos en cruz sacando pecho para que le acierten todos los balazos que puedan. La mujer gorda, de brazos todavía más gordos, que está detrás de la barra sirviendo los tragos se persigna. Ya se escuchan los disparos. Pero ni el Otro Viejo nacido en el barro ni ninguno de los tres Mala Sombra abren fuego.

Todavía.

Vos no dejás de mirarlos. Estás asustado. El corazón pareciera que te va a explotar. La escopeta en tus bracitos pesa una enormidad. No sabés qué hacer. Si meterte o no. Si patear para el Viejo que bajó del monte o dejarlo que pierda nomás el partido. Tu cabeza no para de ir y de venir de cada una de las posiciones en las que se encuentran los que se quieren matar adentro de lo de Landero. Lo mismo le pasa a todos los otros que estaban ahí por una ginebra, jugando al nueve tallado o esperando que se cante algo el Adolfo Peluffo.

Reina el silencio en lo de Landero.

Un silencio de muerte.

No canta ni una chicharra.

Finalmente, el que vuelve a decir algo es el Viejo que bajó del monte.

—Si no querías que otros le echáramos el ojo, ¿para qué le pusiste en el pelo la luz del sol?

El Otro Viejo nacido en el barro lo piensa un rato y después de arrugar la barbilla responde:

—Son cosas mías.

Y entonces, muy pillo, el Viejo que bajó del

monte le habla de que ella los engaña a los dos. Como así también los consuela a ambos. Que seguro es de la que se llama como tu mamá la puta idea esa de que en toda vuelta siempre hay que pagar. Que como mujer solo pide lo que tiene que pedir: que su hombre —que sus hombres— trabajen para que no les falte el pan. Porque eso es algo que está en su naturaleza. Porque el hombre y la mujer son bichos diferentes.

El Otro Viejo nacido en el barro después de escucharlo atentamente le dedica lo más parecido a una sonrisa que se puede permitir brindarle. Y le cuenta que, a eso que acaba de pronunciar, un changuito que todavía está en pañales recién nacido y criándose en una ciudad de mucho más al sur de donde están, conocida como Rosario, alguna vez le va a poner música convirtiendo esas palabras en la letra de una canción.

El Viejo que bajó del monte también esboza lo más parecido que tiene a una sonrisa comentando que le gustaría escucharla. No va a poder ser. El Adolfo Peluffo no quiere nunca más que a través de su boca hablen otras voces y otros artistas y es por eso que se ha ido acercando bien despacio hasta la puerta con éxito y ahora el músico y su guitarra ya no se encuentran en lo de Landero. Ni siquiera en sus alrededores.

Los Mala Sombra y el Otro Viejo nacido en el barro, como ya no hay más nada por decir ni por hacer, ceremoniosamente desenfundan sus revólveres y apuntan al Viejo que bajó del monte. Que primero mira tu escopeta y después te mira a vos, directo a los ojos, antes de asegurar:

—M'hijo: hora de ganarse otro apodo.

A lo que los Mala Sombra y el Otro Viejo nacido en el barro giran sus cabezas hacia atrás para ver con quién habló el Viejo que bajó del monte. Posan sus miradas en tu persona. Y también en la escopeta del Papá. No sabés cuándo lo hiciste. O cuándo pasó. Pero están amartilladas las dos bocas. Listas para disparar. Te das cuenta de eso junto con ellos. Que han girado de cuerpo completo dedicándote toda su atención. Y el objetivo de sus miras.

Detrás tuyo hay un ventanal enorme.

Dos hojas de vidrio.

Querés llorar.

Querés tirar la escopeta del Papá al frente.

Querés pegar la media vuelta y abrir cualquiera de las dos hojas de la ventana, treparte a ella y huir.

Volver a Los Pereyra.

Pero también querés volver a disparar la escopeta del Papá.

Dispararles a cada uno de esos cuatro pistoleros.

Como lo hiciste a la siesta con el Viejo que bajó del monte cuando entró al terreno de tu casa.

Pero solo tenés dos tiros.

Y después tenés que recargar.

Aunque no te lo pidan, amagás con dejar la escopeta en el piso.

En realidad querés dispararle al suelo.

Gatillás, a la vez, los dos gatillos.

Truenan los cartuchos y llueven astillas y tierra en lo de Landero.

Y vos, por el culatazo de la escopeta del Papá en la boca del estómago, volás de espaldas para atrás dibujando una curva hasta atravesar la ventana por una de sus hojas cerradas.

Milagrosamente, de la cantidad de vidrios que se te han clavado hasta en el culo, no te va a quedar ni una marca. Aunque ahicito te duela y te arda. Eso sí: dentro de diecisiete años, un botellazo que te van a dar en la cabeza es el que te va a dejar una cicatriz que te va a acompañar el resto de tu vida.

Los Mala Sombra se miran entre sí. Intentan contener la risa. Rafael se ahoga un poco por eso y se le escapa. Se le suman también de Miguel y de Gabriel sus carcajadas. El que sigue serio, muy serio, es el Otro Viejo nacido en el barro. Los Mala Sombra se llaman a recato y volviendo a girar sobre sus talones una vez más apuntan a quien han venido a ejecutar.

—Ratita, carajo —pronuncia el Viejo que bajó del monte.

Y niega a la vez con un movimiento de cabeza antes de jugarse una última carta.

Bajando el ala de su sombrero hasta cubrir su rostro, con la mano libre hace chasquear los dedos y su humanidad desaparece ahí mismo y delante de los allí presentes. Es como si se hubiera desinflado. O encogido de golpe. Quedan todas sus ropas amontonadas en el piso. Las botas paradas.

Uno de los Mala Sombra, Gabriel, se acerca a revisar las prendas como intuyendo que debajo todavía hay algo escondido. No alcanza a hacerlo: del poncho, de repente, centenares de víboras salen veloces. El Otro Viejo nacido en el barro y los Mala Sombra vacían sus cargadores sin lograr matar ni siquiera una; que se vuelven a reagrupar detrás de la barra. A los gritos y agarrándose la

pollera con las dos manos sale cagando de su lugar de laburo la mujer gorda de brazos todavía más gordos.

Vos entrás una vez más a lo de Landero. Entrar es un decir porque te quedás en la puerta. Recargaste la escopeta. Los Mala Sombra y el Otro Viejo nacido en el barro, a sus armas, aún no. Estaban en eso. Le hacés flor de agujero en el pecho al Rafael y le robás la cara a Miguel salpicando con su sangre y los restos de plástico negro de sus anteojos la pared más cercana.

El Otro Viejo nacido en el barro y el único Mala Sombra que queda se apuran para poner balas en los tambores de sus revólveres. Vos hacés lo mismo abriendo los caños para sacar los cartuchos servidos. El Gabriel ya te tiene a tiro. Pero no va a poder disparar. Porque el Viejo que bajó del monte se ha vuelto a corporizar detrás del mostrador y de furca, de atrás, le ha abierto la garganta con su puñal al último Mala Sombra.

Rodeando lo que los separa corre hacia el Otro Viejo nacido en el barro y con la zurda le manotea la mano que tiene el Long Colt calibre cuarenta y cinco; mientras que le entierra en la panza la derecha y el filo de su arma. El Otro viejo nacido en el barro deja caer al piso su revólver y le manotea el poncho al Viejo que bajó del monte. Vos ves cómo a los Mala Sombra se les empiezan a cerrar sus heridas después de que los tajos y agujeros se les iluminaran de anaranjado. Si está pasando eso es porque en cualquier momento van a estar otra vez de pie.

El Viejo que bajó del monte y el Otro Viejo nacido en el barro siguen sin dejar de agarrarse cada uno de dos puntas del poncho hasta que vos, a lo Salomón, terminás con el tironeo: le metés un tiro al Otro Viejo nacido en el barro que al retroceder se termina llevando la prenda en sus manos. Justo cuando les responde con una balacera el primer Mala Sombra en volver: Rafael. El Viejo que bajó del monte corre para donde estás vos y te levanta de los sobacos para irse a la mierda. Y por eso ahí, en lo de Landero, es donde el Viejo que bajó del monte perdió el poncho. ◣

Continuará en el próximo número.

La laguna

Capítulo cuatro

Cada vez que sonaba el teléfono Julio pensaba lo mismo: que la policía se había dado cuenta de todo. Mientras caminaba para atender, entre derrotado y miedoso, se imaginaba la cadena de tragedias que se iba a desencadenar después del último "ring".

Por empezar, apenas levantara el tubo, un cabo desconocido diría su nombre.

—¿Julio Kaminski?

Después, ese mismo cabo le pediría que se apersonara a la comisaría, donde quedaría detenido y lo someterían regularmente, hasta el día del juicio, a palizas y humillaciones de lo más variadas.

—¿Cómo me dijiste, Kaminski? Se te olvidó decirme "señor", me parece. "Sí, señor." "No, señor." "Ya mismo, señor." No seas impertinente que no quiero romperte un brazo de nuevo. Y haceme unos fideos. Hacenos fideos a todos, mejor, que los grandes queremos comer.

Para entonces, ya habría vendido su departamento para pagar abogados y habría llorado, pedido perdón, y confesado todo. Aun así, iría preso por falso testimonio y quizá, también, por obstrucción a la justicia. Posiblemente no volvería a ver a su hijo, al menos hasta que cumpliera dieciocho años. Como no podría pasarle un peso, su exmujer le llenaría la cabeza en su contra aunque los abuelos la ayudaran a mantenerlo. No iba a costarle mucho: nunca había sido un padre modelo.

—Andá a vivir con el borracho de tu padre si no te gusta. Ah, no. Cierto que está en la cárcel.

Por miedo, no se animaba a imaginar nada sobre la cárcel. Dejaba de pensar en el momento en el que lo metían en un patrullero, esposado. Recién cuando levantaba el tubo y se encontraba con un telemarketer extraviado en la guía telefónica, o se topaba con el mánager del hotel en el que trabajaba Tachuela que le pedía referencias, respiraba de nuevo. No sentía alivio. Alivio no, porque nunca dejaba de pensar que el próximo llamado era el definitivo. Pero sí respiraba de nuevo.

—¿Conoce a un señor Juan José Tachón? —preguntaba un hombre del otro lado de la línea.

Entonces se disparaban miles de pensamientos en su cabeza. Tachuela había radicado una denuncia. Habían encontrado su celular en la basura. Alguien lo había visto caminando a la misma hora en la que se suponía secuestrado. Su exmujer era cómplice de su ayudante, de su jefe, de la policía, de sus suegros. Las hipótesis iban variando y multiplicándose como Gremlins en su cabeza.

—Llamo para pedir referencias, él dejó un currículum en el hotel…

La palabra mágica. "Currículum." Recién entonces caía y contestaba, sacando fuego por la boca.

—Ah ¿Tachuela? Es un enano de mierda. Envidioso. Resentido. Con ínfulas de chef internacional. Y un ladrón de recetas. ¿Se llama "Tachón"? Ajaja, pobre pibe.

Por eso, cuando se encontró con esa mujer en la fiesta y ella le preguntó por el celular, en lugar de sentirse aterrado, se tranquilizó. Tenía pánico de preguntar, pero más pánico tenía de no saber qué había pasado. Solo quería evitar la rutina demencial del teléfono: quería volver a oír un "ring" sin sentir miedo.

—Ah, sí, es que no tengo cargador, está apagado —le respondió Julio a la mujer, tanteándola.

—Supuse. Pregunté por vos en el hotel y nadie sabía quién eras. No trabajás ahí, mentiroso.

—¿Yo? Trabajo ahí desde hace años, podés preguntarle a cualquiera. Está mi nombre en el menú.

—¿Qué menú?

—Soy el chef.

—Me dijiste que eras uno de los gerentes del turno noche. Debe ser eso.

Julio sonrió, culposo. A ella no le importó.

—¿Podemos ir a buscar mi móvil a tu casa? —le dijo, apurada.

Recién en ese momento, Julio cayó. El teléfono que tenía en su casa era de ella, no el suyo. Probablemente habían pasado la noche juntos, le había mentido, ella se había llevado el suyo por error y lo había devuelto a la compañía telefónica que, apenas tomó la denuncia del robo, interrumpió el servicio y se lo dio a la policía. Y eso era todo. O quizás, no. ¿Qué había de esos hombres? ¿Quiénes eran esos hombres que habían encontrado su celular? No había sabido nada más de ellos. ¿Estarían todavía detenidos? ¿Se habría aclarado que ellos nunca lo habían secuestrado? Probablemente tendrían coartadas y ya estarían libres. O por ahí no. Por ahí las pruebas eran tan contundentes que seguían en ese calabozo putrefacto de dos por dos.

—¿Con el mío qué hiciste? —preguntó él, aterrado.

—El tuyo no lo tuve nunca. Ni sé como es, ni sé si lo traías encima, fue todo demasiado rápido. ¿Era igual al mío?

Julio asintió.

—Bueno, medio mundo tiene este teléfono ahora —dijo ella y se encogió de hombros.

—Sí, se ve mucho…

Julio no quería que en sus preguntas se notara que no se acordaba de nada, por miedo a que ella se ofendiera y se fuera sin darle respuestas. No sabía a qué se refería con "todo" ni con "rápido". En realidad, no sabía a qué se refería con ninguna de las cosas que estaba diciendo.

—Bueno, ¿me vas a dar el teléfono, o no?

Julio agarró las llaves y se levantó. Ella lo siguió y dejaron la fiesta juntos.

—Está en mi casa —le aclaró, por las dudas.

Ella sonrió como si le estuviera proponiendo algo. Julio ni siquiera lo notó.

Apenas entraron al departamento, Julio se dio cuenta de que la mujer nunca había estado ahí. Miraba hacia todos lados, decepcionada, como si hubiera esperado encontrarse con un lugar distinto. Él preparó dos whiskies y ella se paseó, serpenteando sensual entre los muebles y la ropa apilada, mientras le hacía preguntas tontas sobre el edificio.

—¿Y no te da el sol de la mañana acá, no?

—No. Pero prefiero. Me gusta dormir y con el sol no puedo.

Era claro que no se habían acostado juntos, al menos no en su casa. Quizás en el hotel o en la casa de ella, pero ahí no. Su curiosidad la delataba: era la primera vez que ponía un pie ahí adentro.

—¿Querés un whisky?

Ella se rio como si hubiera dicho algo terrible.

—Mejor no, que hoy no hay nadie para pelearse.

Julio no entendió de qué hablaba, pero se hizo el tonto. Por suerte, ella se dio cuenta y lo aclaró.

—La noche del celular te agarraste a las trompadas con unos tipos de la fiesta. Te tiraron al piso y te cortaron la cara. ¿Te acordás? Estabas muy borracho. Bah, estábamos.

Se rio y a Julio le pareció desagradable. Por un momento se vio en ella.

—No, no me acuerdo —dijo, negando con la cabeza.

Estaba desesperado, quería saber todo.

—¿Y qué más pasó? —preguntó.

Ella lo miró fijo.

—¿No te acordás de nada? ¿En serio?

—En serio.

—¿Ni de la otra mina? ¿Ni de los tipos? ¿Ni de la pelea? ¿Ni del corte en la cara?

Julio se tocó la cicatriz.

—¿Y en dónde pensabas que te habías hecho semejante tajo, entonces?

—No sé. No me acuerdo de nada.

Cuando la mujer se fue, a eso de las seis de la mañana, Julio se levantó, se dio una ducha y salió de su casa. Estaba decidido a ir a la comisaría. Quería volver a ver a los detenidos una última vez. Todavía no se acordaba de mucho, pero las anécdotas, los detalles, ciertas líneas del relato habían avivado algunos recuerdos. Lentamente empezaba a ver algo de lo que había pasado esa noche. Todavía tenía baches, pero ahora también una que otra certeza. Algunas, por lo menos.

Según lo que había dicho la mujer —que ahora sabía que se llamaba Gloria—, Julio había llegado a la fiesta, se había puesto a tomar y la había avanzado. Ella se había dejado avanzar, halagada y nerviosa. No estaba acostumbrada a ese tipo de encuentros. Estaba casada desde hacía muchos años y nunca había tenido una aventura, aunque siempre había querido. Sin ir más lejos había ido a la fiesta con esa intención. Estaba invitada por la anfitriona, una vieja amiga que vivía en el exterior y solía escaparse sola a Buenos Aires, sin el marido, en busca de algún cuarentón apetecible que no tuviera que volver a ver nunca más en la vida. Por eso cuando Julio la miró, ella no dudó. No era feo y además tenía pinta de irresponsable, le venía perfecto.

El encuentro, aunque emulsionado por el alcohol y la conversación, no prosperó. Charlaron y se divirtieron, pero con el correr de los whiskies, lo que al principio parecía divertido se tornó oscuro y desagradable. Volcaron las bebidas en la alfombra del cuarto, se cayeron al piso de risa, incluso se besaron en el sillón de una forma poco apropiada. A ella se le rompió parte del vestido, que le quedó colgando como un trapo deshilachado sobre los muslos.

Por única vez el papelón no fue suyo, sino de los dos. Ella estaba tan borracha como él o mucho peor. Lo sabía porque la gente los merodeaba con pena y algo de preocupación fingida, como si el exceso de ambos pusiera en evidencia todos los excesos que se escondían en el baño, en la habitación, en las billeteras. Ella no lo dijo (quizá no lo había notado) pero él lo vio bien claro porque no era la primera vez que le pasaba. Había visto esos gestos miles de veces en los ojos de su mujer. La decepción del sobrio. La amargura después de la cena arruinada, del trabajo perdido, de la botella vacía chorreando en la pileta de la cocina. El silencio que queda cuando un borracho que dice no estar borracho se cae al piso al levantarse para ir al baño.

En algún momento la anfitriona se acercó y le pidió a su amiga que la acompañara al baño. Ella no se dio cuenta que era por el papelón y le pidió a él que la esperara unos minutos.

—Gloria, ¿podés venir, por favor? —dijo la anfitriona, inflando los agujeros de la nariz.

—¿Yo?

—Sí, vos, acompañáme que te tengo que dar algo.

—Me voy al toilette. Cuidáme la cartera un minuto.

Julio asintió como pudo y puso la cartera entre su muslo y el sillón, pero le erró y se cayó al piso.

Pasó más de media hora y ella no apareció. Ahora se enteraba de que había estado discutiendo con su amiga, tratando de vomitar y arreglándose las tetas en el corpiño. Sospechaba que también se había quedado dormida en el inodoro, aunque no le constaba cuánto tiempo. Quizá solo era una sensación. El asunto era que había tardado tanto que cuando por fin volvió, él estaba hablando con otra mujer y chicaneándose con un grupo de hombres desconocidos que parecían mediar entre ambos.

—¿Cómo eran esos hombres? ¿Eran del hotel o amigos?

Ella no supo qué decir, no los había visto en ninguna otra fiesta. Julio directamente no los recordaba, los había borrado de su memoria. Lo único que ella pudo decirle es que unos minutos después se estaban cagando a trompadas como en una película de acción. Por el alcohol y su estado físico, Julio no había hecho un buen papel, lo habían reventado a trompadas entre todos. La mujer gritaba que la terminaran, pero nadie parecía hacerle caso. Y su cartera, que ya estaba en el piso, voló por el aire y él desapareció. Solo

llegó a juntar algunas cosas: las llaves, algo de maquillaje, un pequeño monedero antiguo.

—¿Y después? —insistió Julio, desesperado.

—No sé, agarré mis cosas y me fui. Y desde ese momento no te volví a ver el pelo.

Gloria miró su celular, tratando de hacer memoria, pero no recordó nada más.

—Le rayaste la tapa —dijo ella, mirando su celular—. O quizá fue alguno de esos tipos.

—Ya sé que no los conocés… ¿Pero cómo eran los tipos esos? Físicamente, más o menos.

Ella los describió como pudo, sin demasiadas precisiones. No recordaba mucho, salvo la ropa y algunos gestos. Mientras la escuchaba, Julio palideció. Los datos eran pocos, pero concordaban perfectamente con la descripción que había hecho horas después en la comisaría.

—No sé, cuando te peleaste yo estaba en la habitación de al lado, cogiendo con una mina —se lamentó Pablo y estacionó enfrente de la comisaría.

—¿Pero no sabés por qué nos peleamos? ¿Les dije algo? ¿Me dijeron algo?

Pablo negó y salió del auto.

—Ni idea. Te peleás cada dos por tres. Esta fue peor porque te fajaron, pero siempre hay alguna pelea. ¿Estás seguro de que querés hacer esto? ¿No es mejor guardarte un tiempo y esperar que se olviden?

Julio negó. Quería estar seguro de que todo era un error o una casualidad. Y si no lo era, si le estaban haciendo una cama y la policía había inventado todo, si Tachuela lo había delatado y pensaba extorsionarlo, quería saberlo.

—¿Y si después de eso te secuestraron? ¿Cómo sabés qué no pasó? Quizás pasó, quizás te llevaron.

Julio se quedó duro. Esa opción nunca la había pensado.

—¿Qué hago? ¿Te espero acá o voy con vos?

—Quedáte acá. Si no salgo en media hora es que me detuvieron.

Julio entró a la comisaría y el cabo que estaba en la recepción lo saludó. No sabía quién era, se dio cuenta porque le preguntó en qué podía ayudarlo. Julio le contó su caso muy por encima y le preguntó si podía volver a ver a los detenidos. El cabo se rio. Le explicó que no estaban en la comisaría, que ya habían salido bajo fianza, que nadie podía quedarse tanto tiempo detenido.

De repente, todas sus fantasías pueriles sobre los cabos torturadores y los fideos le parecieron una idiotez y asintió, avergonzado. Esta suerte de postergación lo angustiaba y lo aliviaba al mismo tiempo.

Desde esa tarde, sin embargo, su vida se transformó en un infierno. Las noches se volvieron largas y densas, una sucesión interminable de pesadillas. Ya no imaginaba desenlaces fatales cuando sonaba el teléfono, lo hacía todo el tiempo. Cuando cocinaba, cuando se dormía, cuando alguien lo llamaba en un pasillo del hotel, cuando le tocaban el hombro, cuando leía el titular de algún diario de refilón. A veces, cuando le devolvían un plato a la cocina, salía a ver al cliente para estar seguro de que en ese gesto no había una señal o una amenaza escondida. Una noche incluso llegó a revolver un risotto crudo con los dedos, convencido de que podían haberle puesto algo adentro.

—¿Algo adentro como qué? —preguntaba Pablo, mientras lo miraba perder la cordura.

—No sé. Algo de lo que tiré de mi billetera, por ejemplo.

Dos semanas más tarde, Julio empezó a tomar pastillas para dormir y dejó de ir a las fiestas del hotel por primera vez en años. Tenía miedo de que lo reconocieran, de que esos tipos se aparecieran en la habitación para vengarse por la denuncia. Lo único que no entendía era si había inventado el recuerdo del secuestro o si el secuestro había existido y él no podía recordarlo. Quizá, cuando la policía le había preguntado cómo estaban vestidos sus secuestradores él había buceado en su memoria y eso es lo que había encontrado en la pila de arriba. O quizá la pelea había sido tan humillante que sin querer había tratado de vengarse de ellos. ¿Pero vengarse así, por una pelea miserable, cuando tenía miles de peleas parecidas en todas las fiestas? ¿Qué tenía esa noche que otras no tuvieran?

Julio sintió que empezaba a enloquecer. Lo único que hacía era repasar la historia que le había contado Gloria buscando pistas, tratando de atar un cabo con un recuerdo, un recuerdo con una teoría, una teoría con un dato concreto. A veces daba resultado y recordaba algo nuevo: el momento en el que pedía un trago, el vestido de alguna mujer atractiva, el olor de las flores blancas que adornaban el pasillo. A veces funcionaba a la inversa

y en el recuento olvidaba algo que sabía: lo que le había dicho antes de ir al baño o dónde había puesto su cartera. Todos los días repasaba la historia en su cabeza:

—Entro a la fiesta, saludo a la mujer del vestido azul, a la anfitriona, sonrío, falso, pienso que es una pelotuda y que tiene demasiados dientes. Busco el whisky, Pablo está charlando con un tipo en el balcón. Apenas tomo un sorbo—murmuraba, loco— ella me mira. Le guiño el ojo. Qué estúpido, le guiño el ojo. Un mozo se acerca y me ofrece champán. Me tienta mezclar, pero le digo que no. No quiero terminar hecho mierda.

Julio repitió ese recuento maníaco en voz baja, como si fuera un mantra, alrededor de dos semanas seguidas. Si tenía suerte, se dormía como un plomo y descansaba. Si no tenía suerte, se enroscaba en una pesadilla que se prolongaba, deforme, hasta el otro día. Hasta que una noche, a pesar de las pastillas, se despertó sobresaltado. Paf. Se incorporó en un movimiento y abrió los ojos claros, certeros. De repente había recordado a esa mujer que había aparecido en la fiesta después de Gloria. No sabía por qué se había peleado ni qué había pasado después, pero por fin la había visto. En sueños le había aparecido la cara, una cara que conocía, que odiaba y quería al mismo tiempo. Despierto, en la vigilia, ella era una sensación que quería atrapar con la memoria, como quien saca un pescadito con una red. La tenía en la punta de la lengua. La conocía. Los ojos furiosos. La ceja despectiva, lejana, severa. La sonrisa esporádica pero inmensa.

Sí. Definitivamente era ella. No sabía qué hacía ahí ni por qué habían terminado peleando, pero la conocía. La mujer de la fiesta era Laura. Su ex. ◣

Continuará en el próximo número.

Todo mezclado

Epa. ¡Cómo vienen los folletines! —me dice Chiri—. Ya se huele que los autores están pegando la vuelta y que se acercan los desenlaces.

—Sí señor —le digo—. Si fuera el Mundial, estos ya son capítulos por eliminación directa.

—En los sonetos de Pedro acaba de aparecer la bestia peluda, pero Jorge todavía no dibuja al surubí en toda su extensión.

—Pedro le dijo que se aguantara —le cuento—. Jorge se muere de ganas por dibujar al surubí, pero el autor dice que todavía no, porque sería espoiler.

—El último dibujo, con el pobre Ramón a la deriva, agarrado de la soga, es una joyita. "¿Adónde me llevaba el surubí? ¿A una muerte estrellada bajo el cielo? ¿Al fondo cenagoso de mi anhelo qué estaba zigzagueando para mí?" Versos poderosos.

—¿Te lo sabés de memoria? —le pregunto.

—No, tengo abierto el pdf.

—Hubiera quedado mejor si me decías que lo estabas recitando de memoria.

—No te voy a mentir a vos.

—Todo bien. ¿Pero puedo poner en la sobremesa que te sabías los versos de memoria? Te hago quedar bien con Pedro. Y con los lectores.

—No.

—Dale, ¿qué te cuesta?

—No tiene sentido mentir las conversaciones en las sobremesas. Si las hacemos grabadas, que sean así. Vayamos siempre con la verdad por delante.

—Qué católico que sos.

—¿Leíste el de Carolina? —pregunta Chiri, para cambiar la conversación—. De repente Kaminski empieza a acordarse de cosas.

—Gracias a la vieja...

—Gloria.

—Sí, esa. La vieja le da aire fresco a la cabeza del chef. Pero como siempre, el final pone la historia patas para arriba.

—¿Sabés qué me gusta de los finales del folletín de Carolina?

—Qué —le pregunto.

—Que casi siempre pone el final en la última palabra del último párrafo.

—En este caso hizo un alarde: el final son las dos últimas *letras* del párrafo final.

—Una e y una equis.

—¿Y viste los últimos párrafos de Cruz Diablo? —le digo—. Tuve la necesidad de leer los últimos párrafos en voz alta, con la voz que pone Alfredo Alcón en los discos de Pedro Aznar.

—Es mentira —me dice—. Lo estás contando así porque lo estamos grabando.

—No.

—Sí. Querés hacerle creer a los lectores que tenés una vida intensa.

—No, boludo, en serio... Me gusta la cadencia de los nombres: el Otro Viejo nacido en el barro, los Mala Sombra, el Viejo que bajó del monte... Hacé la prueba, leé en voz alta los últimos párrafos. Vas a ver qué buen gusto te queda. Hay una de pelea, la gente muere a cuetazos pero enseguida resucita. Es como si estuvieras leyendo a la vez un poema gauchesco y *The Walking Dead*.

—Don Segundo Zombi.

—Qué buen chiste. ¿Se te ocurrió de repente o lo tenías pensado?

—No, se lo robé a Oscar Fariña, un pibe maravilloso: el autor de *El Guacho Martín Fierro*. Lo tenemos que invitar a escribir a ese muchacho, es muy bueno.

—Tendríamos que hacer un *crossover* con los tres folletines —le digo a Chiri.

—¿Un *crossover*? ¿Como cuando Sheriff Lobo lo perseguía a BJ y hacían un capítulo mezclando las tramas?

—Claro —me entusiasmo—: que los protagonistas de las tres historias se junten todos en un capítulo especial. Que el chef Kaminski le prepare un gran surubí con papas al Viejo que bajó del monte...

—Que chiste malo —me dice.

—Pero por lo menos es mío, y no de Oscar nosequé.

—Fariña.

—Yo no le robo los chistes a otra gente.

—Por eso no sos gracioso.

—...

—¿Estás ahí? ¿Qué es ese ruido?

—...

—¿Estás llorando?

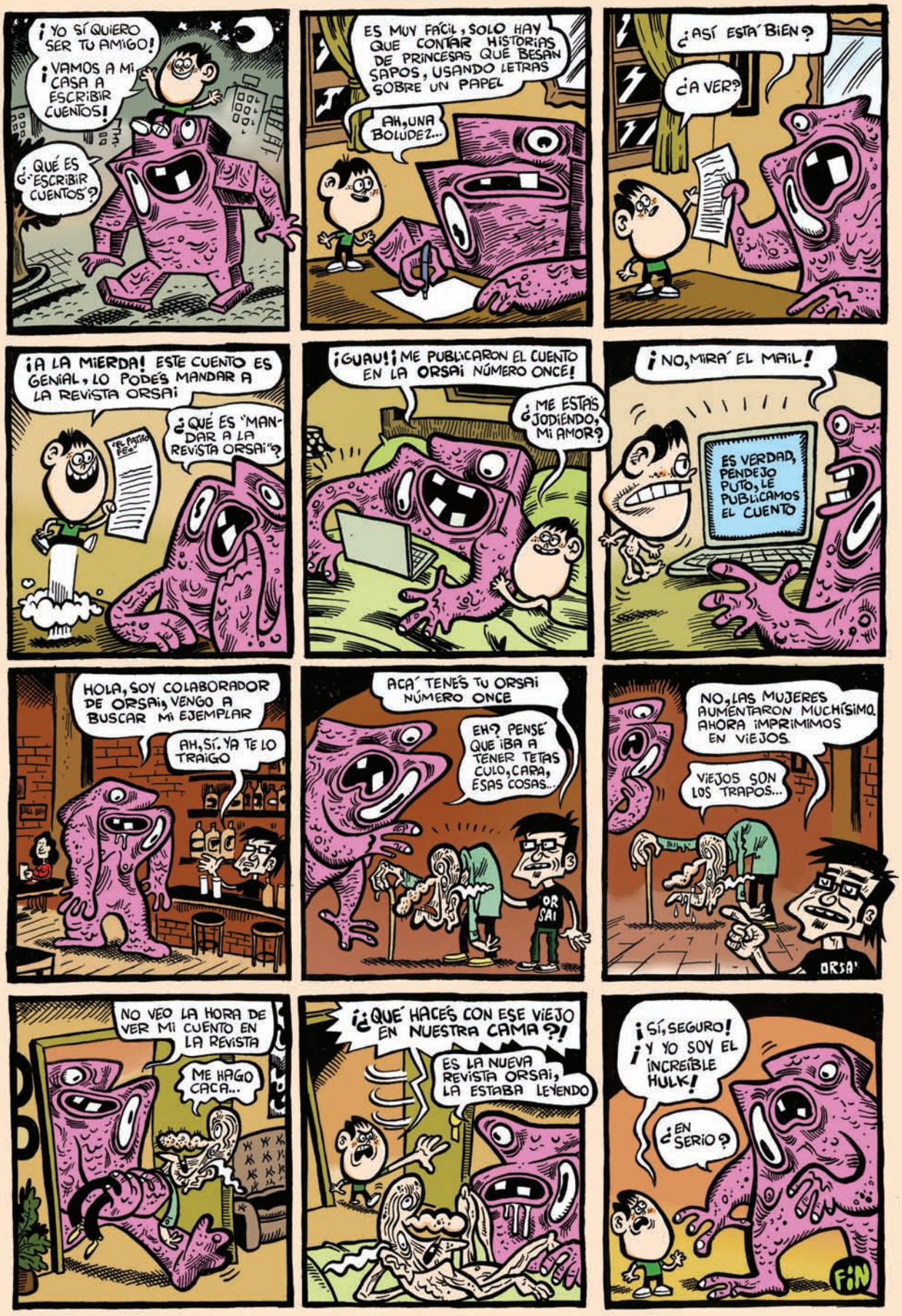
—No.

—¿Qué te pasa?

—Levantáte de esta sobremesa... Quiero estar solo. ◣

¡¡MI AMOR, ME PUBLICARON EL CUENTO EN LA REVISTA ORSAI NÚMERO DIEZ!!
ME ESTÁS JODIENDO
¡NO, MIRÁ EL MAIL!
¡OH!
ES VERDAD, VIEJA CHOTA, LE PUBLICAMOS EL CUENTO.
UNA AVENTURA DE
CIENTOFANTE
EL NOVELISTA SIN VERGÜENZA
EN:
"EL PASADO"
POR GUSTAVO SALA
TENGO QUE IR AL BAR DONDE TIENEN LA EDITORIAL
¿UNA EDITORIAL EN UN BAR? ¿ME ESTÁS JODIENDO?
NO, ES VERDAD, VIEJA ROMPEHUEVOS
BAR ORSAI
BUENAS, SOY COLABORADOR DE ORSAI. VENGO A BUSCAR UN EJEMPLAR DE LA NÚMERO DIEZ
AH, SÍ, YA SE LA TRAIGO
ACÁ TENÉS LA ORSAI DIEZ
¿QUÉ? PENSABA QUE ERA DE PAPEL, CON TAPA, PÁGINAS Y ESAS COSAS...
NO, LAS REVISTAS EN PAPEL YA FUERON, SALE CARÍSIMO IMPRIMIRLAS, ESO ES EL PASADO. ESTA ES MUCHO MEJOR, MIRÁ QUÉ TETAS
NO VEO LA HORA DE VER MI CUENTO EN LA REVISTA
Y YO NO VEO LA HORA DE QUE ME LEAS TODA, BOMBÓN
CUENTOS DE CORTÁZAR, BORGES, EDGAR ALLAN POE, STEPHEN KING...
QUÉ BUENO QUE LE DEN LUGAR A LOS NUEVOS TALENTOS
¡¿QUÉ HACÉS CON ESTA PUTA EN NUESTRA CAMA?!
NO ES NINGUNA PUTA, ES LA REVISTA ORSAI, LA ESTABA LEYENDO...
¡SÍ, SEGURO! ¡Y YO SOY LA MUJER MARAVILLA!
¿EN SERIO?
¡SÍ, MIRÁ!
¡ESPECTACULAR, Y YO SOY SUPERMAN!
¿EN SERIO?
¡SÍ, MIRÁ!
AHORA TENEMOS GRANDES PODERES Y GRANDES RESPONSABILIDADES
¡¡SOCORRO!!
¡ALGUIEN PIDE AYUDA!

¡¡SOCORRO!!
¡¡MUERE, CRIATURA DESAGRADABLE!!
¡PUTO!
¡AAAAGH!
¡ME SALVARON LA VIDA! COMO AGRADECIMIENTO LE DEJO UNA HABITACIÓN PARA MI HOTEL ALOJAMIENTO ASÍ GARCHA CON SU SEÑORA
MUCHAS GRACIAS, LUCRECIA ES MÁS PUTA QUE LAS GALLINAS
SÍ, JA, JA
GUAU, ESTE HOTEL ES ESPECTACULAR
¡ESTOY MUY CALIENTE, METEMELA YA!
¡¡AAAAAH, QUÉ SUPER ORGASMO, MI AMOR!!!
¡¡OH, SÍ, NO PUEDO PARAR DE EYACULAR ADENTRO TUYO!!
BUENO, YA ESTÁ BIEN, SI SEGUÍS ME VAS A HACER EXPLO...
..TAR!!
¡BLAM!
¡¡OH, MI SUPER ESPERMA ESTÁ DANDO VIDA A TODOS LOS OBJETOS DE LA HABITACIÓN!!
¡MIERDA!
PAPÁÁÁ...
YO NO SOY TU PADRE, MONSTRUO HORRIBLE, RAJÁ DE ACÁ!!
¡BUUUÁÁÁ, MI PAPÁ NO ME QUIERE!
¡BUUÚ, BICHO FEO!
¡FUERA, ENGENDRO!
EY, ¿QUÉ TE PASA? ¿POR QUÉ LLORÁS?
MI PAPÁ ME ABANDONÓ Y NADIE QUIERE SER MI AMIGO


¡YO SÍ QUIERO SER TU AMIGO!
¡VAMOS A MI CASA A ESCRIBIR CUENTOS!
¿QUÉ ES "ESCRIBIR CUENTOS"?
ES MUY FÁCIL, SOLO HAY QUE CONTAR HISTORIAS DE PRINCESAS QUE BESAN SAPOS, USANDO LETRAS SOBRE UN PAPEL
AH, UNA BOLUDEZ...
¿ASÍ ESTÁ BIEN?
¿A VER?
¡A LA MIERDA! ESTE CUENTO ES GENIAL, LO PODÉS MANDAR A LA REVISTA ORSAI
"EL PATITO FEO"
¿QUÉ ES "MANDAR A LA REVISTA ORSAI"?
¡GUAU! ¡ME PUBLICARON EL CUENTO EN LA ORSAI NÚMERO ONCE!
¿ME ESTÁS JODIENDO, MI AMOR?
¡NO, MIRÁ EL MAIL!
ES VERDAD, PENDEJO PUTO, LE PUBLICAMOS EL CUENTO
HOLA, SOY COLABORADOR DE ORSAI, VENGO A BUSCAR MI EJEMPLAR
AH, SÍ. YA TE LO TRAIGO
ACÁ TENÉS TU ORSAI NÚMERO ONCE
EH? PENSÉ QUE IBA A TENER TETAS CULO, CARA, ESAS COSAS...
ORSAI
NO, LAS MUJERES AUMENTARON MUCHÍSIMO. AHORA ¡IMPRIMIMOS EN VIEJOS.
VIEJOS SON LOS TRAPOS...
ORSAI
NO VEO LA HORA DE VER MI CUENTO EN LA REVISTA
ME HAGO CACA...
¡¿QUÉ HACÉS CON ESE VIEJO EN NUESTRA CAMA?!
ES LA NUEVA REVISTA ORSAI, LA ESTABA LEYENDO
¡SÍ, SEGURO! ¡Y YO SOY EL INCREÍBLE HULK!
¿EN SERIO?
FIN

Un brillo en los ojos

Señor Director:

Es mentira que ustedes sacaron al intermediario, ustedes *son* el intermediario. Las revistas son buenas, la gente es increíble. El medio cumplió su parte y nosotros pusimos la nuestra. Y nos dejó esta suerte de entretiempo de clásico donde se comentan los unos a los otros: las patadas, el orsai mal cobrado y el gol que se erró el nueve. A los que hace más de dos años nos venimos juntando, si no fuese por tu iniciativa, no habríamos hecho pollos al disco, asados, choripanes, heladeritas prefabricadas con tachos de basura para improvisar, quilombos en algún departamento, codeado libros, series, películas, música. Es decir, compartir un poco de vida, que después de todo es lo más gratificante que existe sobre la tierra.

Recuerdo pequeña anécdota donde, hace un tiempo, la gente llegó a entregarme más de cinco mil pesos, sin conocerme, y con la portación de jeta que cargo. La pequeña tensión que se genera en el instante en que dos extraños se ven. No me preguntes cómo, pero siempre los reconozco. Todos, a su manera, tienen un brillo en los ojos, o en el andar, que los deja fuera de juego de esta sociedad.

Desde ahí ya me pareció algo confuso, dado que vivimos en un mundo donde la confianza a ciegas y la inocencia se esconden para jugar. Donde me costó más de un año explicar la índole del proyecto a mi entorno y más de dos, que todavía existen personas como uno, que no necesitan tanto manual.

Hoy por hoy entrego más de cuarenta suscripciones y hasta el día de la fecha no he anotado nada. Nunca llevé un recuento, y nadie se quedó sin su revista. Acá la ganancia está en sacar un matambrito a tiempo, y la viveza es acordarse de llevar un sacacorchos, dado que nos juntamos en un club.

En tiempos donde el 1.0 parece caduco y sin embargo retumba en todas las paredes del cuerpo, el grito desesperado es a lo simple: a la picada con vermú, al pibe que hizo doscientos señaladores gratis para repartir en el grupo, porque se le cantó. Al otro que empezó a hacer remeras, a los que siempre traen el fernet abajo del brazo, al que se fue a buscarlo a Comequechu a Buenos Aires, solo para que se haga unas pizzas, teniendo en cuenta que vivimos en Rosario. Cuando pasan estas situaciones uno sonríe para adentro y, aunque sea por instantes, tiene la certeza de que está haciendo bien las cosas.

Para la formalidad, soy uno de los distribuidores de Rosario, pero acá no hay protocolos. En realidad soy un borracho más que cocina y lleva revistas a otro grupo de borrachos. Saludos y me voy, porque están organizando una bagna cauda.

Atentamente,

Martín Vitantonio
Suscriptor Nº 1374

Nos vamos al infierno

Señor Director:

Cuando vi el video de Orsai en TEDx, dije “wow, que fantástico poder disfrutar de literatura de esa forma”, y me entusiasmó mucho el proyecto. Comencé a leer tu blog, después leí una sola nota de la revista (La crónica del deportado) y me decidí a embarcarme en este proyecto. Dije: “no solo está genial, sino que me va a ayudar a la hora de escribir”. (Escribo poesía, espero poder convertirla algún día en canciones, pero no sé componer.)

Debo decir que, por diversos motivos, no seguí leyendo la Orsai por la compu (las antiguas) y cuando me llegó la Orsai N5 me puse a leerla en el bondi (ese día viajé mucho: con la revista crucé caminando el puente la Noria sobre el Riachuelo mientras los piqueteros cortaban el puente) y me la devoré en ese día. Me gustaron mucho algunos cuentos o historias, me parecen que son como unas joyitas. Pero me encontré con un intermediario para poder leer la revista: la intolerancia hacia la fe de otras personas.

Yo creo en Cristo como Salvador, no temerosamente porque sino Dios me castiga con el infierno, sino porque Cristo transforma y mejora mi vida todos los días. Yo no tengo una religión donde me centro en Dios, sino una relación donde me centro en Dios para vivir, que es totalmente diferente. La concepción de la costumbre y de quedarnos con lo que nos cuentan, hace la chata visión de muchos que creen en Dios como escape del Juicio final y de la muerte. Eso yo critico, esa visión simplista de “sé bueno y te vas al cielo”. Creo en un Cristo vivo, que murió y resucitó para darme vida eterna, pero que no solo quiere ser mi Salvador, sino transformar mi vida.

Sé que muchas de las notas o comentarios que me parecieron ofensivos de alguna forma tienen razón en lo humano: que la Iglesia como institución (más que nada, el Vaticano) es una porquería, pero eso no es la Iglesia. Ocurre que al no argumentar, simplemente defenestrar, lo que lográs es alejar, no mostrar “la realidad”, poner un intermediario a alguien que de estos se quiere liberar.

No sos el que escribió las notas, pero sos el Editor y, por ende, el responsable de todo el conglo-

merado. No quiero que censures, sino que concientices. Simplemente, quisiera que te fijes (o que se fijen) si de esta manera no limitás tus lectores. En esta edición nomás el que se sigue yendo de mambo es el de la ouija... Pero igual, ¿por qué tiene que ser así? Sin más me despido, ¡que andes bien, Gordo!

Una última cosa, espero que no te moleste que te haya dicho "Gordo", pero veo que no tenés ningún problema con este apodo.

Atentamente,

Daniel Esteban Lumsden
Suscriptor Nº 3700

Milanesas extorsivas

Señor Director:

Mi pareja y su economía están peligrando por culpa de su revista. Como la suscripción a Orsai significaba invertir un monto de dinero considerable, le comuniqué a mi pareja los enormes deseos de suscribirme que tenía, para que me diera su aprobación. Si no obtenía su venia de entrada acudiría a algunas estrategias que, por ser mujer, me podía dar el gusto de usar para conseguir el "sí". La más fácil es usar el estómago. Prepararía, en lugar de unas saludables verduras, unas buenas milanesas fritas (las milanesas al horno no sirven en estos casos). Tienen que ser fritas, a la napolitana, y con puré. Si eso no daba resultado, pasaría a la lencería hot y a los deleites carnales. Si incluso con eso no lograba el cometido, significaba que la que estaba frita era yo. Pero todavía podía acudir al capricho y al llanto.

En este caso bastó con las milanesas, lo cual me dejó una sensación amarga (debo admitir), porque sentí que la carne de vaca le alcanza. Pero me engañé y me dije: "¡Qué bien cocino!".

El mes pasado hice una suscripción de regalo, la cual le entregaré a mi hermano (mañana por su cumpleaños). Y en una especie de adicción a Orsai, acabo de regalar una suscripción más para una entrañable amiga. Es que me gusta tanto su revista que quiero tener gente cerca para hablar de ella.

Obviamente, mi pareja no sabe nada sobre estos nuevos gastos extra, pero en cualquier momento se entera. Por lo cual deberé empezar a cocinar, desde hoy y por un tiempo, milanesas fritas para ir mejorando el terreno.

Atentamente,

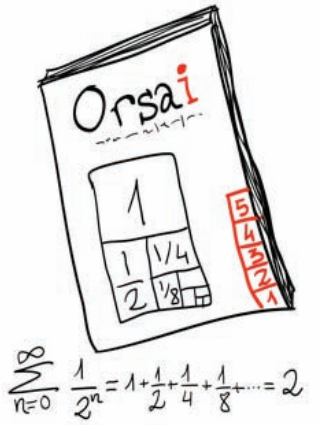
Selva Mendoza
Suscriptora N° 9821

Una idea matemática

Señor Director:

Hoy mismo me dieron mis primeras revistas de Orsai y se nota que están hechas con mimo. Me encantan, y en cuanto las he empezado a hojear, he sentido la necesidad de compartirlas con gente cercana a mí, para que pasen por el mayor número de manos posible. No soy una persona de guardar, no colecciono, y supongo que, como yo, habrá otros tantos. Por ello he pensado en un sistema para compartir la revista.

Una vez leída, se la puedes vender a otra persona por la mitad de lo que pagaste, y de esta manera se comparten gastos, se ahorra papel, y sobre todo, se da más difusión a la revista. ¿Cómo saber por cuántas manos ha pasado una revista? Primero, poniendo en la portada una tira en el lateral con números del 1 al 5, de tal modo que cada lector arranque un número. Segundo, dejando en la primera página un espacio en blanco en el que se lea: "Esta revista pasó por..." y que cada lector escriba su nombre, apodo o cualquier cosa. Una imagen:



$$\sum_{n=0}^{\infty} \frac{1}{2^n} = 1+\frac{1}{2}+\frac{1}{4}+\frac{1}{8}+\cdots = 2$$

Seguro que hay mil maneras. De este modo si la primera persona paga X, la segunda X/2, la tercera X/4, la cuarta X/8, y la quinta X/16. A partir de la quinta, se comparte sin pagar a cambio. Y por comodidad, para que las divisiones no den cifras horribles, se puede redondear a la baja (por truncación) a una moneda cómoda como son los 10 céntimos en España (por ejemplo 9 - 4,50 - 2,20 - 1,10 - 0,50). Me gusta la sucesión A(n)=1/2^n (1 partido por 2 elevado a la 'n'), entre otras cosas porque su suma converge a 2, que es mi número favorito, pues sin 2 no hay 3. Tú me entiendes.

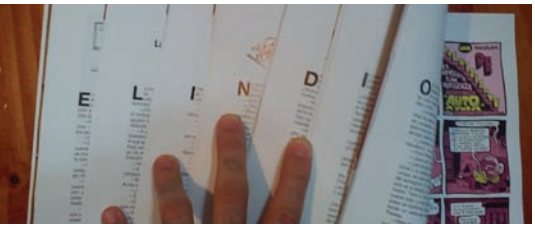
Una revista normal desecharía al instante esta idea, pues fomentar que la gente comparta implica aceptar que muchos lectores paguen por el género menos de lo que cuesta de primera mano. Bien, sé que no sois una revista normal, y sé del mismo modo que el material está disponible de manera gratuita en la web pasado un tiempo de su publicación, y aun así pago de buen gusto los nueve euros que cuesta cada revista, más los gastos de envío y manipulación.

Solo me queda agradecer que hayáis sido tan valientes como para poner en marcha este proyecto y desearos la mejor de las suertes.

Atentamente,

Ion Elberdin Navarro
Suscriptor Nº 9864

Acertijos infantiles



Sr. Director:

Esperamos con ansias esa nota. Pero, por favor, sea un poco más sofisticado con los acertijos. Muchas gracias.

Atentamente,

Luciano Eguiazú
Suscriptor Nº 0076

Leer en voz alta

Señor Director:

Germán me contó de la revista hace más de un año. Se mostró muy entusiasmado en poder acceder a tener uno de los pocos ejemplares que se distribuirían en todo el mundo. Yo lo escuchaba sin demasiado interés. A veces no presto atención a lo que me dicen porque estoy pensando en otra cosa. Más aún desde que soy madre. Él lo percibe la mayoría de las veces, aunque yo intente disimularlo. Pero siempre retengo el título del tema (en este caso: "una revista con una distribución diferente") para volver a preguntarle cuando esté más interesada, o cuando tenga ganas de saber sobre el tema. En fin. Una tarde llegó la famosa revista y él —Germán— desbordaba placer. Saboreaba el éxito de tener en sus manos una de las diez mil copias que ya estaban dando vueltas por el mundo. Feliz de saltearse a las distribuidoras. Me sometió, contento, a que leyera el editorial de la revista. Leí el texto en voz alta —como me pidió—, para que pudiera (él) seguir mi lectura triunfante frente a los presentes.

Yo, que rechazo su práctica diaria y constante de leer todo en internet, visitar cientos de páginas, encontraba en la presentación de esta revista la justificación necesaria de sus búsquedas por internet, que ironía. Él había llegado a Orsai producto de sus búsquedas y encuentros con el ciberespacio, por el desafío constante de su búsqueda inquieta. Otra vez me demostraba que en internet se encontraban cosas interesantes, también. La revista seguía en mis manos y, a cada línea, seguía las instrucciones del editorial: la olía, recorría rápidamente las hojas. Estaba entusiasmada. Pero claro, ahí estaba él, caminando a mi alrededor con Amanda (nuestra hija) en brazos, y con esa sonrisa triunfante. No podía darle el gusto de seguir con esa sonrisa. Dejé de mostrar mi atracción. De todos modos él continuó atrapado; ya casi no importaba lo que yo tuviera para decir. Incluso si a mí no me hubiera interesado en absoluto, él seguiría solo. Había decidido no incluirme en su aventura. Desde ese momento, él ya tenía un ejemplar de esa "postura alternativa" a la distribución de las grandes editoriales. Había aceptado y aportado al desafío de pasar por alto a los grupos empresarios. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan entusiasmado frente al papel impreso.

La revista seguía allí. Se había adueñado de él y, por tanto, de nosotros. Días más tarde, quizá semanas más tarde, me tentó. Comencé a hojearla, primero. A pasear por algunos títulos e imágenes. Hasta que regresé atrás, por algo que ya había visto. Era un título, algunas palabras que me llamaron la atención. Y ahí fui. Comencé la lectura. Sorprendida por la historia de alguien que escribía, creo, su historia personal.

Cuando comencé mi relación con Germán, lo que más me gustaba de nuestros encuentros era que, en las mañanas del sábado o el domingo, él me leyera el diario en la cama mientras cebaba mate; escuchábamos la radio de fondo. Cuando algo nos interesaba deteníamos la lectura para prestar atención a la voz que salía del parlante. Eso tiene la lectura: que se puede detener para volver a reencontrarla en cualquier punto. Me fascinaban esas mañanas. Leíamos con frecuencia por las mañanas luego de haber encontrado el placer de nuestro sexo juntos. Me excitaba pensar en la mañana siguiente a nuestros encuentros, cuando él me leyera otra vez fascinado algo que después yo no recordaría con precisión. Porque de todos modos no importaba. Lo atractivo era la magia de la lectura compartida, seguida habitualmente por una charla sobre el tema ocasional. Preguntas y reflexiones. Y si por casualidad llovía, el placer era mayor. Qué otra cosa mejor se puede hacer, en un día de descanso laboral, cuando la lluvia te obliga a seguir en la cama disfrutando de unos mates, la radio de fondo, y un tipo que te gusta rozándote el oído con la lectura del diario... Placer.

Entonces, hace tiempo que estamos juntos disfrutando de estarlo, con una hija pequeña. Pero con la lectura compartida un poco apartada de nuestras mañanas. Por varias razones. Pero para lo que quiero decir no importa lo que ya no leemos, sino lo que significa poder reencontrarnos otra vez en la lectura. Germán volvió a entusiasmarse en leer en voz alta para mí. La lectura nos encontró nuevamente. Ahora, además, con nuestra hija. Pero esa lectura no es cualquier lectura. No es la lectura obligada. Es aquella guiada por el gusto y el placer de recorrer un camino que se va dibujando a medida que se pronuncia. Es la lectura que crea la melodía adecuada para conquistar la escucha atenta. Esa lectura que tiene la magia de silenciarte con seducción provocadora, que espera respuesta. Volvió.

Comencé a escribir esta carta para comentar dos artículos que leí en la revista, pero la escritura me llevo por otro camino.

Doblé en otra esquina. Quizás después regrese por mis viejos pasos y retome el primero de mis objetivos. Pero hoy me detengo en esta vereda. De alguna forma quería agradecerte, después de tanto tiempo, las emociones provocadas por la revista.

Atentamente,

Ivana Muzzolón
Suscriptora Nº 1562

La carta perdida

Señor Director:

Realmente me costó horrores encarar esta carta. Porque vengo queriendo contarle esta historia desde que Orsai abrió un correo de lectores, pero necesitaba que estuviera lo suficientemente pulida como para que no me la rebotasen. Porque no tengo una buena experiencia con usted, señor Director, y sería una desilusión enorme que se siga desgastando la relación, más cuando tengo pagas las próximas tres revistas.

Fue a fines de 2010 que me enganché con la causa, luego de llegar al primer blog Orsai, extrañado por la desaparición de las crónicas en el diario *La Nación*. Ahí me encontré con los desplantes de un tipo que estaba por largar la comodidad del que llegó, para lanzarse a hacer lo que realmente quería; que dilapidó la guita en cumplir su sueño. Personalmente me encontraba en un laburo estable, muy bien pago, pero lejano a mi profesión de periodista, y con un sueño increíble, que era ver jugar a Messi en el Camp Nou y recorrer Europa de cancha en cancha. Pero la comodidad, la guita, las excusas, me ataban a algo que por dentro me rompía las pelotas. Y ese grito suyo de "me chupa todo un huevo", me lo apropié como mío. Y cuando usted decidió largar todo, yo decidí quemar mis ahorros para hacer lo que realmente quería. Las semanas que planeé *mi* viaje me acompañaban los primeros goteos de la Orsai N1. Temí de ser deportado en Barajas y cruzarme con el grafiti de Seselovsky (por cierto, qué gran autor descubrí por ustedes), por lo que entré vía Roma. Aluciné con el viaje del amigo Casals (llegó, ¿verdad?), y más tarde me enganché con *Mad Men*. Orsai había sido la patada en el culo que necesitaba para hacer lo que quería, y no lo que resultaba más fácil. Y como buen cristiano que soy, quise ir a agradecer semejante gesto.

Descubrí que el centro de semejante revolución no estaba en la Barcelona de Messi, sino en un pueblito alejado, Sant Seloan o San Celoni, algo así, y que me demandaba perder un día para ir. Limitaciones. Leí otro post, me autopateé el culo y me subí a un tren en Clot-Aragó sin pensarlo mucho. Cuando estaba llegando me cayó la ficha. ¿A qué estaba yendo? ¿Y si los nervios me jugaban una mala pasada y quedaba como un pirado, como el Chapman de Casciari? ¿Cómo se explican tantos factores en un simple saludo, en una presentación? ¿Y si nada existía? ¿Y si Chiri era un personaje?

Caminé hasta el carrer Sant Martí. Visualicé la casa y descubrí que no había nadie. Golpeé, grité, miré por las ventanas. Hasta les pregunté a los del local de la esquina si sabían dónde encontrar al tipo que vivía ahí. Les quise explicar que era un famoso escritor de mi país, que me había impulsado a cruzar el océano para ver jugar a un pibe y sus amigos a la pelota, pero que no lo conocía personalmente, y que tampoco lo tenía muy visto de cara. Cero, no tuve respuesta en ningún lado.

Paseé por el pueblo toda la mañana de ese sábado hasta que encontré un cibercafé que estaba cerrando. El pibe que atendía me miró de muy mala gana cuando le pedí una PC para escribir una carta. Me advirtió, en catalán, que tenía diez minutos antes de cerrar, poniéndole más apuro a algo que ya venía derrapando, a improvisar unas breves líneas para contar mi historia, antes que me pusieran otra patada en el culo. Quise dejar una huella de mi paso, un "pri" en el epicentro de todo este viaje, el lugar desde donde se transmitía la movida cultural. Debí cerrar rápidamente el texto bajo la amenaza del dueño del local. Firmé con un mail de contacto, esperando un saludo del director. Volví a la pizzería, deslicé la cartita bajo la puerta y me tomé una foto que probaba que esto pasó, que el lugar existía, que Comequechu no era otra Mirta Bertotti, y que todo mi día había tenido algún sentido. Nadie me respondió.

Esta historia se quedó ahí, en stand-by, a la espera de una respuesta. Más adelante no pude asistir al lanzamiento de la revista en Mercedes, ni me gané la pizza de "Estilo Argentino", y no volví a saber si esa carta, perdida bajo una puerta, alguna vez llegó a ser leída por el director de la revista que me ayudó a cumplir mi sueño. Hasta hoy, que escribo estas líneas y pregunto ¿Leyó mi carta señor Director? Bueno, gracias entonces.

Atentamente,

Mariano Vidal
Suscriptor Nº 6578

Lector amigo, recibimos con gusto tu carta al Director —o tu fotografía— para que se publique en la próxima Orsai. Se recomienda contundencia, brevedad y un dejo de neoliberalismo en las misivas, y extravagancia en los daguerrotipos. Se publicarán las mejores. En caso de adjuntar fotos que pretenden ser publicadas junto a la epístola, que sean en alta calidad. No publicamos desnudos integrales, pero los festejamos mucho en la redacción.

Cartas y fotos a:
orsai.cartas@gmail.com

ALGO PARA RECORDAR

Por **Hernán Casciari**

desde Sant Celoni

Nunca había visto un gay enano, no sabía que podía existir esa cruza. Por eso cuando Narcís abría la boca, o cuando hacía un gesto, yo no sabía muy bien de qué tabú avergonzarme. Tenía la misma voz aflautada que usan los actores que no saben componer a un homosexual. Y aunque su voz era increíble, su aventura editorial era mejor: planeaba una revista para los gays de Barcelona, con noticias para gays. Él ya tenía lo más importante, me decía: todos los empresarios del Eixample, el barrio gay barcelonés, eran sus amigos y estaban encantados de financiar la revista. Solamente faltaba redactar algunos publirreportajes y cobrarlos. "¿Puedes encargarte tú de eso?", me preguntó. Le dije que había dado con la persona indicada. No pareció muy convencido, pero como ningún otro candidato había respondido al aviso, me contrató en negro y con un sueldo mensual descabellado. Yo supe desde el primer minuto que jamás cobraría ese dinero y que la revista no saldría nunca, pero acepté encantado. Estar allí era mejor que seguir buscando trabajo sin papeles, o que estar en la pensión todo el día peleándome con una novela sin futuro. A los ojos de Cristina yo había conseguido empleo, eso era lo importante. A mis ojos, había conseguido algo para contarle a mis amigos de Mercedes. Mi obligación era estar allí todos los días a las nueve en punto. Narcís no se levantaba nunca antes de las diez, aunque el mayordomo repetía, cada cinco minutos y en el mismo tono, "Niño, que ha llegado el periodista". Yo podía verlo en su habitación, de reojo. Narcís no dormía: miraba películas yanquis viejas, dobladas al español, y lloraba con un paquete de Kleenex al lado de la cama. Yo bajaba la cabeza y fingía estar muy ocupado en la computadora. En esas horas muertas me hice un poco amigo de Ramón. Supe que durante décadas había sido el mayordomo de una familia compuesta por el duque de Cardelús i Monturiol, un personaje de abolengo dueño de dos teatros clásicos de Barcelona; su esposa Emma, famosa actriz de teatro ya retirada; y el único hijo de ambos, Narcís, que, en palabras de Ramón, siempre estuvo demasiado protegido por su madre a causa de ser *canijo*. Canijo es petiso, pero Narcís era más que eso. El duque, un hombre de la alta sociedad barcelonesa, se avergonzó siempre de su hijo único, pero mientras estuvo a cargo de su madre lo soportó. El problema empezó en septiembre, me dijo el mayordomo, cuando falleció la señora Emma. El duque intentó convivir con su hijo pero le resultó imposible. Le irritaba que Narcís estuviera todo el día solo, vestido como un transexual y llorando la muerte de la madre. "¡Que tienes ya cuarenta años, coño!", gritaba el duque y pasaba cada vez más tiempo fuera. Una tarde, harto de no poder estar cómodo en su casa, el duque se alquiló un dúplex y se fue a vivir allí. Dejó a Ramón en la casa para que cuidara de Narcís, y le puso al hijo una paga mensual módica para que pudiera mantenerse, a cambio de no tener que verlo. Ramón no estaba feliz con la decisión, pero era leal al duque y hacía ya meses que cuidaba del *niño*. "Este pringado jamás va a pagarte el sueldo... Vete ahora que no pierdes nada", me advertía el mayordomo. Yo lo sabía, claro, pero esperaba con ansiedad que Narcís se levantara de la cama, cada día, y me llevara caminando al Eixample para cobrar las publicidades. No le importaban los pequeños textos que yo escribía por la mañana, sino mostrarme en el barrio y presentarme como "mi jefe comercial argentino". Descubrí pronto que todos los gays del barrio lo conocían y le escapa-

ban: Narcís era una especie de tonto del pueblo, le prometían cualquier cosa con tal de sacárselo de encima. Conocí el mundo gay barcelonés como la palma de mi mano. Entré a discotecas con luz de día, conocí peluquerías para gays que también le cortaban el pelo a caniches, estuve en agencias de viajes que ofrecían tours a San Francisco y otros destinos friendly, visité sex shops y me entretuve con una fauna de gente maravillosa. Al principio iba con Narcís, pero algunas tardes en que mi jefe se quedaba en casa, deprimido y mirando películas, me mandaba a mí solo a hacer negocios. Al verme llegar sin compañía, los comerciantes gays me llevaban aparte y me avisaban lo mismo que el mayordomo Ramón: "¿Tú sabes que estás perdiendo el tiempo, verdad?". Y cuando yo les respondía que sí, que estaba al tanto, me miraban con extrañeza. No podía explicarles el sentido de la experiencia, el valor que tenía para mí estar en esa casa, con Narcís y su mayordomo. Si hubiera tenido plata, habría pagado para que me dejaran meterme en sus vidas. Cuando la pasaba a buscar a Cristina por su trabajo podía explicarle historias increíbles, también a Chiri y a mis padres por mail. Les contaba que un día me llevé el termo con el mate a la casa de Narcís, y que Ramón se interesó por el mecanismo de la infusión. Al día siguiente él mismo calentaba el agua y se hacía cargo de todo. ¿Qué importa no tener sueldo, pensaba yo, si un mayordomo, vestido *realmente* de mayordomo, te ceba mates toda la mañana? Cada pequeña escena de aquel mes fue memorable: un acopio de anécdotas nutritivas. La mejor ocurrió el último día, cuando decidí que ya era hora de encontrar un trabajo de verdad. Llegué tarde, cerca del mediodía. Narcís había empezado a escaparse de mí, porque era consciente de que me debía el sueldo. Me decía que cuando su padre le pagara la mensualidad, él me daría dinero. Yo sabía, por Ramón, que el duque le había dado su paga hacía ya una semana. Entonces le dije que lo dejaba, que una revista no podía hacerse sin un diseñador, sin una imprenta, sin fotógrafos o editores. Le dije todo lo que podía haber dicho el primer día. Él se puso intenso, se le aflautó la voz más que nunca y dejó la gata en el suelo. Me dijo que yo no entendía nada del negocio, que lo estaba dejando en mitad del río, justo cuando aquello empezaba a funcionar. Pegaba gritos, se sentía estafado. Me decía que no esperara paga alguna si lo abandonaba. Quería pelea y yo no le daba el gusto. Cuando supo que no había vuelta atrás dijo una frase que, durante mucho tiempo, Cristina repitió cada vez que fingía enojarse conmigo. Narcís me gritó, con todo el odio del mundo, "¡Vete a la pampa, guapa!" y se fue a su habitación llorando. Después prendió la tele y la puso a un volumen imposible. Ramón, que había visto el escándalo, levantó las cejas y me palmeó la espalda. "Así acaba siempre", me dijo el mayordomo y se despidió de mí con un apretón de manos firme, sin agregar palabra. Caminé por el pasillo buscando la puerta de salida y, como tantas otras veces, vi a Narcís de reojo en su habitación. Lloraba y murmuraba una misma frase entrecortada, "tots em deixen", que en catalán significa todos me dejan, y me partió el corazón. Entré a su cuarto para hacer las paces (no era la primera vez que entraba) y me senté a su lado. Eso sí era la primera vez. Fingió no verme y siguió mirando la tele con los ojos en compota y la respiración entrecortada. Sobre la cama había media docena de VHS con las películas viejas que Narcís miraba todo el día sin parar. Pude leer algunas carátulas: *Julio César*, *De aquí a la eternidad*, *Buenos días tristeza*. La que estaba puesta en la tele se llamaba *Tú y yo*. No reconocí el título hasta que vi las imágenes en la pantalla. Era *An Affair to Remember*. "Esta la vi", le dije para decir algo, "en Argentina se llama *Algo para recordar*". Él no respondió nada, estaba ofendido conmigo. "¿Te gusta Cary Grant?", le pregunté. Negó con la cabeza y señaló el televisor: "Me gusta oírla a ella", dijo. En la pantalla estaba el rostro de una mujer imponente. Descubrí que a las otras películas, las que estaban desparramadas sobre las sábanas, las protagonizaba la misma actriz, pero no tuve tiempo para sorprenderme, porque Narcís subió el volumen. "Escucha su voz", me dijo, "es mi madre", y cerró los ojos. El corazón me empezó a latir más fuerte. De repente supe que había estado en esa casa un mes entero para que llegara ese momento. "Mamá dobló a Deborah Kerr en todas sus películas", dijo, y a mí me dio vergüenza la cantidad de horas que había pasado en la pensión, intentando escribir una historia falsa. ¿Cómo carajo se me iba a ocurrir, allí encerrado, el cuento de un mayordomo que cuida a un enano gay que oye la voz de su madre muerta en los doblajes de las películas? Sentí pena, muchísima pena, por todos los escritores que buscamos sin suerte historias en la imaginación, y me acomodé en la cama junto a Narcís. Él acurrucó la cabeza en mi pecho.

PRÓXIMO **NÚMERO**

La edición número nueve de Orsai será la penúltima del año y saldrá de imprenta los primeros días de octubre de 2012, por lo que ustedes la tendrán en su casa, más o menos, quinientos veinte años después de que Rodrigo de Triana divisara la costa de América. Todavía no sabemos cómo haremos para superar este número ocho (que nos gustó mucho hacer y leer) pero lo vamos a intentar. No por ustedes, que nos importan poco y nada, sino porque somos obsesivos.

TRES QUE **DEBUTAN**

En esta edición nos acompañaron tres artistas de la imagen, el dibujo y el aforismo que nunca habían pasado por Orsai. El fotógrafo **Fernando de la Orden** complementó la crónica salamónica de la página 33. Fernando, además, presentó el pasado 2 de agosto el libro *Yosoy* en el bar Orsai: una recopilación de retratos fotográficos en la que participan noventa y un autores. Un libro objeto recomendadísimo: lo pueden conseguir en facebook/Coleccionpianopiano. El dibujante **Poly Bernatene** también pone el primer pie en la revista, y estamos orgullosos de tenerlo: la calidad de los dibujos para el cuento de Enrique Symns es para sacarse el sombrero. Pueden disfrutar de su obra en polybernatene.com; busquen sus libros infantiles, son muy bestias. Y por último **Trinidad Romero**, redactora publicitaria y periodista, debuta en esta edición como encargada de las frases al pie. Trinidad edita la revista online *Arrobas*, el primer magazine sobre tuiteros, una especie de revista *Hola* o *Gente*, pero del mundo Twitter. En la portada de la primera edición está Mic_y_mouse. Pueden espiar la revista acá: arrobasmag.com. Gracias a los tres, ¡y ojalá que repitan!

Advertencia de seguridad. El uso de instrumentos ópticos para leer Revista Orsai aumenta sensiblemente el tamaño de la tipografía. Evite leer Revista Orsai mientras tuitea. Coloque la página setenta y siete de esta edición fuera del alcance de niños y ecologistas. No esgrima argumentos de Revista Orsai para discutir con suegros u otra gente grande pelada. Si utiliza Revista Orsai en modo PDF, no moje el dedo índice antes de cambiar de página. Nunca enrolle de forma cónica Revista Orsai para golpear en la cabeza a personas de otra ideología. No guarde hojas secas entre las páginas de Revista Orsai con expectativas nostálgicas. No deje Revista Orsai cerca de personas que no le han devuelto discos o libros. Esta edición de Revista Orsai está concebida y fabricada exclusivamente para el disfrute genuino de la lectura (modo estándar) o para fingir este disfrute frente a otros (modo esnob). Cualquier otra aplicación se considerará no apropiada. La Revista Orsai es un medio gráfico de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. Se imprimieron 6.000 ejemplares de este número 8 (correspondientes a los meses de julio y agosto de 2012) en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, y en imprenta NovoPrint, de calle Energía 53 de Sant Andreu de la Barca, Barcelona, en el mes de julio de 2012. El depósito legal que nos tocó en suerte es el L-1382-2010. El ISSN de esta edición, 9772014015004-08. La marca "Orsai, Nadie en el Medio" está registrada. Si encuentra una Revista Orsai en la sala de espera de una peluquería avise a las autoridades.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Diseño integral
María Monjardín

Administración
Cristina Badia

Dirección gráfica
Horacio Altuna

Arte
Guillermo Decur
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Eduardo Salles

Edición
Karina Salguero-Moya
Xtian Rodríguez

Corrección
Florencia Iglesias

Staff
Alberto Montt
Miguel Rep
Andreu Buenafuente
José A. Pérez
Alfredo Casero
Juan Sáenz Valiente
Nacho Vigalondo
Manel Fontdevila
Gonzalo Garcés
Pedro Mairal
Jorge González
Leo Oyola
Hueso Ricciardulli
Carolina Aguirre
Gusti Rosemffet
Gustavo Sala
Bernardo Erlich
Gabriela Wiener

En este número
Pablo Perantuono
Josefina Licitra
Fernando de la Orden
Enrique Symns
Poly Bernatene
Mikel Urmeneta
Hari Kuzru
Catalina Murillo
Trinidad Romero
Marcelo Tourné

Programación
Guillermo Harosteguy

Audiovisual
Andrés Locatelli

...Y EN OTRAS NOTICIAS,
ESTÁ A PUNTO DE REALIZARSE LA ESPERADA
OPERACIÓN PARA SEPARAR A LOS SIAMESES.
LA FAMILIA REAL ESTÁ MUY PREOCUPADA
PERO CON GRANDES ESPERANZAS
DE QUE TODO SALDRÁ BIEN.
MONTT

MEJÓRALO

SÍ

¿PUEDES MEJORARLO?

NO

DÉJALO ASÍ

LA VIDA ES SENCILLA